

DIARIO DE TIPACOQUE



se

E. Caballero Calderón

«Diario de Tipacoque» fue publicado en 1950 por la Editorial ABC en la ciudad de Bogotá. Este libro trata sobre la vida del autor que se va vivir a Tipacoque con su familia. Eduardo convive con muchas personas y muchas situaciones de las cuales saca algo nuevo para aprender y recuerda viejos tiempos junto a sus viejos amigos.

En el «Diario de Tipacoque» el mismo escritor anota que gran parte de esta obra es una reflexión sobre la tierra de sus ancestros y por esto considera que «es un libro sin trama, en que no pasa nada. No es historia, ni ensayo, ni novela, cuando ha debido ser una de estas tres cosas para ceñirse al arte clásico de la narración, que se mide, pesa y descuartiza en los manuales de preceptiva literaria». En general, las obras dedicadas al terruño del escritor colombiano, se percibe la herencia de los cuadros de costumbres del siglo XIX, aunque a diferencia de estos últimos, la obra es un retrato cronístico de tipo periodístico, con una amplia visión antropológica.

OceanofPDF.com



Eduardo Caballero Calderón

Diario de Tipacoque

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Diario de Tipacoque*
Eduardo Caballero Calderón, 1950

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

INTRODUCCIÓN

ME ATREVO a presentar ahora a mis lectores este Diario de Tipacoque, que constituye en cierto modo una segunda parte del “Tipacoque” que apareció por primera vez en Bogotá hace diez años. Nació esta segunda parte de los apuntes que tomé cuando recalé en estas montañas por muchos meses, para capear una mala situación económica que me asaltó en Bogotá al regresar de Buenos Aires sin oficio ni beneficio. Luego viajé a España, donde permanecí dos años, y cuando al fin pude volver a Tipacoque, acompañado de una escolta militar que me facilitó el ministro de guerra (porque Tipacoque tiene un epílogo con escolta, que no escribo, porque me da vergüenza): cuando volví, me entró la tentación de releer aquellos papeles que tenía casi olvidados en un cajón del escritorio. Los ordené, corrigiendo apenas lo necesario para no quitarles su carácter de meros apuntes del natural, y así los doy a la estampa.

“Tipacoque” se publicó en Bogotá cuando me encontraba yo en el Perú, y tuvo una acogida que me sorprendió más que a nadie, porque en realidad lo había escrito sólo para mostrar a mi mujer cómo era ese país del que le había hablado tanto y al que debería llevarla algún día. Agotada la primera edición colombiana se publicaron luego dos en la Argentina, por la editorial “Amigos del Libro Americano”. Esta vez me quedé perplejo, pues no soñaba que un libro tan local y doméstico como el mío, escrito para mi mujer y entretenimiento de mi nostalgia, pudiera interesar a los lectores extraños no sólo de Colombia sino de otras partes.

Esto me ha decidido a sacar el Diario, que es la continuación o segunda parte de “Tipacoque”. Desafío conscientemente, pues, aquello de que “nunca segundas partes fueron buenas”. La primera fue escrita de

memoria y sobre recuerdos, muy lejos de Colombia, como ya dije; la segunda fue redactada en el corredor grande, como quien toma apuntes del natural, y a la vista de su modelo: y en esto está la principal diferencia entre “Tipacoque” y el Diario.

La buena suerte con que ha rodado “Tipacoque” por el mundo me ha convencido de que en el fondo no es una obra regional, aunque así lo parezca y lo creyera yo, pues resulta que los tipacoques no son una variedad curiosa, una familia humana que sobrevive milagrosamente como las iguanas de las rocas del Chicamocha, sino un género americano: el género colonial campesino que está desapareciendo rápidamente en todas partes asfixiado por el tufo de la gasolina y por el estatismo, que son el perfume y el alma de los tiempos nuevos.

Ahora recuerdo que hace diez años, cuando publiqué mi primer libro sobre Tipacoque, mis amigos y colegas me hicieron estas dos críticas:

Primera: que es un libro sin trama, en el que no pasa nada. No es historia, ni ensayo, ni novela, cuando ha debido ser una de estas tres cosas para ceñirse al arte clásico de la narración, que se mide, pesa y descuartiza en los manuales de preceptiva literaria. Tampoco hay un personaje central, aunque estirando un poco la cuerda de las concesiones, ese tal pudiera ser la tierra sembrada de cañaverales y fragante del aroma que despiden los trapiches cuando hay molienda; o pudiera ser el autor, en quien admira la impúdica falta de sensibilidad social, la indecente complacencia en una organización desueta de la vida, cuando había patrones y arrendatarios, amos y criados, etc... Y ese tal era yo.

Aquella vez, no respondí nada. Aunque hubiera podido decir que la vida de Tipacoque es un libro sin trama, una historia sin personaje, un ensayo sin pies ni cabeza, como es la vida verdadera y no la vida inventada. Cuando me puse a escribir, me encontraba muy lejos de aquí, y sólo quería recordar mi tierra, que es para mí una imagen multiforme, siempre cambiante y siempre presente en mi memoria. Mis críticos no quisieron ver esto, porque ellos no se concretan a juzgar los libros según fueron escritos, sino como ellos los hubieran querido escribir, que es cosa muy distinta; por lo cual es la suya una de intenciones, y no de hechos, como debe ser la verdadera crítica.

La segunda que me hicieron fue mucho más acertada. ¿Por qué, decían, escribe este hombre un libro tan municipal, tan mezquino, tan doméstico, que discurre en un solar estrecho que puede abarcarse con la vista y recorrerse a caballo? Yo hubiera podido responder entonces, de tener algún interés en disculparme, que no quise escribir para el mundo, ni para la historia, ni para los críticos, sino para mí solo, y los límites de mi corazón son esos. No propiamente para ponerle bardas al campo, sino para que quedara bien claro mi modesto propósito de meter otra vez las narices en mi mundo alucinante de Tipacoque, le puse a esta segunda parte el apelativo de Diario.

Y de prólogo basta. No sé si al lector le pase lo que a mí, que detesto los prólogos y salto sobre ellos como sobre candela, para no chamuscarme la ropa; porque fuera de rellenar páginas y matar el tiempo, a mí me parece que no sirven de nada.

OceanofPDF.com

EL REGRESO

HACÍA ya mucho tiempo que no venía a Tipacoque, pero la nostalgia de sus breñas escarpadas, sus cañaverales que se amarillan al sol y su vieja casona, llena de gentes y animales que sirven de fondo a mis mejores recuerdos, me atormentaba siempre, aun en ciudades amables y ruidosas como Buenos Aires donde había vivido los últimos dos años. Mi padre deliraba por volver a la patria, que para él se reducía físicamente a este cañón del Chicamocha donde los hombres son buenos, transparentes y silenciosos como el agua. En las tardes abrasadas del verano, cuando a las orillas del Plata sentía que le faltaba el soplo y la muerte le golpeaba en las puertas del corazón, decía que no perdía la esperanza de volver por última vez a Tipacoque. Pensaba que su aire tibio y seco, su viento refrescante, su perfume a panela y azahar, le devolverían la vida que se le estaba escapando con el aliento, poco a poco. Pero no pudo realizar su deseo y la muerte le sorprendió en la Sabana de Bogotá, sin haber emprendido viaje a Tipacoque. Talvez, para él, Tipacoque era el cielo y el viaje no podía ser sino la muerte.

Basta volver al campo, después de un largo viaje y una prolongada ausencia, para encontrar otra vez un mundo de cosas fundamentales que en la ciudad no se hallan nunca: para encontrarse a sí mismo, en primer lugar, porque en la ciudad el hombre se pierde y se desnaturaliza. La vida urbana no es sino artificio. No es menester aprender estas verdades en Pascal, en Montaigne, en fray Luis, viejos libros amados que me acompañan sobre la mesita de noche. Ya no necesito leerlos. Su sola presencia, como ocurre con la de los amigos con quienes convivimos desde la infancia, es más expresiva y operante que la misma palabra. De todas las lecturas

apresuradas que hago en la ciudad siempre vuelvo a lo mismo, a mí mismo, sólo que para encontrarme tengo que *regresar*, no que ir, al campo. Esta anotación puede parecer pueril y sentimental, y voy a profundizarla un poco mientras me viene el sueño...

(Son apenas las nueve y media, y sin embargo se diría que es la media noche. Mi espíritu flota en la dulce serenidad de la media noche, pero mi cuerpo se apegaba todavía a las costumbres urbanas, y como apenas son las nueve y media, se resiste a aflojarse, a abandonarse y a descansar).

Si algo he sacado en limpio de mis viajes y mis lecturas, es el deseo cada vez mayor de volver a mí mismo. He visto que toda gran literatura es un retorno al campo, que es la soledad interior, y toda filosofía es la vuelta a la base del conocimiento, que es el hombre. Sócrates se paseaba descalzo por las plazas de Atenas y por los *Diálogos de Platón*, no pidiendo, no predicando, no aconsejando sino la vuelta del hombre a su morada interior. Descartes echó pie a tierra y no encontró nada más firme que su yo, para sostener el universo. La filosofía de Kant se reduce a buscar las leyes que rigen el pensamiento sobre el mundo exterior, y las halla en su conciencia. Los filósofos más recientes, en una parábola cuyo foco es la angustia, comienzan a investigar por el principio, y el principio es el hombre que siente, sufre, desea, vacila, y finalmente piensa. Cada vez que se sale y se desborda de sí mismo, pierde pie y naufraga en un materialismo seco y estéril, como los muros de cemento de una ciudad. Entonces se desespera y vuelve a sí, es decir, al campo y a su soledad interior. Si allí no encuentra la solución de su problema, por lo menos halla el reposo.

También el hombre común y corriente quiere regresar a sí mismo. Hoy era sábado y cuando venía por la carretera del norte pude ver una caravana de trenes y automóviles que conducían al campo a una muchedumbre de ricos y pobres, hartos de la ciudad. Más que el aire puro y la yerba salvaje y el cielo sin cuerdas de telégrafo, sin bombillas del alumbrado público, sin horizonte recortado por las fachadas grises de los edificios, desean su soledad y el paisaje. En la ciudad la vida es apresurada y demasiadas cosas requieren su pensamiento. Éste se vuelca sobre el mundo exterior, que es lo único que en la ciudad tiene una apariencia de vida, y se evapora de nuestra propia intimidad. Nos reclaman necesidades elementales y ruines, cuya

inmediata satisfacción adquiere el carácter de problema cotidiano, y se convierte en el fin de la vida misma. Vivir para seguir viviendo, ese es el círculo vicioso de la vida urbana. Pero tan corrompido y echado a perder está el hombre de las ciudades, que ha deformado la clara visión del campo. Trabaja y se desvela para buscarlo, no dentro sino fuera de sí, por lo cual su aspiración se endereza a tener una casa en descampado adonde la ciudad se presente a los sentidos por el conducto de la radio, el periódico, el whisky, los vecinos amables y la conversación sobre temas políticos. Desea un campo urbanizado, que es la flagrante contradicción del campo. Y en esto le ocurre más o menos lo mismo que a esos melancólicos pensadores de la edad moderna, que pretenden, para enaltecer y dignificar al hombre, llevar la ciudad a los más apartados rincones de su alma, con lo cual consiguen lo contrario de lo que se proponen ya que “urbanizar” al hombre significa deshumanizarlo y sacarlo de quicio.

¿Qué es lo que el hombre encuentra, o busca, en el campo? Yo de mí sé decir que la soledad, y la belleza eterna de las cosas. Puede decirse que estas no son sino palabras y palabras, mera literatura; pero no hay tal. Al desmenuzar esta placidez en que ahora me encuentro (y en verdad, es un encuentro conmigo) hallo que significa cosas muy importantes. Mi espíritu comienza a reverdecer como una planta que se saca del invernadero y se restituye a la colina natal, a la orilla del río patrio que corre eternamente por su cauce salpicado de piedras. Descubro en primer lugar una mayor atención por mí mismo, y una total compenetración de mi alma y un paisaje en el cual ella se expande. Percibo un ritmo más lento y pausado en mis funciones vitales. La intuición de lo eterno, considerado como una permanencia más que como una sucesión indefinida, se ha plasmado y petrificado en este silencio denso de mi cuarto, y en sus cuatro paredes de tierra pintadas al revoque, fuertes y espesas...

(Pero dejaré para otro día la reflexión sobre estas cosas, porque ya tengo sueño...)

Antes quería decir que llovió atrozmente en el páramo de Guantiva, y el invierno mostraba los estragos que estaba haciendo en Tipacoque. La quebrada arrastraba hacia el Chicamocha la tierra desvolcanada de las orillas. Como la toma se había botado con la borrasca de la noche anterior,

no había más luz en la casa que la de unas velas temblorosas. El corredor estaba desierto, oscuro, sonoro. Los cuartos, invadidos por sombras misteriosas, parecían más grandes. En la huerta cantaba un pájaro de mal agüero. Sentí otra vez la tibieza familiar de la casa, que me arropaba bajo su alero como una gallina maternal. Su silencio, poblado de antiguos ruidos naturales —el bramido de un ternero en la pesebrera, el canto de un gallo desvelado, el rumor de la lluvia— me arrulló como una vieja canción olvidada; y me quedé profundamente dormido, como no había vuelto nunca a dormir...

OceanofPDF.com

OBERTURA CAMPESTRE

¡QUÉ maravilla de Dios es despertar en el campo!

Muy de mañana se me entró el sol a raudales por la puerta abierta de par en par, y una nube de gruesas moscas comenzó a girar en la columna luminosa, densa y tibia, que partía en dos la penumbra de mi cuarto. Al poco rato, las paredes altas y escuetas comenzaron a brillar con una blancura de celda. Lolita, que es boba, entró con un vaso de leche espumosa, recién ordeñada, que olía a establo y a heno. La bebí lentamente, a sorbos; luego crucé los brazos por detrás de la nuca y me puse a escuchar los rumores que venían del patio...

Todos, hasta los más próximos, parecían llegar de muy lejos pues habían dejado enredada su rústica aspereza en los cañaverales que se esponjan al sol, y en el follaje de los naranjos de la huerta. El ámbito rural los adelgaza por el camino; la luz los pulveriza y la lejanía los purga de toda escoria terrestre. Al cabo de un rato de estar pendiente de ellos, escuchándolos, descubrí que se van relacionando unos con otros, atraídos por una misteriosa correspondencia. Acaban componiendo una obertura matinal que despierta dormidas resonancias en las cuerdas espirituales de mi alma; y estas se ponen a vibrar otra vez removiendo recuerdos que ya creía olvidados del todo e imágenes que durante años permanecieron en la sombra.

Estas cosas menudas harán sonreír piadosamente a mis amigos de la ciudad, atentos ahora al rumor disonante de la calle, que penetrará subrepticamente a su» alcobas por las rendijas de la ventana. Y sin embargo, yo creo que ellos no saben oír. Lo que ellos llaman las “palpitaciones universales”, que llegan resumidas en grandes titulares en las

páginas de su periódico, ¿no son acaso menos vivas, menos humanas, que estas cosas menudas que estoy analizando? ¿Cuáles serán más permanentes, las mías o las que reflejan los diarios? Las guerras, la política, los problemas sociales, la angustia económica, todo pasa y caduca más o menos pronto, pero este despertar campesino, este milagro de abrir los oídos al campo cuando amanece: ¿no ha persistido y durará al través de los años y las generaciones?

En la ciudad todo resuena y rechina, y en el campo todo me parece que canta. El estrépito que producen las máquinas y el estruendo de las muchedumbres son cosa tan ingrata y repelente, que a veces quisiera tener párpados en las orejas, para no oír más. Las gentes hablan demasiado aprisa, sugiriendo muchas cosas a la vez. Aturden las bocinas de los automóviles, ruedan pesadamente los tranvías, gritan los vendedores ambulantes, y hasta la música arrojada a la calle por los altoparlantes de los cafés, se desnaturaliza, se envilece y se convierte en un ruido más. No hay más remedio, para aislarse, que cerrar voluntariamente los oídos al estruendo urbano, o que volverse necio y estúpido como la muchedumbre para no escuchar esa protesta del corazón que nos sube a la boca. La discordancia, la incoherencia melódica de las ciudades causa un malestar general que ensombrece y arruga el rostro de los ciudadanos. Como existe la obligación de oír siempre y a pesar de sí mismo, se ven de pronto seres absurdos y desequilibrados que vagan por las calles como sonámbulos, sordos a fuerza de escuchar, y mueren aplastados por un tranvía o se tiran enloquecidos bajo las ruedas de los automóviles. De tanto oír sin querer, ya se olvidaron de escuchar. Cuando alguna vez, para escapar al demonio del ruido, vienen al campo, el silencio los asusta más que la soledad. Como ya no son niños que para acompañarla y huir de ella cantan en los cuartos oscuros, poblados de fantasmas de sonidos, inventaron la radio para que el ruido urbano, mecánico, estridente, los acompañe y los aturda en todas partes. Son pobres sordos que ya no pueden comprender la música sosegada del campo, la melodía vital del viento en los follajes, la sinfonía campestre que improvisa la lluvia cuando cae sobre las tejas y salpica sonoramente en un cubo de lata que alguien dejó olvidado en el patio.

Muchas gentes acaban por acostumbrarse al ruido amenazador de las muchedumbres y las ciudades, y aman la sorda crepitación de las fábricas, y el trueno de los tranvías que se arrastran mordiendo los rieles, y el ronquido de los motores de explosión, y el clamor de las radios, y los gritos que se levantan un momento sobre el estruendo general y vuelven a caer, a naufragar, ahogados en la inarmónica voz de la calle. Los sonidos ya no despiertan sugerencias, sentimientos, imágenes e ideas, en esas almas atolondradas. El torrente sonoro pasa de oreja a oreja, sin producir vibraciones en el oído que es un órgano hecho para disociar, calibrar, sopesar y calificar los sonidos, relacionándolos unos con otros para formar naturalmente con ellos una melodía. El hombre de la ciudad ya no busca ni entiende el tema musical que acaricia el oído interno, y de ahí que haya inventado, para solaz de sus muchedumbres estúpidas y sordas, una música sincopada y estridente que sólo se alimenta de ritmo. El ritmo sin soporte melódico es puro ruido, es lo mecánico frente a la música que es libre y espiritual.

A Dios gracias yo no me dejo absorber por el tumulto urbano, y fomento en mi espíritu con todas mis fuerzas el horror al ruido y el tedio de la muchedumbre. Todavía puedo gozar escuchando la sinfonía campestre, mientras divago con las manos cruzadas por detrás de la nuca, solo, a muchas leguas de la ciudad.

Y entonces las notas, y los acordes, y las escalas, me llegan distintamente, y se enlazan entre sí, componiendo más que una sinfonía un ambiente melódico que estimula mi espíritu y al mismo tiempo lo sosiega. Cierro los ojos, todavía pesados de sueño, y el campo entero me asalta los oídos. Cada sonido corresponde a una imagen y es como la exhalación vibrante de alguna cosa...

En el corredor de lajas, Germán Rubiano debe estar herrando algún muleto, porque hasta mí llega clara y límpida la voz del martillo al remachar la herradura en el casco...

Por el patio de la capilla pasa la recua de cabras que salen a triscar en el monte guiadas por Cabrencio, el cabrero, porque hay un sordo galope de cascos menudos que deben levantar una polvareda...

No me sorprendería que en la huerta estuviera Jesús Monsalve bajando naranjas y aguacates, con María del Carmen cargada al hombro, porque de tiempo en tiempo, como la nota de un contrabajo, se oye el golpe seco y asordinado de la fruta que cae por tierra. Otras veces vibra, como un coro de cuerdas, la rama de un árbol sacudida por la pértiga que debe empuñar en la mano...

Y si no me equivoco, ya soltaron los peones el riego de la huerta, porque un apresurado torrente musical ha empapado en sus líquidas ondas todos los ruidos de la casa, que antes se volatilizaban en el aire, secos y en stacatto.

En el corredor creo que ya terminó el herraje, y comenzó la faena de la doma del muleto, porque se oye un furioso repique de cascotes en el empedrado y los cobres de los estribos tintinean un momento...

Alguien llama, en el barbecho lejano que se tiende allá arriba, como el fondo de un cuadro de los primitivos, a la yunta que se apartó del arado y se fue a ramonear en la cerca cubierta de yerba. El grito del gañán, en falsete, cruza como una saeta vibrante por el paisaje...

Luego ladran los perros a algún viviente que pasa por el camino viejo, frente a la gruta de Nuestra Señora. Y en el lago, asustados, graznan los patos que a la sazón debían encontrarse con la cabeza hundida entre las aguas amarillentas, entregados a la pesca de gusanos y de lombrices...

¡Obertura matinal que en mis oídos va reconstituyendo uno a uno todos los elementos del campo, de mi campo! La campana de la capilla se echa a volar de pronto en su espadaña llamando a los pastores que andan tamoteando por los potreros, y todo el paisaje se recoge un momento para escucharla. Su voz se alza en círculos lentos, rueda en pesados anillos, sin premura, por el aire quieto. Pero de pronto, en crescendo, todo comienza a vibrar. Los sembrados, sacudidos furiosamente, estallan como una orquesta de cuerdas. Los cedros del callejón se ponen a llevar el compás majestuosamente con sus coposos y aéreos ramajes. Las hojas secas se arremolinan en el patio y comienzan a danzar tan de prisa que no resisten la tentación de volar y no tardan en convertirse en un enjambre de alitas temblorosas.

Mi mujer, cuyos pasos apresurados se oyen en el corredor, grita a lo lejos:

—¡Adentro, niña, que ha comenzado el viento!

María del Carmen y Luis juegan ahora en el corredor, ya familiarizados con sus descubrimientos de la víspera: con la tropa de cabras que salen de la pesebrera para el monte; con los muleros que Germán Rubiano doma en la carretera; con los perros que se despulgan al sol; con la gente silenciosa y tranquila que cruza por los vericuetos de la casa arrastrando las chancletas o los pies descalzos. Es tanta la algarabía que hacen mis hijos con sus gritos y sus locas carreras, que ya no tengo más remedio que sacudir los últimos cendales de sueño que se me pegan a los párpados, y me levanto de la cama. Al salir al corredor, una bocanada de viento me hace doler los ojos. Cuando los abro, como un deslumbramiento aparece ante mí el paisaje familiar, bronco y salvaje, con su escenario de ciclópeas montañas y sus cañaverales amarillos que se despeñan sobre el Chicamocha. Y acodado a la baranda, absorto, embelesado, me quedo largo tiempo mirando llover.

OceanofPDF.com

EL TRAPICHE ESTA MOLIENDO

“Trapiche molé,
mole, molé tu caña morada;
molel’a la media noche,
molel’a la madrugada...”

(Cantas Boyacenses)

MIENTRAS María del Carmen se entretenía chupando un pedazo de caña que le cortó Angelito Duarte con su machete, yo me tiré sobre la colcha de bagazo que escupe el trapiche por entre sus muelas de acero, y me puse a conversar con los comuneros que se hallan de molienda. Uncida al yugo está la yunta de ñor Vicente Rojas, que es de los dueños del trapiche. El corte que se beneficia es de Angelito Duarte, y la molienda se reparte entre los comuneros, que son varios vivientes de la región del Jeque a quienes la parcelación vendió la tierra con derecho a molienda en el trapiche y a varios turnos de agua pericana. En el interior, donde borbotan los fondos, la peonada de Roso se encarga de darle punto a la miel, de cuajarla en las gaberías y apilar luego la panela en los rincones, en petacas de hoja de caña, mientras llegan los arrieros con las mulas, para llevársela.

—¡Otra vez ta bajando el dulce!, me dice Angelito. ¡Eso qué! Sobarse tanto por un solo corte que ha resultado duro, jibroso y de poco caldo.

—Vainas del tiempo, dice Roso.

—Ciertamente el invierno nos cogió retrasaos, con las sementeras del tabaco jloriando y las cañas ya pasadas de corte. No pudimos esperar más,

porque se pasaba la caña y andespués se aguarapaba la miel.

—Cuando no es por lo uno, es por lo otro: por el verano o por el invierno, siempre te andas quejando de tu suerte, y eres el más rico de los tipacoques, le dije yo.

—Eso qué, mi amo.

—Tienes varias cuadras en las vegas, sembradas de tabaco: y aquí en el Jeque varios tablones de caña. Y unos potreros en Mochancuta, y un derecho en este trapiche, y varios peones a tu cargo.

—Verdá, mi amo; eso pa qué negarlo. Ciertamente Dios y mi trabajo me han javorecido. El agüita no jaita pa regar las matas, ni el recado para la mazamorra, y en materia de marranos y cabras paridas, mejorando a los patrones y a mano Antonio Avila que es muy rico, no hay quién me eche cacho en Tipacoque. Lo que digo es que el dulce ta bajando en Soatá porque comenzó a llegar de un tiempo a esta parte la panela del interior, por la carretera del Carare. El mercado de Soatá, el último domingo, se totíaba de esa panela. Verdá que es más grande y menos morenita que esta de Tipacoque, aunque no tan dulce, pero es que asina no es gracia, sumercé: jigúrese que la jagrican con eletricidadá y no a punta de bueyes, como nosotros...

—Y a la caña la cultivan con abonos importados del Perú, dije yo; y el gobierno, que no se ha acomedido a prestarnos el dinero para hacer el túnel de la quebrada de los Micos, está regando de balde los llanos del Tolima...

—¿No le digo?

—Además preparan la tierra, y cortan la caña y la benefician con tractores y máquinas importadas...

—Eso lo sé yo —dijo Roso, porque me lo contó un chofer de bus que ha estado viajando entre Tunja y el Magdalena, por las montañas de Landázuri. ¡Pero aquí mi amo! ¿No ve que en estas jaldas y pedregales no hay máquina que aguante sin dar el bote?

—Eso es cierto, anotó Angelito rascándose la cabeza por debajo del jipa. Y luego dijo: Asina yo me veo, como se lo decía a mi compadre Vicente Rojas, pu'áhi tumbando las cañitas de estos tablones, y rozando la tierra pa sembrar tabaco, o tomate, o apio, porque lo que es la panela nos la

van a meter los tolimas y los centranos hasta en el patio de Tipacoque...
¡Como lo oye, mi amo!

—Así será, Angelito. Pero el tabaco rinde más y es más aguantador para los veranos que la caña.

—Mi compadre Vicente me decía: “Aquí toca salirle adelante a la crisis, y sembrar otra cosa”. ¡Porque la caña, mi amo!... ¿La caña?... Eso no quedará sino pa trenzar melcochas y batir guarapo.

¡Que también les ha dao por prohibirlo, dijo Roso.

—Si el gobierno nos ayudara a poner el riego, todos estos problemas se solucionarían en un momento, dije yo.

—Como que me llamo Ángel Duarte yo ya no creigo en las autoridades, mi amo. Pa ellas sólo esistimos pa la reclutanza de soldados y pa cargarnos la mano con los impuestos. A los tabacalitos sólo se acuerdan de venir los inspectores pa contar las hojas y sacar números con un lápiz. Si nos cogen batiendo agua-miel pa los peones, ¡suás!, la multa. Si llevamos tomate al mercado, nos esculcan no vay metamos ayo de contrabando. Palo porque votamos, y palo porque no votamos. ¿Agua del gobierno?, dice sumercé. Yo ya no creigo en más aguas que las del cielo...

—Asina —intervino Roso, dice una copla que cantan los valletenzanos, en jiestas:

“El alcalde de mi pueblo
es muy jodido con yo;
me sacó mis buenas multas
ni un cobre me rebajó;
y yo le llevé un pollito
y también se lo tragó”.

María del Carmen, harta de melcochas, ajos y alfandoques, que le habían obsequiado los peones del trapiche; y con los ojos azules colorados por el humazo de los fondos, me pidió que nos fuéramos a la casa. El trapiche seguía moliendo y chirriando, y por el caminito que se abre paso entre las cañas bajaba Ignacio, el llavero, con un rollo de periódicos de la semana pasada...

—Que vayan susmercedes a almorzar, que llegó de visita misiá Santicos del páramo y que aquí ta la gaceta.

—¿Viste cómo salió tu artículo en el periódico?, me preguntó mi mujer, cuando llegamos con María del Carmen al corredor, seguidos de más de veinte tipacoques que se nos habían ido agregando por el camino.

—No, no lo he visto.

—Está tan lleno de errores que apenas se puede leer. Tiene renglones saltados, palabras equivocadas, la puntuación hecha un desastre... ¡Es increíble cómo levantan un artículo los linotipistas de periódico!

—Y eso, ¿qué nos importa?

—Se dice que hay crisis-ministerial.

—¿De veras? Me tiene sin cuidado.

—Y otra vez se habla de que la situación en Europa es muy grave. Que hay hambre en España, desaliento en Inglaterra, crisis política en Francia, y la guerra sigue en su punto. En Colombia tenemos terremoto en Túquerres y el anuncio de que doblarán el impuesto predial y van a subir dos centavos al precio de la gasolina.

—Y todo eso, ¿te preocupa?

—Te lo cuento, por si te interesa...

—No me interesa. Ni quiero saber quién se casó, ni quién se murió, ni quién se fue para los Estados Unidos, ni a quién nombraron gobernador o ministro. Los periódicos me tienen hastiado hasta la muerte. Lo que cuentan ocurre demasiado lejos de Tipacoque, y demasiado aprisa. En cambio, ¡si supieras! Vengo de hablar con Angelito Duarte de un problema muy serio...

—¿No sería que le volvió a pegar a la mujer?

—Es un problema de orden económico. La máquina está a punto de derrotar a los tipacoques, y lo peor del caso es que aquí no hay cómo meterla porque se rodaría en estos pedregales, según me explicaba Roso. Y para luchar contra la máquina el hombre necesita máquinas. No quedará otro camino que acabar con las cañas e intentar hacer nuevos cultivos, mientras no inventen otro artefacto que también impida el que se realicen con las manos. Entonces tendríamos que ponernos a comer cardos y espinos, como las cabras. ¡Dios mío, ni en el campo faltan preocupaciones!

FIN DE CURSO

LA MAESTRA de la escuela de Tipacoque me había invitado especialmente a la sesión de clausura, que sería muy solemne, pero a mí poco me seducen estos certámenes pedagógicos de manera que mi mujer y mi tía fueron en mí lugar. De allá volvieron a las cuatro horas, después de haber soportado pacientemente el examen de sesenta niños y niñas de las cuadrillas del Palmar, Potrero Colorado, Agua Blanca, el Jeque, la Quinta, el Páramo y los alrededores de la casa. Contaron que además de algunos padres de familia y unas invitadas de Soatá, amigas de la maestra, asistieron dos inspectores del gobierno, con aire y vestido de ceremonia. Esta de la clausura iba muy bien, con recitación de los niños más desparpajados de la escuela, gimnasia sueca y cantos patrióticos, cuando la señorita maestra llamó a Alberto, el menor de los hijos de Germán Rubiano, para que dibujara en el tablero las interioridades de una vaca, y explicara al señor inspector, a mi mujer y a mi tía, el proceso digestivo de ese pacífico rumiante.

El inspector creyó oportuno atravesar unas palabras, más destinadas a ilustrar a mi mujer y a mi tía que a desasnar a los escolares, manifestando de paso la importancia que el Ministerio concede al estudio de unas disciplinas que tanta gloria dieron a Humboldt, a Caldas, a Zea, a La Condamine, y a otros sabios de quienes ni mi tía ni mi mujer recordaban los nombres.

Alberto, entretanto, había dibujado prolijamente el aparato digestivo de la vaca, en la pizarra de la escuela, con todos sus agregados y menudencias. Carraspeó luego impaciente para interrumpir las pesadas disquisiciones del inspector, y bajo la mirada tierna y protectora de la maestra, comenzó diciendo:

—Por aquí, que es la jeta del animal, entra el pasto que es triturado por los molares, rociado de saliva, luego tragado y conservado en...

—Conservado en..., repitió con angustia la maestra.

—En una panza especial, recordó Alberto, de donde se devuelve, se revuelve y pasa, para ser rumiado otra vez, a la jeta de la vaca. Después rueda hecho una bola por el pescuezo abajo, se descompone en el buche, forma una pasta que se llama quilo, pasa luego al intestino grueso, después...

El inspector empezó a frotarse las manos, la una contra la otra, luciendo de paso un bello anillo de los que obsequia la Compañía Colombiana de Tabaco a sus abonados importantes, y la señorita se puso de mil colores. Pero a pesar de los esfuerzos que uno y otro hicieron de consuno para desviar a Alberto del intestino grueso, y evitar que rodara más abajo, y llevarlo más bien a explicar la circulación de una pata (tema más noble y apto para debatir entre señoras) el hijo de Germán Rubiano, que ha aprendido en su padre que es amansador a domar más ariscas dificultades, prosiguió impertérrito...

—Aquello terminó en tragedia, me dijo mi mujer, porque Alberto no paró de hablar hasta que “cagó la vaca”.

El inspector, para purificar el ambiente pedagógico alborotado por el estiércol del rumiante, propuso a la maestra que los niños hicieran una dramatización, que es cosa que ahora se estila. Como ella dijera que los niños de Tipacoque no dramatizaban, el inspector sugirió que contaran un cuento, para examinar la riqueza y propiedad de su lenguaje y los progresos alcanzados en el año escolar en el arte de la narración.

—Usted sabe, le advirtió a mi mujer, que en el Ministerio nos preocupamos mucho de que los niños colombianos aprendan a manejar correctamente su idioma y a desarrollar la imaginación creadora. Es el método de la escuela activa, que Clapared, y principalmente Decroly...

—Sin olvidar a Montessori y a Pestalozzi, ¡sin olvidar a Pestalozzi!, interrumpió el secretario al inspector.

—Usted no puede imaginarse, mi señora, le dijo el titular a mi mujer, la pasión que siente el doctor Rodríguez por la escuela italiana.

No tuvo tiempo el doctor Rodríguez de explicar aquella preferencia, porque ya una niña del segundo año había recitado al pie de la letra, sin respirar, de corrido, un cuento de su libro de lectura.

—¡No, no, no!, atajó el inspector a la niña, llevándose las manos a la cabeza. Queremos algo más natural, un relato, un cuento dicho con palabras y frases que no sean recitadas de memoria, sino que les salgan a los escolares del corazón. Lo que se trata, mi señora, es de ver el progreso del lenguaje y de la composición verificado por los niños. ¡Figúrese usted que estos de Tipacoque todavía dicen topar por hallar, asina por así, mesmo por mismo, columbrar por ver, aína por casi, vaina por percance... En fin, vulgaridades! Y en el Ministerio procuramos que...

A la sazón se había levantado de entre el grupo de los del primer año, uno de los Pérez, nieto de mi compadre Agapito. Éste dejó el comercio por la agricultura (¡ah caray!, si mi dotor: me dijo cuando vino a verme), es decir, que cerró la tienda que tiene detrás de la casa y se puso a “meterle al tabaco” en una parcela del Palmar. Y Pérez el mocito, muy despierto y locuaz, comenzó a contar algo de su propia invención, quizá inspirado en el cuento de Caperucita Roja o en otro semejante, pero adaptado a Tipacoque; porque el artista no hace sino trasegar el vino nuevo en odres viejos. Resulta, pues, que había una cabra parida con cinco crías todavía mamonas. Cuando salió al monte una mañana para triscar entre las peñas, antes de cerrar la puerta del aprisco, llamó a las crías y les dijo:

—No abran, mis hijos, si alguien golpea, porque puede ser el lobo malo que ha bajado del páramo y viene a tragárselos a todos de una sola mascada.

Pérez decía esto conmovido por un trágico presentimiento, y lo decía sencillamente, con la misma frescura con que Alfonso Daudet cuenta en *Cartas de mi Molino* la historia de la cabra Blanquita del señor Seguin.

—Ya mediada la tarde alguien golpeó en la puerta del aprisco, y uno de los cabritos, que era el más despabilado de todos, preguntó: “¿Eso quién es vusté?”. “Soy yo”, dijo el lobo, porque era el muy condenillo el que golpeaba. “Soy tu máma”. “¿Vos mi máma?”, le gritó al través de la puerta. “Pa que sepás, mi máma tiene la voz más jiña...”. Y el lobo dijo entonces: “¡Con este si me jodí!”

El inspector y la maestra, confundidos de vergüenza, le pusieron al nieto de mi compadre Agapito Pérez cero en lenguaje y composición; pero mi mujer, mucho más comprensiva, le dio un premio de cincuenta centavos.

OceanofPDF.com

LA ESTANCIA

“Bendito mi Dios del cielo
que nos dio la sementera,
porque si no, estas jamilias
con tant’hambre, ¿cómo juera?”

(Cantas Boyacenses)

¡QUÉ linda palabra esta de estancia! Me imagino que viene del verbo estar, pero no me curo de averiguarlo. La estancia no es el rancho infecto ni la casa rodada en el pedregal, sino la tierra donde el hombre “se está”, donde puede estarse y quedarse y permanecer indefinidamente, siguiendo el ritmo lento de las cosechas, sufriendo los rigores del verano implacable, gozando la humedad del invierno que, como una oleada de sangre, revienta en las mazorcas del maíz, se condensa en miel en los tallos de las cañas y se convierte en una pulpa blanda y azucarada en las bayas del plátano. El agua es leche en las ubres de las vacas, y pienso verde en la canoa de los bueyes de labor, y panela rubia y fragante en los trapiches. Tantas cosas es el agua en el campo, que, en hablando de ella, que es la bendición de su estancia, a Angelito Duarte que no lloró ni cuando lo “punzaron” en las elecciones, ni cuando vio morir a su madre en el hospital, se le aguan las “vistas” de puro gozo.

Los amigos, que por tener yo a medias este pedazo de tierra creen que soy un latifundista, y los que por preferir a su amistad protectora la de los tipacoques me llaman comunista, no entienden nada de la psicología

campesina. Unos y otros desconocen el campo. Para deprimirme con toda esa monserga de la infraestructura, y el cooperativismo, y Carlos Marx, y Oliveira Salazar, dicen que yo no sé economía política. Los unos creen que todos los males de este mundo vienen de que haya propietarios, por lo cual, cuando la tierra pertenezca al Estado por entero y no haya en ella sino peones y jornaleros, todos seremos felices. Los otros dicen que la industrialización, el sindicato patronal, la sociedad anónima, son el remedio de todos nuestros males. Aquéllos creen que la propiedad es un vicio económico, y éstos que ella es una anomalía individualista. Todos creen que el hombre y su pedazo de tierra son incómodos sobrevivientes en un mundo de máquinas, acciones bancadas, letras de cambio, cooperativas y sindicatos; en un mundo en el que el símbolo se ha encargado de derrotar la pedestre realidad aritmética de las cosas. El campesino suma, el capitalista multiplica, el gobierno resta, la sociedad divide. Yo me pierdo en ese laberinto, y sólo sé que detesto la mentalidad de quienes menosprecian la propiedad, tanto como la de quienes la desfiguran. La misma repugnancia me inspira un sindicato que un cuartel, un soviet que una junta directiva de banco, porque yo no amo los símbolos ni las muchedumbres sino lo concreto y particular, que es el hombre. No quiero que la tierra sea de todos los hombres, sino que cada uno de ellos tenga un pedazo de tierra. Creo que la propiedad privada es un instinto y un sentimiento: se la codicia como quien tiene sed y se la ama como el agua fresca que es capaz de saciarla. Yo les digo a mis amigos, sin convencerlos por supuesto, que frente a la tierra soy exactamente igual a Angelito Duarte. Pero mejor que proseguir estas divagaciones insulsas, que mis amigos tacharán de anticientíficas, será contar cómo es Angelito Duarte.

Es un tipacoque todavía joven, aunque sería difícil escudriñarle la edad en ese rostro atezado, de labios hundidos por la falta de algunos dientes, y ojos que relumbran de puro negros bajo la pelambre que le escurre sobre las cejas. Lleva una camisa de lienzo, vuelta pedazos. Los pantalones sucios, remendados con grandes parches, le quedan tan cortos que no le llegan a las corvas. Es una compasión Angelito Duarte, y además es un diablo de hombre. Vive en un rancho a la orilla de la carretera con sus suegros, su

mujer, sus cuñadas, y cuatro familias (cuatro hijos) que fueron naciendo como los piojos en una ruana, sin saberse cómo ni cuándo.

Los marranos hozan en el piso del rancho. Una yunta de bueyes rumia en el solar que se ha formado a la sombra de las matas de plátano. Las criaturas andan desnudas de la cintura para abajo o de la pretina para arriba, alternando, para economizar los “chiros”. Los domingos en la tarde Angelito llega de la tienda de don Rubiano apestando a “verde” de las rentas, porque ahora está prohibido batir guarapo. Se suelta el “centurero” de los pantalones y le propina un correazo a su mujer. Esta grita y acuden los papás-señores. El suegro, entretanto, le arrima a Angelito un estacazo con la pala de hornear, y a los gritos acude la mayor de las hijas con una criatura en brazos, todavía de pecho. Berrean los hijos mayores, chillan las cuñadas, los hombres se baten como gatos, y al fin, molidos y derrengados, todos se acuestan a dormir, los unos sobre los otros, hasta que Dios amanece sobre la cuchilla del monte.

—¿No le habrás vuelto a pegar a tu mujer, Angelito?

—No mi amo, me dice mientras le da vueltas a la corrosca descopada y mugrienta.

—¡Es que donde yo sepa que has vuelto a las andadas...!

—Sumercé sabe que a las mujeres hay que amansarlas como a los muletas, a rejo, pa que no cojan mañas y se güelvan jetiduras.

Pasan horas y horas sin que despegue los labios y se resuelva a decirme qué es lo que quiere. Para hacer tiempo, extrae de la faltriquera un pañuelo de huevos y me lo alarga con mano torpe, disculpándose de que no sean tantos como él hubiera deseado que fuesen, porque a la saraviada, que era muy ponedora, se la mató un bus en la carretera.

Angelito quiere comprar en la vereda del páramo una parcela de cinco días de arada, para abrir unos potreros y sembrar unas cargas de trigo. Tiene un campo en las vegas del Chicamocha, en tierra caliente, sembradas de tabaco. Además la quinta donde vive, plantada de cañas, con derecho a molienda en el trapiche de los comuneros. Es dueño de cinco tandas de agua, con las que abreva su campo; y en las fiestas de Nuestra Señora su cuota es la más subida entre las de todos los tipacoques. Se diría un pobre diablo en la miseria, viéndole aquella planta, y aquel chiquero donde vive, y

sin embargo “a Angelito Duarte no lo compren por menos de veinte mil pesos”, como dice Antonio Avila, que no le acaba de perdonar ese lote que compró en las vegas, y por el que él venía suspirando desde hace muchos años. Las parcelas de Angelito producen al año más de veinte “palaos” de miel, y cuenta además con la cosecha de tabaco, las crías de la vaca, el sebo de los marranos, los huevos de las gallinas y los plátanos del solar. Cualquiera, por lo que no presume de rico, lo creería en la miseria...

¡Ah! ¡La tierra, el amor a la tierra! El que Angelito Duarte siente por la suya es un amor físico, varonil, que nada tiene que ver con la codicia del ciudadano burgués que se complace amontonando cupones y cédulas bancarias en una caja fuerte. Para Angelito la patria es la “orillita” que tiene en la vega del Chicamocha. Su mayor ambición es comprar ese terronal, ese volcán, sombreado por los cedros y los robles que en el Palmar plantaron sus abuelos. Con qué ternura recoge Angelito un puñado de terrones, los destripa amorosamente con los dedos, y me dice, sonriendo por debajo de la corroasca:

—¡Es tierra güeña, agradecida! Con tantico que llueva no hay quién la iguale. Y es como la máma, ¡jamás se cansa!

(Que es lo mismo que había dicho don Juan de Castellanos cuando llegó al Valle de los Alcázares, en la Sabana de Bogotá, que no es ni la sombra de estas montañas de Tipacoque:

“Tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena...”)

Angelito abre con fruición las entrañas de su tierra en largos surcos con el chuzo del arado. Afloja con ternura los terrones para limpiarla de pedruscos y cruzarla de pequeños canales que absorben hasta la última gota del riego. Muy de mañana, cuando el sol comienza a dorar las nubecillas que se acostaron a dormir sobre la almohada de Güicán, sale Angelito a dar vuelta a su campo. Más que la taza de caldo que bebió a grandes sorbos, quemándose los labios y la lengua, lo alimenta la fragancia del platanal y el vaho tibio y dulce que sopla del trapiche donde están moliendo su caña. Si es verano, Angelito escruta angustiosamente los copos flacos y

transparentes que bogan muy alto, en el golfo del cielo, y cuando sopla el viento se deshilacha. Los terrones amarillos, resecos, se pulverizan al sol.

—Ay juna! ¡Compasión de las cañas!

Y con más pasión de la que pone en romperle las costillas a la india cuando le viene el deseo imperioso de abrazarla, y tumbarla en el suelo del rancho, se pone a abrir pequeñas acequias para abreviar su tierra sedienta, cuando le llegue el turno del agua. Si amaga el invierno, Angelito canta de alegría. Se sienta a la puerta del rancho a mirar llover, bajo el alero podrido, y no le importa que adentro los harapos naufraguen en un pozo de barro.

—¡Al fin, bendición de la Santa, ta lloviendo bonito!

(Cuando yo digo, ¡qué tiempo tan lindo!, porque el paisaje flota en una aura dorada que se cristaliza y relumbra en el nevado de Güicán, Angelito maldice la falta de lluvia que tiene mustia su propia tierra. Y cuando yo me entristezco porque pesados nubarrones se despeñan sobre el cañón del Chicamocha, se desbaratan en chubascos y convierten las quebradas en torrenteras: cuando maldigo el mal tiempo porque no hace sol, Angelito bendice a la Santa por lo bonito que está lloviendo sobre la tierra).

Ni la vida arrastrada y miserable, ni los niños descalzos y mugrientos, ni la mujer piojosa y analfabeta: nada importa a Angelito con tal de conseguir esa “orillita” para redondear su estancia.

Esto es lo que he querido decir aquí, en esta página: que la tierra es el sedimento y el mosto espiritual de Angelito Duarte. Por ella daría la vida de sus hijos, cuanto más la suya propia; no le importa el oro sino porque puede convertirse en tierra; y si alguien se diera a rebujar en sus entrañas, encontraría que antes que los instintos elementales y como asiento de sus sentimientos y sus ideas, está ese amor primario, irrevocable, eterno, por un pedazo de tierra que pueda llamar suya y que en las largas tardes del verano, cuando implora mentalmente a la Santa una “sed de agua” para regarla, puede acariciar con sus manos, destripando los terrones amorosamente entre sus dedos. Porque en Tipacoque la amamos de esa manera...

¿PARA QUE, SEÑOR?

¡E^N el campo se hacen todas las cosas tan lentamente! Nadie tiene afán en quemar las etapas e ir más de prisa, porque en realidad las cosas trascendentales llegan siempre a su tiempo y por sus pasos contados. Sólo que a veces se complace la naturaleza en prolongar la vida de seres insignificantes, olvidados del mundo, que ni siquiera tienen luces para gozarlo. Con una ceguera inescrutable quemó en cuarenta años a Bolívar, quien almorzó aquí en Tipacoque el 5 de diciembre de 1825, cuando iba para Bucaramanga a esperar los resultados de la Convención que se reunía en Ocaña, según leía esta mañana en las Memorias de O’Leary. En cambio perdura, macilenta, como un rescoldo, en ese cuerpo alto, seco y rejudo, de Jesús Monsalve. Parece que el soplo de este aire del Chicamocha no deja que se extinga el fuego de esa vida.

Esta mañana Jesús andaba por la cuadra con mi niña en brazos, y el viejo parecía una imagen de San José a quien le hubiera florecido la vara. Iban los dos a coger naranjas mandarinas, y a visitar luego a las cabras perniquebradas que se quedan en la pesebrera de la casa mientras las otras andan por el monte, llevadas por Cabrencio. En brazos había tenido Jesusito a mi madre, cuando era niña, y antes había cargado a mi abuela en su silla de manos cuando venía de Bogotá a Tipacoque. Ahora carga a mi niña... A veces le dan unas quintas de tos, que lo sacuden como el viento a esos nogales del callejón, ya casi secos, y que, con todo, deben ser más jóvenes que Jesusito Monsalve. Él se bebe de un trago un frasco de Pectoral San Andrés que carga en la faltriquera, al lado de la “peinilla” que le golpea las largas piernas, y queda otra vez tan orondo como si nunca le hubiera ocurrido nada.

¡Y pensar que el Libertador murió cuando no había cumplido los cincuenta años, de un acceso de tos!

OceanofPDF.com

CASA DE TAPIAS

“Esta casa si ta grande
con su patiu y su solar,
pa tuiticas las jamilias
que mi Dios nos ha de dar”.

(Cantas Boyacenses)

UN ARQUITECTO que pasó por aquí, camino del interior, me habló largo tiempo, con una sonrisa despectiva, de nuestros humildes materiales de construcción. ¿Qué puede hacerse, me dijo, con el barro, el adobe, la tapia pisada, el chusque, el bahareque, que son materiales comunes y deleznales? No hay casa de tapia que resista tres pisos, ni bardas que no abulten, se hinchen y se desplomen. Ni la regla, ni la escuadra, ni la plomada, ni el compás, ni la geometría, ni la verdadera arquitectura, en fin, pueden desarrollarse en estos campos y montañas, a menos que se traigan de la ciudad varillas de acero, bultos de cemento y piedra de cantería. ¿Con qué pegan los adobes estos indios? Con barro. ¿Con qué las lajas del piso? Con miel de purga, ¿no es cierto? Y sonrió desdeñosamente...

—¡Ay Dios!, le dije, o si no le dije, lo pensé, que es lo mismo. Si usted fuera un maestro constructor de catedrales y no un arquitecto de cubos de cemento armado, como me figuro que es, tal vez le hallaría razón. Fíjese en esta casa. Usted la encuentra fea y despachurrada. Evidentemente la geometría no entró en la consideración de los maestros albañiles que la levantaron con una sencilla sabiduría, anti-técnica o anti-científica, yo no lo

sé, pero llena de encantadora malicia. Juzguémosla como se juzga en el campo, con parsimonia y con lentitud, que es como saben hablar el maestro Nicanor y el maestro Belisario que hoy están revocando los caballetes. Pues verá usted que estos paredones tienen siglos, y ahí se tienen, firmes como una roca. También es cierto que más que paredes son murallas de una yarda de espesor, de tierra apisonada con tanto ahinco, que una bala de cañón no lograría perforarlas. Los peones del tiempo de mis abuelos, batían claras de huevo con los terrones para aumentar su consistencia, y ahí las tiene usted, que no hay quién pueda tumbarlas. No se ajustan a la escuadra ni a la plomada, y como usted dice, a veces se hinchan y parecen barrigonas, en lo que consiste su encanto. Son músculos y vísceras que palpitan al sol bajo la epidermis de cal, y parecen no construidas por mano de hombre, con artificio, sino nacidas de la tierra misma cuya tibieza y cuyo color conservan indefinidamente bajo el revoque. ¿Usted me dice que sus dimensiones, o mejor, su fortaleza, son desproporcionadas con la altura de la casa y el peso de los tejados? Pero dígame usted, ¿qué necesidad habría de que sus brazos de arquitecto fuesen menos robustos, puesto que con ellos no ha de empuñar usted una hacha de sílex sino un lápiz para hacer cálculos? ¿Y de qué serviría que estas tapias fuesen más delgadas, rectas y pulidas de lo que son, si son los huesos y las vértebras de la casa y no simples paredes para sostener un caballete? Las tapias de tierra apisonada son naturales, y es eso lo que a usted, hombre artificioso, nacido en la ciudad, le repugna porque representa un reto a la geometría, la economía doméstica y la resistencia de materiales.

Si usted me lo permite, le contaré cómo nacen, cómo crecen y cómo perduran las casas de campo, esta casa, que usted habrá sentido respirar sordamente en la noche, en el silencio vibrante, bajo un cielo estrellado que amaga desplomarse sobre ella. ¿Me lo permite? Pues voy a contarle...

En la ciudad usted se encierra en su oficina y dibuja un bello plano en un papel. Construye luego una casa que tiene vista a una calle estrecha y estrepitosa, de acuerdo con ese plano y sujeta a cálculos que usted ha hecho previamente sirviéndose de tablas y compases. Su casa será bella si se

acomoda a esas prescripciones, ajustándose al plano de lo que usted, en la ciudad, considera que es una bella casa.

Ésta nació de otra manera, amasada con tierra del lugar y barro pisoteado por bueyes de labor. Sus paredones se levantaron poco a poco, y en su apretada entraña quedaron presos para siempre cadáveres de insectos, mariposas y lagartijas. ¿Para qué economizar espacio, si estamos en el campo? ¿Para qué adelgazar las paredes hasta hacer coincidir sus dimensiones con un cálculo de las resistencias, si la tierra pisada es húmeda, caliente, fragante, orgánica como un pedazo de carne? ¿Para qué acumular piso sobre piso, en un espacio estrecho, como en la ciudad, si la casa tiene toda la tierra para extenderse? ¿Para qué cuartos pequeños, y pasadizos angostos, y patios regulares, si hay que darle holgura a la construcción para que se desarrolle como quiera? El sol y el viento deben entrar a todas partes, para ventilar los aperos y asolear el grano que se extiende a secar en los patios. La casa se desarrolla por una especie de imposición interior, que presiona la voluntad de los albañiles. Verá usted cómo sucede:

Ya a punto de entejar un tramo, alguien cae en la cuenta de que se necesita un lugar para guardar las herramientas de trabajo, y entonces surge una nueva estancia, que no se había previsto. ¿Y el corral de las cabras?, dice el maestro. ¡De veras!, hay que pensar en las cabras, y además en un desván para que duerma el cabrero. Y entonces, junto a las pesebreras, se forma un saledizo que se apoya en unas pilastras de piedra.

—Pero, ¿no se ha pensado en que al abuelo le gusta el olor de la huerta y el canto de las cúchicas?

*“Despiértenme las aves
con su cantar sabroso y no aprendido”.*

Pues no faltaba más: que su alcoba se incruste en el campo, y se abra sobre la huerta como un corredor espacioso. ¿Qué anchura le pondremos?, preguntaría el sobrestante de obra, rascándose la enmarañada pelambre por debajo del jipa. Calcula, diría el amo, un corredor para que yo pueda entrar a caballo y desmontarme al pie de mi cuarto sin necesidad de ir primero a la

pesebrera: muy ancho, para que los domingos la peonada pueda acurrucarse a contar los jornales.

Tiempo más tarde las luminarias de la Santa, patrona de la casa, quemaron los festones de papel que adornaban el altar que le habían hecho en el corredor. Las llamas, cebadas por el viento, se abrazaron a las columnas de roble, treparon al zarzo, se encarnizaron en el chusque de los cielos rasos, mordieron las secas vigas del techo y un tramo entero se convirtió en cenizas. ¿Qué hacer? Era un accidente, semejante al del niño que se quiebra una pierna cuando se cae del árbol donde estaba cogiendo cerezas. Y como un tío viejo, ya enfermo y con ansias de muerte, quisiera ver a la Santa desde el corredor, el portón de la capilla no se abrió sobre el camino por donde entran los peones a la casa, del lado del frontis, sino mirando al corredor por el lado del Evangelio. ¡Cosas absurdas!, diría usted. Sin embargo, tan naturales, le diré yo.

Aquellos grandes patios irregulares, empedrados de lajas mal pegadas, claro está que han podido tirarse a nivel, o simplemente suprimirse, pero entonces ¿dónde se volcaría la chamiza para cebar el horno del pan? Este horno nació de pronto como un tumor de tierra y adobes que le hubiera salido al pescuezo de la cocina. Y si no se hubieran sembrado al azar unos naranjos en mitad del patio, ¿qué sombra tendrían los perros para dormir la siesta? ¿Y adonde podría encaramarse la lora?

Todo tiene su explicación como usted lo ve, y está íntimamente ligado a la tierra, al paisaje, a la vida rural, al campo que se mete dentro de la casa misma por sobre las bardas de la huerta, por las grietas de los paredones, por los corredores llenos de cosas innecesarias, pero características, como el vello que cubre un pecho varonil. Cuando la peonada invadió los corredores en busca del cuarto del patrón, el corredor se prolongó como un brazo ancho y musculoso para rodearlos a todos. Las toscas techumbres de un trapiche, como muelas cordales, brotaron junto a la casa. El campanario con su espadaña —la garganta de la casa— se puso a tañer, a cantar, para llamar a la oración o al descanso a la silenciosa peonada. Al través de los años fueron creciendo los corrales, las pesebreras, la venta, los patios de labor para salar el ganado, con su botalón de guayacán para domar a los muleros cerriles. Y los bardales, y las cercas de piedra fueron internándose monte

arriba, que no parecen sino venas que abultan al través de la piel verde o negra de los cañaverales y los barbechos...

Las casas de campo, sí señor, son seres que envejecen, se arrugan y acaban por echarse a morir a la orilla de los caminos; pero duran siglos, como ésta, fuertes y lozanas, conservando su dulce palpitación interior, el eco sonoro de sus estancias, la resonancia de sus ondulantes corredores, la epidermis viva de sus paredones que se cuarteán y curten por un sol implacable, y hay que refrescarlos de vez en cuando con una lechada de cal.

La casa no es una arquitectura sino un ser que encierra una alma misteriosa, que se expresa por medio de extraños ruidos en las noches de miedo. Tiene su olor a cosa orgánica, a excremento de vacas, a majada, a calostro; y al través de los siglos va adquiriendo una recia personalidad y una venerable belleza. Yo le diría que, inconscientemente, me refiero a ella como si fuera una persona. A su contacto con ta casa, mi alma se modifica. Su espíritu se funde misteriosamente con el mío. ¿No oye a lo lejos el chirrido del trapiche? Es que la casa está comiendo. ¿No oye la campana de la capilla? Es que la casa está cantando. ¿No la siente respirar en ese soplo fuerte y perfumado que viene del monte? ¿No siente su olor a pesebreras, aperos y corrales, que es el perfume del trabajo? ¿No comprende que sus ventanas son ojos que miran a todas partes: a los potreros, a los sembrados, al camino real, a las montañas cubiertas de bosque? La casa es la conciencia del campo. Éste se vuelve para mirarla de todas partes, y se mira en ella como si la hubiera visto nacer por una íntima necesidad de la tierra que, al ampollarse formando tramos y tejados, hubiera producido la casa.

¡No me hable usted de arquitectura! Aquí, entre estas montañas, todo nace y se hace naturalmente. Lo que viene de allá, de la ciudad, es artificio deleznable.

Entre la yerba y los pies del hombre, ustedes interpusieron una capa de asfalto; entre el campo y el hombre, levantaron altos muros de cemento; entre el cielo y el hombre, tendieron una telaraña de alambres. Las casas no son en la ciudad seres vivos, sino cárceles para encerrarlos...

¡Uf! Esto me está resultando demasiado retórico, dirá usted. ¿Y qué importa? Yo quería cantar esta casa que usted desprecia. ¡Cante usted, si puede, el edificio de Correos o el Banco de la República! Nada comienza a

existir en este mundo mientras no se le canta, aun cuando no sea sino en un *Diario* que sólo leerán los hijos de mis hijos, con curiosidad reverente, cuando dentro de muchos años ya no me lea nadie y yo no sea sino un polvillo espiritual adherido a estos vetustos paredones, y me haya convertido apenas en un abuelo —¿cómo se llamaría?— qué vivió en esta casa. Y para terminar le cuento algo que ella tiene, y que usted no podría poner en las que hace, con toda su arquitectura: ¡en esta casa hay espantos!

OceanofPDF.com

QUE LOS HAY, LOS HAY

Y A PROPÓSITO de espantos, hoy bajó del páramo muy emperifollada mi comadre Santicos. Dejó a Dionisio, su marido, encerrado en el rancho con candado, y ella se vino a mercar el maíz y la sal para la cocinanza. Como el potranco a la yegua, le seguía su ahijado “el güerfanito”, que llegó al corredor prendido a sus enaguas de castilla. Relucía la cara del chino de puro limpia. La tenía tostada y escarapelada por el viento y el sol.

—¡Saluda a mi amo!, le dijo Santos.

Entonces el niño puso delante de la cara las dos manos, juntas como para orar, y habló con su vocecita cansada:

—¡Bendito y alabado! Güenos días sumercé...

Luego se acurrucó en los ladrillos y se quedó mirándome largo tiempo, con la curiosidad y la admiración pintadas en el rostro, hasta que se quedó dormido.

—Es tan poquita cosa, dijo Santos, que no sé si sacaré d’el un cristiano.

Santos se acurrucó a su vez en el suelo, y mientras mecía dulcemente la hamaca donde yo me encontraba tirado bocarriba, me contó la historia del “ahijao”, como ella decía.

Sucedió que hace ocho o nueve años Santos subía para su casa del páramo. Iba tarareando o conversando sola. La noche debía de ser clara y estrellada, aun cuando mi comadre no lo diga, porque me cuenta que era tiempo de duro estiaje y ella pudo sorprender a un viviente que se estaba robando el agua del molino para regar su sementera. El camino es agrio, enmontado, y a veces casi desaparece en algún recodo en que se ha botado la toma y lo ha sepultado bajo un rimero de piedras. Sube que te sube, saltando cercas y vallados como una cabra, ya a punto de llegar a la casa

vio mi comadre dos sombras fugitivas en el barbecho. “Se le puso” que estaban desenterrando la papa recién sembrada para robarse la semilla, pues había una pandilla de cuatrerros y ladrones que andaban por los lados de Onzaga haciendo pilatunas en el monte. Cuando se detuvo, con los sentidos alerta como los de un conejo, oyó un gemido ahogado que salía de debajo de una mata de papa.

—¡Ave María Purísima!, exclamó santiguándose.

Se agachó, escarbó la mata, y encontró que de la tierra recién abierta y revolcada salía una mano de niño. A toda prisa desenterró a la criatura, medio asfixiada, toda llena de tierra. La sacudió y limpió como Dios le dio a entender, la lavó en la quebrada, la arropó en su mantilla y se la llevó a su casa.

—Ahi tá, dijo señalando al ahijado que dormía plácidamente en el corredor.

Nunca supo mi comadre Santos, por más que bregó por descubrirlo, quién fuera la madre desnaturalizada, o talvez enloquecida por la necesidad, que enterró viva a la criatura. Durante muchos años se perdió la memoria del caso. Cuidó al niño como si ella misma lo hubiera parido, y él no tardó en llamarla máma; pero Santos, que tiene un inextricable pudor maternal, no se refería al muchacho sino diciéndole “el güerfanito”.

Lo realmente curioso de este cuento viene después, cuando mi comadre, tras muchas vueltas y revueltas, paréntesis, acotaciones innecesarias y frases circunstanciales, me cuenta que un día la peonada estaba de “convite” en el páramo, trillando un trigo de su compadre Resuro Pimiento, hermano del difunto Luis Pimiento, que en paz descanse. Santos atendía a la cocina de los peones, y el huerfanito, que todavía hablaba a media lengua, no la despintaba un momento y la acompañaba a todas partes.

En un alto peñón que domina la loma donde maduraba el trigal, se veía una gran piedra sostenida casi en vilo sobre la cuesta donde trabajaban un hombre y su mujer, segando y amontonando el tamo para formar gavillas. El niño, que jugaba al lado del fogón donde se cocía la mazamorra, no quitaba los ojos de la piedra.

—¿Qué tanto mirás, que tas como alelao?, le preguntó Santicos.

—¡En la piedra jace jumazón!, contestó el niño. Yo vide un viviente que daba güeltas en redondo sobre la piedra, y se reya con yo...

—¿Tará ideática la criatura?, musitó mi comadre. Pero el niño la tiraba de las enaguas y le señalaba arriba, a lo alto del peñón; porfiaba con ella, pero ella no veía nada, fuera de los “chulos” que volaban en grandes círculos en el cielo de la montaña, como atalayando un mortecino.

De pronto, con gran estrépito, sin que nadie pudiera explicarse semejante fenómeno, se desprendió la piedra de lo alto de la peña y rodó a grandes saltos, cuesta abajo, en dirección al hombre y la mujer que arrimaban tamo para formar gavillas. Se levantó una polvareda, que por el momento no dejó traslucir lo que pasaba en la trilla. Mas, una vez disipada, los peones vieron despavoridos que la piedra desprendida de lo alto de la peña había aplastado al hombrecito y a su mujer, cayéndoles encima como una losa mortuoria. Entretanto el huerfanito, a media lengua, seguía diciendo:

—Yo vide un viviente que daba güeltas sobre la piedra y se reya con yo...

Entonces Santos, como en una revelación, comprendió que aquel par de desgraciados eran los padres del huerfanito, y que el viviente que danzaba sobre la piedra en medio de una espantosa “jumazón”, no era otro que el mismo diablo, el Mandingas, que quería llevarse a los infiernos a aquellos frustrados homicidas.

—¡Santa Bárbara bendita!, gritó mi comadre y exhaló un suspiro.

—¿Qué quere, mama?, le dijo el huerfanito, que había despertado con aquella gran voz de la vieja.

—¡Nada, mijo, nada! Seguí durmiendo, o andáte a la pesebrera a jugar con las cabras...

PUREZA

“Éste no es de por aquí
est’es de Capitanejo:
no le creció más el coto
porque n’hubo más pellejo”.

(Cantas Boyacenses)

Hoy vino a verme Pureza Corredor, una viejita cotuda que vive en el Palmar en compañía de su nieta de seis años que le fue entregada a perpetuidad por su hija y su yerno para que la educara. También viven con ella una gallina saraviada (de la que me trajo dos huevos), un marranito colorado, una vaca a la que cuida como a la niña de sus ojos, y un bobo, que es su hijo menor, al que quiere como si no hubiera otro bobo en el mundo. Éste es cotudo, porque lo cristianaron en Capitanejo.

—¡Y tan bueno! Siempre me entrega el jornalito que gana como carguero en la mina, y me dice: “Ahi teñe mamita, pa su dulcecito, tome pa sus mogollitas, que lo que’s mientras yo asista, a sumercé no ha de jaltarle nada!”

Por poco se me saltan las lágrimas cuando Pureza, sacando una gran voz de aquel pecho flojo, caído y amarillo, que recataba bajo el manto, exclamó:

—Ay, mi amito: ¡qué cosa tan terrible me ha acontecido!

Luego se secó el rostro bañado en lágrimas con el ruedo de la falda, se sonó con ella, escupió a lo lejos, y se sentó en el suelo.

—Figúrese, sumercé, que hace obra de tres meses subía yo p'al rancho, pues venía de la tienda del compadre Inacio de comprar la sal y las velas del mercadito, porque eso sí todos los viernes, que Dios no ha de jaltarme, bajo a la hacienda siempre que no me jalte la salud y los realitos; que los males no vagan, y ya con la viejera se me debilitan las piernas y siento como una pesadumbre en el costado; sólo que mi comadre Vicenta, la mujer de Pedro Roa, me decía que antes no me pican más calamidades viviendo allá en ese rancho, cuasi a la intemperie, pues con este invierno, ¡Ave María Purísima!, se ha vuelto un chiquero...

Aquello llevaba trazas de no acabar. Yo insinué entonces:

—Hace tres meses subía mi comadre Pureza para el rancho...

—Sí, mi amo, por aquí mesmito detrás de la cuchilla que desemboca en la quebrada. Ya salía a la loma donde hay un viviente, cuando éste me gritó desde el rastrojo que estaba limpiando, porque pensaba sembrar dos carguitas de maíz y ya tiene bien escogidita la semilla y preparada la tierra aunque...

—Y ¿qué dijo el viviente?

—¡Ave María Purísima! Comadre Pureza, eso dijo: ¡mire que sucedió una gran desgracia en su casa!

—¿Y eso qué sería?, le pregunté. ¿Se rodaría la barcina por el barranco? Porque en la “orillita” de tierra, con este invierno tan espantoso, ha salido un “volcán” y ya se tan escurriendo los palitos de maíz que sembré al terminar el verano. Dicen que es menester conservar la maleza y los carrizales, pa que tranquen la tierra y no se desbarranque, pero considere sumercé el trabajo pa sembrar en esos pedregalones...

—¿No era la vaca?

—¡Dios me jagorezca! No era la vaca, no sumercé, sino que el viviente me dijo: “El bobito le hizo una maldad a la niña, su nieta”. ¡Ay! Y se me puso en el corazón que hasta ya sería dijunto el angelito. Eché a correr entonces loma arriba, con las naguas arremangadas, cuando vide que la niña bajaba a encontrarme. Al llegar al rancho, el bobito taba sentao en la explanada, al sol, espulgándose como tiene costumbre... Pero el lunes vinieron el regidor y los guardias de Soatá, y cargaron con él pa la cárcel.

—Entonces, ¿no le pasó nada a la niña?

—Yo quiero que sumercé arregle con la justicia pa que me degüelvan al bobito. Él es incapaz de hacerle mal a nadie. Él no mata una mosca. “Yo no lo haré más, mamita, me dijo, sino que un hombre me aconsejó que le jaltara al respeto a la niña”. Y ahora ¿qué haré yo? Ya tenía arreglado con los taitas que por treinta pesos (¡semejante cantidad de plata, Ave María Purísima!), que por treinta pesos perdonarían el estropicio de la niña y no denunciarían al bobito. Sobretodamente que ella ta güeña, y no le ha pasao nada, y ni siquiera ha echao cama un solo día desde que le ocurrió el accidente. Sumercé ayúdeme en este trance, que Nuestro Amo y Santa Rita se lo pagarán en l’otra vida, porque en esta yo no puedo sino agradecerle. Una vecina me dijo que sumercé tiene brazo juerte con el gobierno. Mire, mi amo, que sin el bobito me jaltaría hasta la sal pa la mazamorra porque yo ya toy vieja y no puedo trabajar como antes.

¡Oh, misterios inescrutables del corazón humano! Todavía esta es la hora en que no sé quién me inspira más lástima, más piedad por los destinos trágicos y humildes: si Pureza, la niña o el bobo!

OceanofPDF.com

MIRANDO CORRER EL AGUA

“Adiós quebrada seca,
que la conocí con agua:
a muchos he conocido
con plat’y se les acaba”.

(Cantas Boyacenses)

EN LA meseta del páramo de Guantiva nacen dos ríos que corren disparejos por la extensa llanura sembrada de grises frailejones, y a veces, de siete cueros enanos. En un punto parece que han de encontrarse, y confundirse, y es milagro que corran en sentido contrario. No tardan en apartarse, y el uno se despeña abriéndose paso entre las rocas, con mucho alboroto de chorros y de espumas, para morir en el Chicamocha; y el otro rueda de norte a sur, para bañar el valle de Belén de Cerinza. En un alto llamado Güina, la carretera pasa bordeando uno de aquellos ríos recién nacidos. Desde un pontón el agua se ve tan clara, tan fría, tan transparente, que cuando comienza a correr en busca de las rocas de Guantiva parece un cristal que se volviera pedazos. Y yo me pongo a pensar...

Si el agua de estos ríos que nacen a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, se almacenara en el inmenso estanque natural que en el camino hacia Covarachía forman las rocas y farallones del páramo; si se levantara un muro de piedra para remendar el portillo; si esto hubieran hecho los gobiernos cuando yo me permití sugerírselo por el conducto de mis amigos los concejales de Soatá, hoy tendríamos una central

hidroeléctrica en Susacón, y canales de riego que descenderían por las faldas de la cordillera ablandando y fecundando esta tierra roja, calcárea, porosa, que es la más rica del mundo.

—¡Eso pa qué!, como dice Santos. Eso pa qué, me dijeron entonces, si sólo habría de beneficiar a los godos...

Yo tengo el amor, casi diría que la pasión del agua, como los tipacoques que saben exactamente lo que ella vale cuando comienzan a regar un pedregal que no tarda en convertirse en vergel. La escancian en un calabazo o en la copa del jipa, con el mismo fervor con que apuran el primer vaso de vino de su cosecha los viticultores de Andalucía o de Francia. Y el agua es caprichosa, como las cabras y las mujeres. En los inviernos yo he visto el Chicamocha crecer hasta desbordar sobre las vegas anegando las plantaciones de caña. Arrastró en una ocasión grandes piedras de su propio cauce, formando en la Vega de León un lago amarillo y tenebroso que cualquier noche se desbarató con estruendo y arrastró cultivos, árboles y ranchos de los vivientes de la Vega de Huerta Grande. Pero en los veranos se adelgaza y se desliza como una coral entre las piedras. Forma a veces, en los tambres de las bocatomas, anchos pozos, quietos y tibios, donde es muy grato bañarse. Cuando se tira uno de espaldas en el agua, ve sobre sí las paredes de basalto del cañón, que se levantan a altura vertiginosa. De un lado quedan las veredas chulavitas del Espino y Gutiérrez, enemigas juradas de Tipacoque, y no es raro que parapetados detrás de las rocas los campesinos descarguen sus trabucos de fisto contra los vivientes de la vega. A la otra mano suben, escarpados y resecos, los desfiladeros de Bavatá, y como las cabras de Siervo Joya suelen triscar en aquellas breñas, balanceándose sobre el abismo con un gajo de cardos en el hocico, no es raro que de pronto comiencen a llover sobre los bañistas del pozo unos guijarros menudos que chapotean alegremente en el agua...

Un poco abajo de la casa de Siervo Joya, y de un antiguo trapiche que fue de Tipacoque y hoy pertenece a unos comuneros de la Vega del Pozo, desemboca en el Chicamocha el río Nevado, que también tiene el bello nombre de Guacamayas. Desciende a saltos, para calentarse las aguas, desde los glaciares del Cocuy. Es otro río que pudiera tambrarse, pues arrastra mucha corriente sobre todo en verano cuando se deshiela la Sierra

Nevada de Giiicán. (La cual, como dicen los campesinos, tiene nieve perpetua todos los días del año).

Otra hidroeléctrica, pues, en perspectiva; otra telaraña de canales de riego; otro semillero de fábricas, norias, molinos, trapiches y cultivos escalonados de papa, trigo, caña y tabaco en grande escala, si se hiciera aquí lo que yo vi que hicieron los incas del Perú con los ríos que descienden por las vegas de Trujillo, lea, Cañete, etc.; represándolos y no dejándolos llegar vivos al mar.

—¡Eso pa qué!, me diría Santos. Los godos del Espino dirán: ¿Pa qué, si eso sólo daría votos a los liberales del Cocuy?

P. S.— Entre el puente de la Palmera y Peña Colorada el paisaje se amansa un poco, cuando se deja a mano izquierda el Chicamocha y la carretera comienza a remontar el curso del río Servitá, para torcer luego en busca de los cerros de Málaga y Miranda. Peñas de aluvión, calizas y peladas, forman una caja a las vegas del río, que se explaya mucho. Toda aquella región baja, de Capitanejo al Cerrito pasando por la meseta o plano de Enciso, cría el mejor tabaco del país; pero, ¡ay Dios!, todo aquello que era tan lindo y yo llamaba la tierra prometida por sus colinas de cal y su río de color de miel, sombreado de palmeras de dátíl, se ha vuelto inhabitable. Está convertido en un nido de bandoleros y asesinos, por la política... Todavía recuerdo la tristeza que sentí cuando me contaron que en el pozo de Peña Colorada, donde Lucas Carreño había levantado al pie del puente Villamizar una magnífica casa con miradores sobre el río, ya no existe. Mi padre, que gustaba mucho del baño en el Servitá, decía que sus aguas tienen virtudes estimulantes como las de los vinos del Rhin: por lo claras, dulces, tibias y deliciosas. Al pie de unas grandes lajas y a la sombra de unos corpulentos guayacanes nos desvestíamos, y luego nos tirábamos al pozo que es una artesa natural. El agua nos llegaba al pecho, y era tan delgada y transparente que se podrían contar las arenas del fondo con sólo agacharse un poco para mirarlas. Después del baño, venía el trago de pichón de Málaga, y el cabrito asado en el horno, y la ensalada de aguacate con huevo picado y revuelto con ají santandereano...

—Eso pa qué, mi amo... Ya la casa de don Lucas Carreño no existe. No hay quién quiera bañarse en el pozo de Peña Colorada, porque la política le prendió candela a todo eso...

No quiero hablar de la política, que es turbia y cenagosa, sino del agua, que es el alma esquiva de estas regiones y reviste por eso muchas variedades: clara, insípida y fría en los ríos que nacen en el páramo de Guantiva, donde ya comienzan a coger cuerpo las truchas de Tota que allí fueron sembradas por algún viajero; amarilla, espesa y salitrosa en el Chicamocha, que por eso no cría peces sino iguanas; y dulce, delgada y transparente como el vino del Rhin, en el río Servitá, a la altura de Peña Colorada. Pudiera decir también que los ojos de agua que brotan de la planada del Palmar y en las lomas de la Quinta, del lado de la casa, salen muy cargados de cal por lo cual cortan el jabón; pero la que brota de un hontanar que hay en el potrero del Perico, es agua tan saludable y sabrosa, que mis tíos la hacían traer en barriles para el uso de la casa. A veces me ha tentado hacer una hidrografía lírica del cañón del Chicamocha, pero ahora no tengo ganas.

Que así es el agua, caprichosa y esquiva como las mujeres y las cabras. Hoy vine a mirarla correr por la toma que pasa detrás del molino donde se encuentra la planta eléctrica. Pudiera decir muchas cosas más, si el blando ruido del agua no me hubiera atraído el sueño; por lo cual, dejando aquí las cosas, prefiero tirarme al pie del tanque que reparte el riego en lo alto del tablón de cañas de Pedro Roa, para dormir la siesta.

CACERÍA EN LA MONTAÑA

*“Yo tengo mis dos perritos
que son bravitos asina:
si los convidu a cazar
S’esconden en la cocina”.*

(Cantas Boyacenses)

ESTA mañana mi mujer tejía sentada en su silla del corredor, y yo, echado en la hamaca, la miraba tejer. Mi comadre Santos había bajado del páramo aquella madrugada sólo para saludarnos, ver cómo estábamos, y traernos un par de gallinas y un pañuelo de huevos para el “ahijao”. Estaba sentada en el suelo, a mis pies, con las frondosas enaguas de bayeta de Castilla en redondo, y me mecía muy suavemente.

—Como al Dionisio le ha dao de viejo por empolvase, cada vez que lo saco, he resuelto dejarlo en el rancho encerrao con candao, cuando bajo a Soatá por la sal y las velas.

.....

Cierro los ojos y veo el rancho de Santos allá en la loma, más arriba de los potreros, casi en la linde del bosque. El aire allí es frío, cortante, transparente. Desde el altozano el mundo se ve fresco y nuevo, como acabadito de hacer. En el alto, sobre la cordillera, relumbra ese grgn trozo de cuarzo que es el nevado de Güicán, y vibra de puro blanco con el sol. En el fondo del cañón, el Chicamocha parece un hilo de miel que hubiera

chorreado sobre las vegas. ¡Y hace tantos años que no subo al rancho de mi comadre! Cierto que es un camino difícil. Va trepando por entre pedregales y rastros, barbechos y sembrados, muy empinado y resbaloso, y hay un sitio en que pasa bordeando la toma, tan clara en el verano que se ven las piedras del fondo y los yerbajos que tiemblan de frío o talvez sacudidos por la imperceptible corriente.....

—Sus tíos de sumercé, el patrón José Miguel y mi papá Antonio (porque ella le decía papá Antonio, así como a veces me dice a mí, por cariño, papá Eduardo)... Sus tíos de sumercé se quedaban en el rancho cuando armaban batidas en las montañas de Onzaga. Se quedaban hasta quince días, en una pieza que teníamos para ellos solos, entablada, pintada al revoque, con dos cujas de madera que les había jabricado el Dionisio. El mismo cortó los palos de cedro en la montaña y los cepilló, y los serruchó, porque de muchacho jué carpintero en la hacienda, o sería mero aprendiz.... En jín, ¡quén sabe lo que sería! Yo entonces taba muy mocita pa recordarme.

¡Tan limpiecito que es el rancho de mi comadre Santos! Los ahijados, que siempre tiene dos o tres en la casa a quienes educa y mantiene como si fueran sus propios hijos, se la pasan el día entero barre que barre. Huele a yerba mojada, a tamo seco, a boñiga fresca, cuando los peones están de trilla en el monte. Por las tardes el rancho huele a humo, a cal recalentada por el sol, a yerbabuena, y poco a poco se va insinuando la fragancia de un cabrito que mi comadre ha puesto a asar en las tres piedras del fogón, clavado en una estaca.

—Eso eran pa las meras risas las dos cujas de mis patrones. La de mi patrón José Miguel tan larga, porque era un hombrón que no cabía por ninguna parte y tenía que agacharse para entrar en el rancho; y la de mi amo Antonio tan ancha, como de novios, porque era muy gordo. Que asina mesmo eran las bestias en que montaban: la mula de mi amo Antonio

gruesa y barrigona, como de obispo, pa que tuviera alientos pa cargarlo, y el macho del patrón José Miguel muy alto pa que no le arrastraran los pies.

—¿Y duraban mucho tiempo cazando?

—Hasta quince días, sumercé. Salían toítos los días por la madrugada, antes que despuntara el sol, con las escopetas al hombro: la de mi patrón Antonio muy gruesa, que yo apenas arriscaba a alcanzársela cuando montaba en la mula, y la de mi amo José Miguel tan larga que me pasaba la cabeza como en un palmo...

Siento un cosquilleo por el espinazo cuando pienso en el frío que haría en las madrugadas del páramo, en las montañas de Tipacoque y Onzaga. Habría todavía luna, aunque ya las nieves del Güicán comenzarían a desleírse y a mancharse de un amarillo tierno como el de esos encajes viejos que las señoras guardan en su armario. En el bosque, entre los cedros, los nogales, los amarillos, los diomates, los morales, los guayacanes, los arrayanes y los alisos, la noche se acurrucaba para que no la sorprendiera el sol. Y había misteriosos traquidos en las ramas altas de los árboles, y pasos de animales extraños, y gritos de pájaros, y sonidos imperceptibles, y a veces un fuerte olor a savia y resinas que fluía de la hojarasca y se levantaba como un vaho enervante.

—Eso llevaban una jauría de más de cien perros rabitiosos y orejilargos, que como si vendaran el venao y el zorro desde la víspera, se la pasaban la noche en vela, ladrándole a la luna. Cuando los soltábamos al otro día salían a la estampida por el monte arriba, y a veces alguno se quedaba queto, como en parális, el hociquito en tierra y una patica al aire. Entonces los otros, callandito, arrastrándose sobre la barriga, se le iban acercando a la gachapanda pa ver que atisbaban. Pero no tardaba el animalito en pegar un salto y salir disparao con toda la perrada detrás, para perderse en el bosque... “¡Era una pista jalsa!”, decía mi amo Antonio.

—¿Y Santicos los acompañaba siempre?

—Eso iban más de veinte peones baquianos a la pata de'llos. Don Resuro y don Jesús Pimiento, que taban mocitos; don Pío Juentes, que era

mediano; mi ahijao Vicente Rojas, que yo tenía recogido en mi casa; el Antonio Avila, que era peón de estribo de mi amo Antonio; y el indio Samuel, que sumercé conoció en la casa de su mamá-señora en Bogotá, y que no desamparó a mi patrón José Miguel hasta que lo dejó enterrao; y los Cetinas del páramo, y los Hernández del Palmar, y los Acostas parientes de ñor Samuel, y tantos y tantos que eso pa qué, que ya no recuerdo. La única mujer era yo. A mi amo Antonio no le amañaba sino mi cocinanza, y yo andaba toitico el día con su noche a la pata suya. Cuando se aburrían de cazar y volvían cargaos de zorros y de venaos, me decía, ¡alma bendita!; “Santicos, ora si mis pericos y mi chocolate”.

Santicos lo seguía como una cabra, por la montaña y por la vega, adonde fuera, agarrada a la cola de la mula para no perderle el paso. Y cuando el viejo bajaba a Soatá o a Capitanejo y hacía cerrar los estancos, y no descansaba hasta dejar mondos y lirondos los estantes, Santicos (que para esa emergencia llevaba una canasta de huevos amarrada a la pretina de las enaguas) le hacía su ollada de “pericos”. Luego lo ayudaba a montar en la mula, pues apenas podía tenerse, y los dos volvían a Tipacoque tristes y cabisbajos (él en su mula, y ella llevándola del cabestro “pa que no trompicara”), como quien vuelve de fiestas...

Pero cuando taban cazando en la montaña no tomaban nada. Comían eso sí, entre los dos, más que toda la peonada junta: ¡porque ah muelas pa bravas!

Al cabo de dos o tres semanas volvían a la casa con los zorros y los venados que iban a parar a la huerta. A medida que descendían de la montaña el aire se iba volviendo más denso, más perfumado, más tibio. La gente de los trapiches apenas los veía asomar en la cuchilla del Palmar, en medio de los peones y entre la jauría que se alborotaba y comenzaba a ladrar a la vista de las casas, salía a encontrarlos al camino. Alguien tocaba un cacho para llamar a los medianeros que andaban tamoteando, o rastrojeando, o en la aranza, y las campanas de la capilla se echaban a vuelo porque ese día había fiesta en la casa.

—¿Y no sabe sumercé lo que hacían los patrones pa divertir a la gente? Mandaban trer un fondo de trapiche, llenito hasta los topes de aguamiel, y le tiraban al fondo manotadas de monedas que entonces eran de plata y no estos níqueles que ora ha echao a rodar el gobierno. Se tiraban cada uno en su chinchorro, allá en el corredor de lajas, como sumercé ta ora, y se ponían a ver a los tipacoques que con las manos amarradas atrás hundían la cabeza en el fondo pa sacar las monedas con la boca... Eso quedaban embadurnados hasta el cogote, y tenían que ir a lavarse a la alberca, y había algunos que cuasi se ahogaban enmelocotados entre aquella melaza.

—¡Qué brutos!, exclamó mi mujer sin poder contenerse.

Santicos me mece dulcemente, y se ríe de soslayo, para adentro, tapándose la boca con el revés de la mano que tiene libre. De pronto se levanta de un brinco y grita por encima de mí:

—¡Hola, Fulgencio!... ¿On tará ese chino chivato? Caminá, que nos vamos, y allá tará el Dionisio encerrao en el rancho, echando sapos y culebras.

—¿Por qué no se aguarda a comer, comadre?

—¿No ve sumercé que el viejito ta castigao allá arriba y no hay quién le abra la puerta? Ya es menester coger camino, antes de la nochecita. Y es que ta nubao por el monte y se me pone que va a llover, y no quero llegar emparamada... ¡Ahí los dejo con Dios!

Y se fue Santicos.

OceanofPDF.com

CONSULTORIO MÉDICO

“Se me taba ya olvidando
que mi agüelo me decía
que después del oju ajuera
no valía Santa Lucía...”

(Cantas Boyacenses)

UNO de los médicos de Soatá suele venir de vez en cuando a recetar a los tipacoques, en la pieza del escritorio, que para el caso hace las veces de sala de consulta. Pero como vive borracho, con los bolsillos de la gabardina llenos de botellas de cerveza, quien en verdad receta, cura y despacha consultas en Tipacoque es mi mujer, que sabe poner inyecciones y tiene un recóndito sentido maternal para la medicina. Una noche se le presentó Ezequiel con su muchacho envuelto en una ruana, desmadejado, sin sentido, medio muerto.

—¿Qué le pasa?, le preguntó ella.

El padre, los padrinos, los parientes y los curiosos, primero por turno de mayor a menor, y luego todos a la vez, explicaron que el niño de Ezequiel padecía unos calambres que le llevaban casi a los umbrales de la muerte. Comenzaba a sudar, se le desencajaba el rostro, devolvía después lo que tenía en el estómago, y acababa tirado en el suelo presa de convulsiones, como poseído del demonio.

—¡Eso son lombrices!, diagnosticó mi mujer con una intuición infalible de los padecimientos de la infancia. Le dio luego al hijo de Ezequiel un

frasco de aceite de ricino tapándole las narices con el pulgar y el índice. Le friccionó el cuerpo con alcohol y le puso una camisa vieja de mis hijos porque el niño de Ezequiel estaba en cueros. Y como al cabo se recobrara y volviera en sí la criatura, que apenas tenía cinco o seis años mal contados, y manifestara que sentía retortijones y llamadas en el estómago, mi mujer le alcanzó una vacinilla que es artefacto muy socorrido en esos casos.

—Siéntate ahí, le dijo. Ya verás cómo te vas a mejorar en un santiamén.

El hijo de Ezequiel se sentó muy sumiso y avergonzado, pero abría mucho los ojos y apretaba los dientes y se le encendían las mejillas, y al fin, sin poder contenerse, le dijo a mi mujer:

—Si sumercé no me deja salir al solar, me voy “a componer” en la tacita.

La curación del hijo de Ezequiel se perfeccionó con vermífugos y vitaminas, porque el tratamiento que aquél solía hacerle, que era de su propia invención, consistía en aplicarle cada vez que le daba el ataque un pollito recién muerto en la boca del estómago.

—Eso sí, tiene que ser un pollito cogido ahí mesmo y abierto de arriba abajo, pa que la calor de los entresijos le traspase la sustancia por el ombligo, y haga ejeto la melecina.

Y nunca pudimos convencer a Ezequiel de que, en materia de pollos, éstos son mejores para comidos que para embadurnados.

En los diciembres, junto con otros parientes, venía mi cuñado el médico, que hacía milagros. La romería de los enfermos no vagaba, y mi mujer, que hacía las veces de ayudante, enfermera e internista, no paraba de poner inyecciones, lavar heridas, administrar purgantes, regalar vitaminas y absolver consultas. Mi cuñado sangró por aquella época a la mujer de Jesús Monsalve, María Cepeda, y le extrajo con una cuchilla de afeitar un quiste que tenía en la planta del pie la mujer de Manuel Ramírez, que fue un caso muy sonado en toda la región. Llegó la pobre apoyada en un palo de guayacán y en el hombro de Manuel su marido, como quien dice en muletas, y mi cuñado y mi mujer vacilaban en la disyuntiva de abrirle el quiste o dejárselo en su puesto, mientras se veía de enviarla al hospital de Soatá donde lo menos que podrían hacerle sería inocularle una septicemia.

La mujer prefirió que le abrieran el quiste a palo seco, pues en la casa no había anestesia. Y sucedió tal como cuento: le zajó el médico la planta del pie con la cuchilla de afeitar, le mondó y cureteó la herida con el ojo de unas tijeras, le echó polvos de sulfa que son casi tan milagrosos como los de la madre Celestina, le vendó el pie con unas gasas y la mujer no dijo ni pío, como si todo aquel horror no hubiera sido con ella. Entretanto mi mujer, pálida y ojerosa, estaba a punto de desmayarse.

Luego la enferma se amarró el alpargate, se levantó de un brinco, dio tres o cuatro vueltas sobre el pie operado, y exclamó feliz:

—¡Ora sí puedo echar un baile!

Una tarde llegaron dando alaridos unos vivientes del Palmar, emparentados por parte de padre con Juan de la Cruz Hernández.

—La vaca comeó a la mamá-señora en el estómago, y tiene las tripas colgando desde hace un mes. Ayer, de medio día p'abajo le cogieron unos retortijones tan fuertes que por poquito se nos queda. ¡Virgen Santísima!

—¡Ora sí! exclamó Santos, que estaba ese día de visita en la casa. ¿Luego no l'habían hecho rezar de un hombrecito de la Lega?

Y el corredor grande se llenó de gente que acudía a ver a la viejecita, porque no hay espectáculo que entusiasme más a los tipacoques que la muerte. Venía ella sentada en un taburete, tapada con una sábana, y con las entrañas abiertas. Hacía más de un mes la había cogido la vaca, cuando andaba por los caminos del monte buscando yerbas, y como día por día se empeorase la herida, resolvieron traerla a la casa para que la viera el “dotor”. Éste no pudo hacer otra cosa que mandarla al hospital a que la cosieran, para evitarle dolores y más que todo para tapar aquel hedor insoportable de las entrañas gangrenadas. La enviamos entonces a Soatá, en el camión de la mina, muy recomendada a las monjitas del hospital para que le pusieran morfina mientras moría y la enterraban, porque el caso no tenía cura. Sin embargo, cuál no sería nuestra sorpresa cuando a las pocas semanas se presentó la viejecita en Tipacoque, sola y un poco cariacontecida, después de haber recorrido a pie los quince kilómetros que nos separan de Soatá. Venía como antes de que la hubiera corneado la vaca, muy vieja pero enterita, con esa apariencia de momias incorruptibles que tienen los tipacoques viejos.

—Eso me aburrí de tar allá en el hospital, bocarriba... Ya toy güeña... Y no dijo más.

Por todo esto he venido yo a pensar muchas veces que los tipacoques están amasados con una greda distinta de la que sirve para moldear a los demás mortales: una greda más pura, más recia, menos quebradiza, más noble que la que se produce en otras partes del mundo. Cuando mi cuñado el médico y el padre Cándido, que están veraneando en Tipacoque, bajaron esta mañana del rancho de los Cetinas, donde la nuera estaba a las puertas de la muerte vacilando entre si se acababa de morir o alumbraba de una vez por todas, me dijeron:

—Esa pobrecita no pasa la noche... Lo único que pudimos hacerle, porque no hay cómo moverla del rancho ni allá se encuentran elementos de ninguna clase, fue confesarla y amarrar un lazo entre dos palos, para que se agarre y tire de él en los momentos de mayor apuro...

A pesar del diagnóstico y del pronóstico, que ambos eran fatales, dos noches después bajaron los parientes con la nuera, y ésta con el recién nacido en brazos, a la Misa del Gallo, porque era en la Nochebuena. No hubo para la nuera ni dieta de cuarenta pollos, ni cama, ni nodriza, ni nada, fuera de aquel inefable gozo de haber echado al mundo un hijo varón. Muy contenta con su hazaña, ante el médico y el fraile que se hacían cruces en el corredor porque ya la habían dado por muerta, se sentó la nuera en el suelo y con ademanes rudos pero llenos de una recóndita ternura maternal y de una sencilla dignidad femenina, se descubrió el pecho y le dio de mamar a la criatura.

LA CARTA DE SACRAMENTO

“Escribo, pero no firmo,
porque conozco al tal hombre:
apenas abra la carta,
¡esu adivina mi nombre!”

(Cantas Boyacenses)

SE PRESENTO Siervo Joya a medio día, cuando en el cielo despercudido, recién lavado por la lluvia, ardía el sol como una corona de llamas. El nevado del Güicán resplandecía a lo lejos, sobre el espinazo de los Andes. Del cañón del Chicamocha ascendía un vaho espeso y meloso, como el aliento de un trapiche.

—No bien supe por un hombrequito de la Vega que susmercedes taban otra vez de güelta, ¡bendito sea Dios!, le dije a la vieja y a las niñas: Voy en un santiamén hasta la casa pa verles la cara a los patrones. Apresten unas naranjitas... Aunqu este veranazo tiene achicharrados los arbolitos, y secó los colinitos del tabaco en el ahnácigo, y ya las gallinas no tienen qué escarbar en esos pedregalones resecos. ¡Ave María Purísima! Yo creo que las va a picar la peste...

—Y de males, ¿cómo andamos, Siervo?

—¡Eso pa qué! Dend’el Jueves Santo que juí a Soatá con las familias pa ver los munumentos, tengo metió un jrío que me corre desde los entresijos del estómago hasta la raíz de los riñones, y a veces se me aposenta en el pecho, que no me deja vida.

Siervo continúa la interminable letanía de sus dolencias, recitada en el mismo tono monótono y opaco, en medio de toses y carrasperas con que se limpia la garganta, pues, además, padece una bronquitis crónica. Cuando acaba de pasar revista a todos los órganos y menudencias del cuerpo, desde las “vistas” que se le nublan cuando sale en ayunas a regar el almácigo, hasta las canillas que han dado en padecer de cierta tembladera por las noches; cuando ya quedo perfectamente persuadido de que no tiene trasto sano en la caja del cuerpo, comienza a quejarse de los vecinos, de esta manera:

—Yo vengo a que mi general (pues como mi padre lo era, él piensa que no hay razón para que yo no lo sea), vea a ver qué hace con esa gente condenada que me mata las cabras a piedra, me roba el turno de agua por las noches y se burla de las niñas cuando las saco a paseo los domingos, porque ya tan volantonas y son muy decenticas y aseñoritadas. No tienen mal ver con sus camisonos rosaos y antes parecen hijas d’iotro taita menos jiero que yo... (Se suena con gran estrépito y muchísimo cuidado, y continúa...) Mañana se las treigo a mi general pa que les eche la vista encima.... (Escupe al aire un grueso chorro de saliva, que se irisa al sol). Y sobretodamente que ese pedregalón que me dieron los patrones allá abajo no es vega, ni estancia, ni orilla, sino mero volcán onde se ruedan hasta las cabras...

Tengo que advertir que entre la casa y la vega, donde vive Siervo Joya desde hace muchísimos años, sin pagar arriendo, hay sus buenas cuatro horas de camino por una ceja de peña que se asoma al abismo del Chicamocha y pondría los pelos de punta a otro menos guapo que Siervo. Pero es que Siervo, como dice alguien, no tiene “sentío”. Por ese camino, hace años, trepaban en fila india los trapicheros de la vega cargados con pellejas de miel que pesaban ocho arrobas; y es lo admirable que no murió ninguno en la empresa.

—¿Y qué has hecho?, le pregunto yo para sacarlo de la pesadumbre de los vecinos.

—Cuasi naitica, sumercé.

—¿Qué es eso que traes debajo de la ruana?

—Pues como no pude traerles a susmercedes las naranjitas... — Achucharradas por el verano...

—¿Cómo lo sabe mi general?... Ni'an siquiera pude traerles un par de güevos...

—Porque los vecinos mataron a piedra a la saraviada que era la ponedora.

—Gente endiablada. ¡Ave María Purísima! (Y escupe con fuerza, por sobre la baranda, como si tuviera la intención de salpicar a los vecinos). ¿Qué les vas a llevar a los patrones?, me gritó la vieja que taba lavando a 1'orilla del río. Y jué que en esta botellita que era de lilimente, pero ta bien limpia, cogí una poca de agua para que susmercedes la tienten y vean que es de muy buen temperamento.... Por si quieren ir a bañarse al río un día de estos, y a comerse unas naranjitas al pie del mato, y un cabrito que ya tengo mirao pa cuando sea el caso. Ora tan de molienda los trapicheros, y hay melcochas pa los niños.

Tengo que mirar el agua de la botella, al trasluz, para darme cuenta de su transparencia, que no es mucha, y luego bañarme las manos delante de Siervo para decirle que, realmente, el agua está (an tibia que debe ser deliciosa. Siervo sonrío, convencido de que no podía ser de otra manera. Luego desembaraza la garganta de estorbos, y extrae de las profundidades de la faltriquera un papel mugroso, grasicnto, desteñido, mojado de sudor...

—Es la última carta de Sacramentico, que no ha habido alma caritativa que me la leiga. Y con la viejera se me nublan las vistas, y me bailan las letras, y endespués se me perdieron las gafas que me había regalao mi general. Por esto se la truje a susmercedes, pa que vean qué dice...

—¿Dónde anda ahora Sacramentico?

—En la costa, ojicialando, pa que lo sepan esas gentes dinorantes y envidiosas que sólo son capaces de echar soldaos rasos al ejército...

Mi mujer lee la carta en voz alta mientras que Siervo reventando de orgullo y de amor paternal, se ha puesto con la uña del pulgar negro y retorcido a desconchar la pared. Ya tenía en el suelo el pañete de media vara, cuando mi mujer terminó la lectura. De durar media hora más, tumba la casa. El Sacramentico decía, en síntesis, que vendría a Tipacoque para las fiestas de Navidad; que pensaba dedicarse otra vez a la agricultura cuando

dejara la noble carrera de las armas (porque quien le escribió la carta a ruego debe ser el cabo furriel del batallón, persona a no dudar muy alambicada y cuidadosa del lenguaje, por lo que se ve); y que por el correo les mandará a las niñas unos cortes de tela de contrabando que consiguió en Barranquilla. Y terminaba con esta indirecta demoledora, que a Dios gracias, Siervo no pudo comprender nunca:

“Y sobretodamente no me pongan Sacramento en el sobre de la carta, que es para vergüenzas con los oficiales, porque es un nombre absurdo que se debe a la ignorancia de mis antepasados”.

Se firmaba José S. Joya, obsecuente servidor, pensando talvez que con el apellido ya era bastante. Así son los hijos: que cuando crecen y crían alas, comienzan a mirar a los padres por encima del hombro.

OceanofPDF.com

LA NIÑA ENFERMA

LA NIÑA amaneció con mucha fiebre, y mi mujer tuvo que arroparla en su regazo. Como tenía las mejillas encendidas y la respiración anhelante, mandamos a toda prisa por uno de los doctores de Soatá, que son tres. Este que digo, que no demoró en llegar, se llama Juan de la Cruz y a pesar de gozar fama de furibundo radical y político avezado y peligroso, es un hombre muy suave. Tiene el rostro casi negro y el bigote retinto, como de turco; los ojos demasiado grandes y tiernos, como de vaca; y el cabello muy Uso, partido en dos por una raya en medio de la cabeza, tan artificiosa, que aquello no parece pelo sino peluca. La ropa le queda grande, como prestada; y camina mi doctor Juan de la Cruz produciendo en quien lo ve la impresión de que alguna vez, en su infancia, hubiera acarreado una parihuela con algún compadre suyo de Socotá, su tierra natal.

Examinó concienzudamente a la niña, le habló con su voz baja y persuasiva, le golpeó las espaldas, la hizo sacar la lengua, y al cabo dijo, cuando descubrió la mancha roja que tenía en la pierna:

—¡Erisipela, mi doctor!

—¿Un comienzo de erisipela?, insinuó mi mujer, despavorida ante aquel nombre.

Juan de la Cruz sonrió dulcemente. Luego recetó baños calientes, perfumados con yerbas medicinales que son familiares en la farmacopea doméstica. De la huerta hizo traer grandes brazadas de romero, tamarindo, yarumo, parietaria, yerbabuena, borraja, poleo y malva, y entre un tacho rebosante, lleno de tallos y de hojas, sumergió a la niña. El cuarto se llenó de un vapor fragante, que era el espíritu del campo. Después Juan de la

Cruz se sentó en una banca del corredor y se puso a voltear los pulgares de las manos, que las tenía entrelazadas.

La fiebre de la niña no cedía a las virtudes vegetales. Juan de la Cruz en el corredor atisbaba la lejanía, tratando de vislumbrar las luces de algún camión que subiera la cuesta de Bavatá y pudiera llevarlo al pueblo, donde lo esperaban sus enfermos. Mi mujer y yo, entretanto, sin el amparo de la ciencia, aun de cogidas en la botica del campo, nos sentimos desamparados y comenzamos a pensar en la muerte. La noche era más lóbrega que nunca, la casa parecía más grande y desolada, y el silencio de la huerta, roto a intervalos regulares por el canto de un currucú, era más impresionante. Ni mi mujer ni yo nos decíamos palabra. Ni siquiera nos mirábamos para no sorprender mutuamente, en nuestros ojos, el mismo pensamiento. ¡Tan frágil es la vida de una criatura! ¡Tan injusta es la naturaleza en sus designios! ¡Tan sordo es el cielo cuando estamos tristes!

Los amigos de María del Carmen, que formaban en torno de ella una corte de honor, se acercaban todas las mañanas a preguntar cómo había pasado la noche. Cabrencio, torpe y ojiespantado, no acertaba a decimos nada pero su preocupación se traslucía en la inquietud de las manos que no sabían qué hacer con la corroscá. Elsa y Teresita habían puesto una vela en el lampadario de la gruta. Pedrito, como alma en pena, vagaba por los corredores de la casa recogiendo sus pasos. A veces se presentaban todos en grupo a las puertas de su cuarto, para mirarla.

—¿Cómo sigue, niña Carmencita?, le preguntaba el más osado, pero la niña, con los ojos abiertos, inmensos y brillantes, ni siquiera pestañeaba.

Ayer corría por los corredores y patios de la casa y su presencia llenaba las estancias vacías y destartaladas. Su aura personal vibraba en el aire, resonaba en el eco de su voz y se dilatava como un flúido por todo el campo. Hoy, en cambio, está postrada por la fiebre y reducida a un montoncito de carne atormentada. No quiere hablar, ella que no podía callar un momento y que traducía en sus palabras incipientes la inmensa y dichosa sorpresa producida por sus fabulosos descubrimientos. Estaba inventando el mundo, creándolo cada mañana, abriéndose camino en la enmarañada selva de las cosas, conociéndolas y nombrándolas con el mismo fervor de un pequeño dios que estuviera formando, para su uso personal, una

nomenclatura mágica. Entre la imagen luminosa de ayer, cuando tiraba alegremente del badajo de las campanas para llamar a los peones; o cuando corría presurosa en pos del rebaño de cabras que arrea Cabrencio para el monte; o cuando encaramada en los viejos y encorvados hombros de Jesús Monsalve bajaba mandarinas en la huerta; o cuando se acostaba en el patio de lajas para que el mico pudiera jugar con la manotada de sol que son sus cabellos casi blancos: entre esa imagen y la que hoy se nos clava en el corazón como un mal pensamiento —el pensamiento de la muerte— media un abismo: entre ayer y hoy, una eternidad.

¡Si se fuera la niña! ¡Si echara a volar de pronto como una estrella errante! ¡Si ocurriera un milagro! ¡Si de veras la Santa, entre su nube de festones de papel de seda, y la Virgen escondida en su gruta, quisieran arrebatarse ese calor del cuerpo que la está consumiendo!

Los minutos eran lentas y pesadas gotas de plomo que caían en la noche impasible. Juan de la Cruz, en el corredor, volteaba los pulgares y sonreía dulcemente.

—No pasa el camión, me dijo.

—¿No pasa?

—Los domingos se emborrachan los choferes que bajan del Cocuy, con papa de la traviesa, y se quedan haciendo fiesta en Capitanejo...

—Y la erisipela... ¿es muy grave?

—Hay que dejar obrar a la naturaleza...

—Pero, ¿se curará pronto?

—Amanecerá y veremos... ¡Sí, mi doctor!

Anoto estos detalles insignificantes no para recordarlos, sino para librarme de ellos. Mi angustia se agarraba a esos clavos ardientes, a esos fugaces puntos de apoyo, para no rodar en el abismo.

Pero no puedo, no quiero escribir más.

OceanofPDF.com

LAS TRES POBRECITAS

“Nosotras las viejecitas
podemos reír de las mozas porque pronto
las veremos
escolarías y mojosas”.

(Cantas Boyacenses)

CUALQUIER mañana me encontraba tirado en la hamaca con un libro en la mano que intentaba leer cuando se presentó Angelita. Una avispa, enfurecida por la luz, daba vueltas sobre mi cabeza. Yo cerraba los ojos para fingir que dormía, pero al través de los párpados un infierno rojo y amarillo quemaba mis pupilas. Los perros comenzaron a ladrar furiosamente, y Angelita, arrebuja en su manto de harapos como una reina del Viejo Testamento, de esas que hoy contemplan el mundo desde los pórticos de las catedrales: con su colcha de remiendos terciada al hombro, seguía avanzando por el corredor apoyada en su guayacán. Era tan vieja, que de niña había jugado con mi madre.

—Tenía mi señora... ¡alma bendita! una falda blanca con cintas y encajes... Mi máma m’echaba rejo cuando sabía que taba jugando con las niñas de la casa, porque esque les enseñaba mañas... Vide a su mamá-señora la última vez que vino, talvez pasada la guerra grande. La trujeron en silla de manos el Jesús Monsalve y el Pío Juentes, que eran muy güenos mozos. Entonces jueron los voladores y los arcos jloridos por el camino rial, y los cachos piteando en el monte, y los polillas bailando por

los campos, y los chinos campaneando en la capilla... ¡Ay, que tiempos, bendito sea Dios!

Yo la dejaba hablar. Ella se había acercado hasta la hamaca, y de entre el montón de harapos verdes y grises, que alguna vez debieron ser negros y blancos, sacaba la diestra seca y arrugada como un bejuco y me la tendía hasta que yo, ya con los ojos abiertos, la estrechaba blandamente en las mías. Angela me contaba, con voz cascada y monótona por los años, sus cuitas y sus padecimientos. Su marido había muerto hacía más de cincuenta años, pues eran tantos que ella ya ni recordaba su nombre.

—Como qu’era un me dice que pudo ser

Cetina, de los parameros... Pero hay quen un Sepúlveda de los carreranos...

Sus hijos la habían abandonado hacía tiempos, sin volverse a acordar de ella cuando la vieron pobre, y así vagaba ahora por el mundo, es decir por Tipacoque, “sólita”, pidiendo limosna.

Extraía de entre el burujo de trapos que le abultaban el seno, un plátano ya negro de puro maduro que recogió en algún muladar, y me lo entregaba envuelto en un trapo gris que para el caso hacía las veces de pañuelo. Yo le regalaba unas monedas para que comprara en la tienda de don Rubiano unas velas de sebo, unas pastillas de chocolate, una panela y una mochila de maíz, que le compondrían un mercado. Ella se iba lentamente, apoyada en su palo, llorando de dicha. Tenía un llorar sin lágrimas que me impresionaba mucho. Al despedirse me rociaba de responsos y bendiciones, que si algún día caigo en el Purgatorio no tardarán en sacarme de penas. Los perros de la casa, que no saben distinguir entre las santas como Angelita y las pobres comunes y corrientes como Carmen, salían a despedirla ladrando furiosamente.

—¡Chite! So bandidos. ¡Ni que juera el diablo!

No sé qué tienen los perros, que, más que los hombres, llevan metidos tan adentro los prejuicios sociales.

Carmen, que hoy es difunta, y murió de una picada en la cabeza que los médicos de Soatá bautizaron de meningitis, era la madre de Remigia y de Joaquín, uno de los cabreros amigos de María del Carmen. Era casi tan

pobre como Angelita, pero menos vieja. Nadaba entre dos aguas, porque trabajaba a ratos y otros pedía limosna. Su oficio consistía en recoger café en la huerta, donde se la pasaba todo el día cantando a voz en cuello unas cantas enrevesadas e interminables que ella misma componía con música y letra, que era para admirar a cualquiera. ¿De dónde sacas esas cosas?, le preguntábamos nosotros.

—Toitico, susmercedes, me sale de la cabeza.

Carmen llegaba al corredor y se acurrucaba al pie de la hamaca, sin decirme nada. Cuando enfermó por la primera y última vez en su vida, se puso una cataplasma de chocolate en la cabeza y se acostó en su rancho a esperar la muerte...

—¿Qué se hizo Carmen?, le pregunté a Remigia cuando volví a Tipacoque después de varios años de ausencia.

—Eso qué, mi amo. Saludes le dejó...

La última de las tres pobrecitas se llama Aparicia. No llora como Angelita, ni sabe cantar como lo hacía Carmen en la huerta, pero en cambio padece de sueños, caprichos e imaginaciones. Tiene el don profético, aunque yo tengo para mí que no tiene un pelo de tonta. En las elecciones pasadas, cuando hubo matanza y jaleo en Capitanejo, cuenta Aparicia que había ido a bañarse en un pozo del Chicamocha, cerca al puente de la Palmera: cosa por demás extraordinaria si se tiene en cuenta que un tipacoque de raza no se baña nunca. Y cuando después del baño pasó por el puente que separa a los dos departamentos, parece que alguno de los policías del resguardo que no dejaban en paz a ningún cristiano liberal, le dijo a sus compañeros:

—Hasta roja dañada será la mujercita que está pasando.

—Yo m'hice la boba, no dije nada, me cobijé bien pa que no me vieran la cara y eché p'alante.

Como la pasión de Aparicia en esta vida es el chocolate con queso, bien guarnecido de mojicones y mogollas, en cuanto llega al corredor, al pie de la hamaca, comienza a suspirar. Yo continúo con los ojos cerrados y haciéndome el dormido, pero ella no cae fácilmente en el engaño.

—En tiempos de mi patrón Antonio, ¡alma bendita!, siempre había una jícara de cacao pa los pobres. Me decía: “Hacéte p ‘acá Aparicia y me contás qué te soñaste anoche”. Eso decía el dijunto patrón... ¡Ora no, ora no hay quen le ojrezca un cacao a la probe viejita!

Y cuando volvía de la cocina de habérselo tomado, limpiándose la boca arrugada con el ruedo de las enaguas de frisa, me decía:

—¿Ora si quiere mi amo que le cuente qué me soñé la nohecita de anoche?

—¿Qué te soñaste?

—Que mi amo me había regalao unas naguas coloradas, con güeltas de peluche, porque mire qu’estas que tengo ya se me tan cayendo a pedazos... ¡Pa las meras vergüenzas!

—¿Y no te soñaste más?

—Me soñé, la verdá pa Dios, que mi señora Isabel me había regalao una corrosquita... ¿No ve qu’esta que tengo puesta ya ta descopada de puro vieja?

Mi mujer bajaba entonces a la tienda de Ignacio Parra, que es la mejor surtida del lugar, y le “mercaba” unas enaguas de frisa, una corrosca de tapia pisada y unos alpargates santandereanos, que Aparicia miraba recelosa, porque no estaba bien segura de que también fueran para ella.

—Dios bendiga a mis amos y les dé su salú y los colme de bendiciones...

(Por éstas, y las que me dejó Carmen, y las de Angelita, digo yo que nunca haré huesos viejos en el Purgatorio).

Aparicia fruncía el ceño, y torciendo aquella boca hendida y desdentada que se abre como un “volcán” en medio de las arrugas, me decía:

—Pero... pero ha de ver mi amo que las naguas no resultaron conjormes al sueño.

—¿Eso quiere decir que no te gustan? Pues se las regalaremos a Carmen o a Angelita.

—Verá sumercé... No es que yo no las quera, ni que sea indina, ni regodienta, ni ingrata con los patrones... ¡No jaltaba más! Es que las del sueño eran unas naguas coloradas, y no como este chanchiro de frisa que jue a mercarme mi señora Isabel.

EN LA HAMACA

UNO de los perros, que está ya calvo y rucio de puro viejo, cada vez que me ve tirado en la hamaca con los brazos por detrás de la nuca, se va acercando poco a poco, batiendo la cola. Da tres o cuatro vueltas en redondo, despacito, y luego se echa de un golpe, con una pata sobre el hocico de manera que el sol no le hiera y le fatigue los ojos. No tarda mucho en quedarse profundamente dormido o fingiendo que duerme, para así dormirse más pronto, como le ocurre a don Carlos Torres en el estanco de Soatá, que, para arrullarse, cierra los ojos y empieza a roncar aunque esté todavía despierto. Dispara este perro grandes suspiros de vez en cuando, hasta el momento en que alguna mosca comienza a revolotearle sobre una matadura que tiene en el espinazo, y lo ataca en la mitad del anca o se precipita como un rayo sobre una oreja, con un zumbido incesante que acaba por despertarnos a todos. El perro sacude la oreja varias veces para espantar la mosca, pero en vista de que el recurso es inoperante se decide de pronto a dar un feroz mordisco en el aire, para meterle miedo, y vuelve a quedarse dormido...

Yo he observado que los perros, cuando están viejos, viven sólo en el momento presente. No se les desgrana el tiempo como a nosotros, persiguiendo el que ya naufragó para siempre en el olvido o soñando en el que ha de venir y se nos muestra todavía vago e impreciso, o mejor dicho, misterioso y difuso como el rostro de una mujer que no conocemos todavía y a la que estamos viendo de espaldas. Y en este trabajo de recordar e imaginar, de lamentar lo que pasó y de desear lo no venido, del hice y del haré, del no fui y del todavía podría ser, se nos va media vida, porque la otra media la pasamos soñando, cuando no simplemente durmiendo. Y hay

gente que muere sin haber conocido el momento presente, cuya esencia es tan frágil y delicada que basta que nos detengamos un momento a mirarla para que se empañe y se desbarate en el aire, como una burbuja. Un sol tibio que nos calienta las manos, el ruido acompasado y familiar de la hamaca que se mece sobre sus goznes, un ladrido lejano, una nube tan blanca que no puede durar y se desbarata en el cielo: este mudo discurrir de las imágenes, y los sonidos, y las impresiones: ¿no es todo eso la vida?

El perro, desvelado por la insistencia de la mosca decidió levantarse sobre los cuartos delanteros. Se sacude ahora furiosamente, al punto de que las orejas, ya blandas, le palmotean el pescuezo. Yo cierro los ojos y pienso que si por algún accidente se me olvidaran de golpe mis recuerdos, que en realidad me producen más pesadumbre que gozo, y si alguien o algo arrancase de pronto de mi espíritu esta angustia del más allá que a veces me atormenta, quedaría reducido a la sola impresión momentánea que hace que la vida del perro se deslice sin sobresaltos. No sería entonces la mía sino un aparato para registrar la tibieza del sol, el brillo de la luz y el zumbido impertinente de la mosca. Porque lo esencial que hay en mí y que me diferencia del perro que se ha echado a mis plantas, es este tedio de vivir sin saber para qué, esta angustia de tener que morir, este deseo simultáneo de perdurar más allá de esta vida y al mismo tiempo de no alcanzar su propio término en ésta. El hombre es su propia angustia. Es la vergüenza de haber sido lo que no quiso ser y el temor de morir sin haber despertado antes a una vida más alta. En recordar lo que fue y desear lo que no ha venido se le van corriendo los términos, y cuando llega al fin del viaje le parece que aún no ha empezado a vivir. Es como el viajero que va en un tren y por esperar angustiosamente la llegada a la estación terminal, donde lo espera una nueva vida, o por recordar con tristeza el momento de la partida, cuando dejó su vida vieja, se olvida de mirar al través del cristal el paisaje siempre cambiante que le cautivaría el espíritu y le sosegaría el corazón. Porque la vida...

Y dejé entonces de soñar para comenzar a dormir...

EL PERCANCE

“Sol’una cosa me choca
del viaje a Chiquinquirá:
que si el probe se descuida lo descamisan
pa ya”.

(Cantas Boyacenses)

UNA TARDE me dijeron que me buscaba el hijo de Dolores, aquella vieja alta, espigada, melancólica, que las malas lenguas dicen que es mi prima por parte de mi tío Antonio. Me esperaba, pues, el hijo de Dolores que es un muchacho fornido, de ojos saltones, vestido con ropa de paño y con zapatos, como un príncipe, quiero decir como un chofer de bus, sólo que tenía el traje arrugado y sucio y el rostro terroso y macilento, talvez por el insomnio y el hambre. Estaba nervioso pues le daba vueltas al sombrero entre las manos y no podía estarse quieto un momento en el mismo pie, como si le apretasen los zapatos.

—¿Qué te pasa?, le dije yo.

—Un percance, mi amo. ¿Se acuerda sumercé que hace quince días nos largamos a romería a Chiquinquirá con mi máma Dolores, y mi taita, y la que hoy es mi mujer que entonces no era sino mi prima hermana?

—Algo recuerdo...

—¿Y no oyó mentar sumercé que hubo un disgusto en una tienda de la plaza?

En Chiquinquirá hay dos, la de abajo y la de arriba, la de la Virgen de la Laja y la de Nuestra Señora del Rosario, la de los conservadores y la de los liberales en tiempo de elecciones. En la primera se levanta el santuario que por época de romerías hierva de promeseros que acuden de todos los pueblos del país, por lo cual muchos no tienen dónde quedarse y pasan la noche al sereno. En los zaguanes y cuartos de las posadas, cuadrículadas con tiza para alquilarlos por varas cuadradas, llega el momento en que no cabe un durmiente más. Entonces muchos romeros, como la familia de Dolores, se la pasan todo el día en el templo rezando salves y rosarios y de noche se acogen al abrigo de las tiendas y las guaraperías de la plaza, y cantando coplas y rasgueando el tiple les amanece, hasta cuando las campanas del templo llaman para la misa del alba.

* * *

—¿Conque hubo un disgusto en la plaza? ¿Y eso por qué?

—Porque, verá sumercé: el dijunto, que entonces todavía no lo era, se puso muy pesao con la prima. Primero quiso darle a beber por juerza una totuma de guarapo. Andespues le dio un pellizco en el brazo. Jinalmente nos empezó a echar indireftas: que si los tipacoques éramos gallinas, que si aínda no habíamos topado al cura de nuestro pueblo, que éramos rojos dañados... “Déjalo que garle, me dijo mi taita, que los tipacoques no nos metemos con la chisma”. Antós, yo me puse a cantar con el tiple aquella canta que sumercé conoce porque la cantamos en las jiestas de Nuestra Señora:

“Nosotros los tipacoques
nos llamamos los ladrones:
salimos a los caminos
a robar los corazones”.

Y el dijunto, cuando vio que la prima se reya con yo por debajo de la corroasca, restregando el alpargate, se me tiró encima, me arrancó el tiple de las manos y me lo estampó en la cabeza, que aínas me mata.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que mataron al hombrecito de una puñalada que le arrimaron por debajo de la ruana. Le midieron el aceite, como dicen ahora. Y por ese percance cogieron preso a mi taita y todavía lo tienen encalabozao en Chiquinquirá, mientras le sale sentencia en el tribunal de Santa Rosa donde radicarón el juicio.

—Vaya, hombre: ¡cómo lo siento!

—Pues yo vengo decirle a su mercé que mi taita es inocente de ese crimen y lo deben soltar cuanto antes... Lo tienen que soltar... Sumercé debe llamar al gobernador y decirle que...

“¿Qué?

—Que quen mató al hombrecito juí yo mesmo, porque yo mesmo juí el del percance.

—¡No digas! ¿Y por qué dejaste que prendieran a tu padre inocente y no te entregaste tú?

—Eso se dice muy jácil y muy aprisa, pero para hacerlo es dijicultoso. En la trijulca que se armó en la tienda cuando cayó el hombrecito vomitando sangre, y llegaron los guardias del departamento, y alguien apagó la vela poniéndole el jipa encima, yo me largué callandito. Me encaramé a un camión que salía para el norte, lleno de promeseros borrachos. Cuando llegamos a Tipacoque no eché pie a tierra en el rancho de mi máma Dolores, sino que subí derecho a la montaña por el caminito de misiá Santos, y allá he estao escondido hasta el día de ayer, cuando Abel Pimiento que andaba cortando unos palos por el lado de la quebrada de los Micos, me contó que mi taita taba preso en Chiquinquirá y que sumercé asistía en Tipacoque... Entonces vine, y aquí toy, pa entregármele a sumercé... Sólo le pido el jagorcito de que llame antes al gobierno y le diga que yo estoy aquí, preso a las órdenes de mis amos, y que mi taita es inocente del percance en Chiquinquirá, y que mientras no lo suelten a él sumercé no me entregará a mí...

Los tipacoques tienen fe en mí como si todas las cosas de este mundo fueran tan sencillas hoy como hace ochenta años, cuando sentados ante la mesa de contar jornales, en el corredor, mis abuelos administraban justicia.

Cierto que aquélla era una justicia sumaria, de procedimientos muy expeditos, con cepo y muñequero. Era una justicia tremenda, implacable, pero honrada... Hoy existe todo ese tejemaneje de jueces venales que no juzgan sino a quien les da la gana, a quien les paga mejor o a quien les recomiendan los caciques: jueces que juzgan parcialmente, y levantan sumarios a la diablo con testigos falsos, y dejan muchos crímenes impunes por razones políticas, y por las mismas razones castigan con la tortura y hasta con la muerte pecados veniales que al fin y al cabo no representan nada... sino meros percances.

Llamé al punto al gobernador y le dije lo que me había contado el hijo de Dolores, casi con sus mismas palabras. Era aquel mandatario un hombre comprensivo, que además conocía a los tipacoques, y sobre mi palabra de honor de que el muchacho se presentaría en Soatá para que lo encerrasen en la cárcel, impartió la orden de que le abrieran de par en par las puertas del calabozo de Chiquinquirá al marido de la pobre Dolores.

Así ocurrió. A los tres días se presentó el condenado inocente en Tipacoque y al mismo tiempo salió para Soatá el hijo responsable, entre una pareja de guardias del municipio al mando de don Bauta, el regidor de Tipacoque. Al hijo, en viendo al padre, se le aguaron los ojos de puro gozo: y el padre, cuando vio al hijo alejarse en el camión, camino de la cárcel, se llevó una punta de la ruana a la cara para recatar un sollozo de pena. Y Dolores, apoyada en una columna del corredor, con su mantilla negra y sus anchas enaguas de bayeta de Castilla, era la imagen de una Dolorosa.

—En eso paran las jiestas, mi amo, sentenció Marcos Lizarazo: en meras vainas.

HOMENAJE AL LIBERTADOR

“Se murió Simón Bolívar
más allá de Bogotá;
y ahí tenemos su recuerdo:
la patria y la libertad.

Bolívar tenía un caballo
*con una estrella en la jrente; que si no se
lo espanzurran Bolívar no deja gente”.*

(Cantas Boyacenses)

PARA conmemorar el paso del Libertador por Tipacoque, ocurrido hace más de cien años, organicé una ceremonia que resultó muy lucida. Yo creo que el amor a la patria y el culto de los padres deben abonarse como plantas en el corazón de los hombres. Donde les falta el sol del entusiasmo y el diario riego del recuerdo y de la fantasía, se marchitan, se deshojan y se mueren. Para darle sentido y nobleza al instintivo amor que por esta tierra sienten los tipacoques, pensé que lo mejor sería hablarles en palabras claras y comprensibles para ellos de lo que fueron nuestros padres los próceres. A ellos debemos la libertad, la dignidad y la tierra de que gozamos, cuando los políticos nos dejan a ratos solazamos en ella. Había leído en las *Memorias de O’Leary*, hacía unos días, que Bolívar estuvo en Tipacoque como en todos los pueblos y caminos de la Gran Colombia, y aquel conocimiento me produjo un gran gusto. Se demoró a almorzar en el corredor grande de la

casa, mientras tomaban un pienso las bestias en la cuadra. A ellas les quitarían sillas y baticolas, jáquimas y sudaderos, y él y los oficiales de la Legión Británica que lo escoltaban, en mangas de camisa, sueltos los puntos de los cinturones, se tirarían después del almuerzo en los chinchorros del corredor a dormir la siesta. Los tipacoques, embobados, recelosos, se acercarían lentamente a saludar a Bolívar.

Por desgracia, según lo dice O'Leary en sus Memorias, no fueron mis abuelos, quienes a la sazón no se encontrarían en Tipacoque, sino su mayordomo el que hizo al Libertador los honores de la casa. ¡Ah!, pero ya sabía él quienes eran los Marinos, los Tejadas, los Calderones, pues uno de éstos, Miguel, el padre de mi abuelo, siendo coronel del ejército libertador murió de un lanzazo en la acción del valle de San Mateo, cuando la guerra a muerte. Y a Ignacio Sanz de Tejada, mi tatarabuelo, lo tenía a la sazón de Enviado ante la Santa Sede, bregando por el reconocimiento de la naciente república contra la intriga del embajador español que pedía su extrañamiento de la Corte de Roma. Mariño y Soler, el abuelo materno de mi abuela le había entregado su yeguada en los corrales de Bonza para remontar la caballería deshecha, cuando cayó por Pisba a los valles de Vargas y Sogamoso, y sin dar un respiro a la tropa embistió a Barreiro y le atajó el paso a Santafé en el Puente de Boyacá. De todas estas cosas debía acordarse Bolívar. Hacía años, en 1810, Acevedo y Gómez había dado el primer grito de independencia en la Plaza Mayor del Nuevo Reino, para anunciar su llegada; y unos años después, en 1828, Vargas Tejada afilaría el puñal asesino para abatirlo en su Palacio de San Carlos: porque a mis parientes por el lado de Tipacoque en su amor por la patria y la libertad no los ha detenido ni la cárcel, ni la miseria, ni la persecución, ni el crimen. No los detuvo Bolívar, y es decir bastante.

Yo quería recordar eternamente esas cosas, para que se graben bien en la memoria de mis hijos y de los tipacoques, que son como si también lo fueran de mi carne, y mandé labrar una piedra que coloqué yo mismo con ayuda del maestro Nicanor y del maestro Belisario, sobre el lugar donde el corazón me dice que Su Excelencia debió sentarse a almorzar, en algún taburete de vaqueta, parado en las patas traseras y apoyado contra la pared.

En el solar de la alberca, donde una vez se levantó el trapiche que más tarde fue demolido y donde hoy tengo sembrado un bosque de naranjos, se doraba al fuego desde por la mañana una novilla colorada. En grandes fondos de trapiche reposaban hasta cinco “palaos” de miel, bautizados naturalmente y apenas batidos, de manera que Tuvieran un temple alegre pero no trágico como el del guarapo cerrero. Y completarían el piquete para los tipacoques y nosotros, pues habríamos de comerlo entre ellos y con ellos, las papas con pellejo, las yucas asadas y las naranjas de la huerta.

Varios centenares de tipacoques, sin contar los de pecho que también asistieron a la fiesta, se congregaron desde la madrugada en el patio de la capilla, y los cuetones y requintos estallaron en el cielo azul con alegres redobles. A medio día, en la camioneta de don Domingo Acuña que es el hombre más rico del contorno, llegaron los invitados de Soatá presididos por don Enrique el alcalde, que es un hombre alto, flaco, mentiroso y agitado por una incurable actividad que se desperdicia, como dice Juan de la Cruz Hernández, “en mera broza”. Y en un camión venía la banda del pueblo, con sus trompas, flautas y tambores. Cuando los cobres del trombón brillaron al sol en la revuelta de la carretera que pasa al lado de la casa de Juan López, Marcos Lizarazo se acercó a decirme al oído:

—Por ahí viene el señorío de Soatá, con la banda. ¿Le echamos un requinto?

—Se lo echamos.

—¿Y sumercé me deja ir por el bombo, p’acompañar a la banda?

—¡Pues claro! Sin el bombo de Marcos Lizarazo no puede haber buena música ni siquiera en el cielo.

Salió Marcos por su bombo, raudo y silencioso como una lagartija, a tiempo que echaban pie a tierra, en el patio, don Enrique el alcalde y el “señorío” de Soatá. Todos vestían de negro riguroso, menos los zapatos o las botas que eran de un amarillo tierno, muy para las circunstancias. Los recibimos con una batería de aguardiente fino, de contrabando, y yo se los iba presentando a mi mujer. Eran el doctor Ulises..., fiscal del circuito y gracioso de oficio, de aquellos que dicen: “Soatá es el pueblo más extraordinario del mundo, y yo, que soy tan gracioso y ocurrente..., don Carlos Torres, que ahora está de estanquero; don Genovés, siempre tan

cumplido y ceremonioso, por lo cual se había puesto ese día su caja de dientes calzados de oro con encías de color escarlata, que jamás usa entre casa ni entre semana. Y renqueando venía detrás don Tanior, el turco, que calienta su reumatismo en unas bayetas rojas que hacen estallar la capellada de los alpargates. Y detrás de don Tanior el médico oficial, que es un borracho empedernido; y con los dos el sobrino de don Carlos, que está haciendo la carrera judicial en Tunja y aspira a la fiscalía en el Cocuy; y de añadidura Rodríguez el dentista, que presume de intelectual porque desempeña la corresponsalía de un periódico; y Flaminio, el comerciante, a quien habrían de asesinar unos meses después de esta fiesta. Solo, para que no lo confundieran con los otros, entró el doctor Mojica, abogado y disidente de profesión, que ha sido arrojado de veintisiete pueblos por sus enemigos políticos, y de un tiempo a esta parte recaló en Soatá donde abrió una oficina para redactar memoriales y hojas sueltas contra los directorios políticos de todo el departamento. Tiene además un pedazo de tierra en Tipacoque, por lo cual nos tratamos de vecinos.

La banda ya comenzaba a preludiar los primeros compases del Himno Nacional y María del Carmen descorría la bandera colombiana que cubría la piedra en que íbamos a eternizar en esta casa la memoria del Libertador, cuando el doctor Ulises me dijo en voz alta para que lo oyeran hasta los tipacoques que se habían encaramado a las barandas:

—¿Y cómo fue que al doctor, que es tan liberal, no se le ocurrió más bien poner una piedra en honor del general Santander?

Porque todavía hay gente estúpida en Colombia, cuanto más en Soatá, que se empeña en hacer del Libertador un faccioso, como si no hubiera sido el Adán de cuya costilla salimos todos los colombianos, así sean rojos y santanderistas como el doctor Ulises o godos como el canónigo Peñuela, que cuando todavía predicaba nunca dejó en paz a los liberales ni al general Santander a quien le escatimaba hasta el título. Yo le contesté al doctor Ulises:

—No le pongo piedra en Tipacoque al general Santander, porque no se le ocurrió pasar por aquí, de lo cual los tipacoques y yo no tenemos la culpa. Por lo que hace a Bolívar, ahora mismo voy a explicarle...

El bombo de Marquitos sonaba recio y desacompasado, a contrapelo de la banda, y siguió sonando de esa manera mientras que yo, cohibido por la emoción patriótica que me producía la visión imaginaria del Libertador sentado frente a mí en el corredor con sus oficiales y ayudantes, daba lectura a mi discurso que fue el siguiente:

TIPACOQUES:

Esta piedra anuncia simplemente que aquí, en esta casa, estuvo el Libertador el 5 de diciembre de 1826, cuando iba para Cúcuta. No hay ciudad ni pueblo de Colombia, valle ni páramo, encrucijada ni camino, por donde no hubiera pasado este hombre extraordinario. Y aquí en Tipacoque faltaba este modesto testimonio de piedra, porque Bolívar también estuvo entre nosotros, con nosotros, hace ciento veinte años.

Aquí debió sentarse, y jugar con los perros que le lamerían las botas. Los peones que estarían de molienda en el Trapiche Viejo, se detendrían un momento para mirarlo. “Éste es mi amo Golívar”, se dirían unos a otros, y yo digo a ustedes que, en efecto, el Libertador sigue siendo nuestro amo más allá de su muerte.

Aquí debió sentarse, digo a ustedes. Con ojos de águila, acostumbrados a mirar de frente el sol de las batallas, abarcaría este ancho panorama de montañas azules que se coronan en la cima con el vellón de nieve de la Sierra de Güicán. Por aquella parte llegó la primera vez de Venezuela al Reino de la Nueva Granada, cuyas puertas eran este cañón del Chicamocha. Había querido trasmontar la Sierra siguiendo el camino del Llano, para caer a Soatá, donde le aguardaba un puñado de valientes patriotas; pero prefirió cruzar la cordillera por Pisba y Paya, y entrar por Socha al valle de Belén. Lo acompañaban los llaneros de Páez, que habían lidiado en cien combates, en las llanuras de Arauca y el bajo Apure. Entonces, toda la gente de esta región, con los tipacoques a la cabeza, cruzó el páramo de Guantiva y fue a reunirse con él en los valles de Belén y de Bonza. En Cerinza un hombre como ustedes, como Siervo Joya, como Dionisio el marido de mi comadre Santos, como Jesús Monsalve que ahora anda de promesa en Chiquinquirá, le regaló la cría de su yegua para que remudara su cansada caballería.

Abuelos de ustedes, llenos de fervor por la libertad y de amor y admiración por Bolívar, hicieron morder el polvo a los españoles en el Pantano de Vargas y en el Puente de Boyacá. No tuvo Bolívar mejores soldados, ni más fieles servidores, ni más valientes ordenanzas que los boyacenses de quienes ustedes descienden. Tenían esos hombres, ásperos y fuertes, las virtudes que ustedes todavía conservan. Eran leales a su palabra, practicaban el valor, adoraban su tierra y despreciaban la muerte. A raíz de la batalla de Boyacá, Bolívar dijo a los abuelos de ustedes, que estaban rotos, derrengados y cubiertos de sangre:

“¡Soldados: millares de combates gloriosos os dan derecho para esperar otros millares de triunfos, llevando en vuestros estandartes por divisa a Boyacá!”.

Y los tipacoques escucharían esas palabras del genio, talvez apoyados en las lanzas descuajadas de la montaña de Onzaga, o con la diestra descansando en la cacha del machete...

Congregados ante esta piedra que lleva esculpido su nombre, soñemos un momento en que Bolívar está aquí, entre nosotros. Que se levanta nervioso de su silla, con la fusta en la mano, y comienza a pasear por este corredor que ha retumbado tantas veces con las pisadas de patriotas que sobre todas las cosas en el mundo han amado a Colombia. Me parece verlo, con el brazo extendido, señalando las montañas ingentes que aparecen al través de las ruinas del Trapiche Viejo. Los abuelos de ustedes rodearían al hombre, para escucharlo. En la pesebrera dos o tres tipacoques le pasarían la almohaza al Palomo, y le echarían un pienso. La voz de Bolívar era metálica y restallaba como un látigo. Él contaría, por la centésima vez, la formidable epopeya. Contaría la sed abrasadora de los llanos de Arauca y Casanare; el frío mortal del camino de Pisba; la miseria y la muerte en el castillo de Puerto Cabello; las cien derrotas que le asaltaron en su trabajoso camino hacia la gloria y hacia Boyacá...

La patria son estas montañas que ahora miramos, el río que rueda allá abajo en el cañón bañando las vegas donde Siervo Joya siembra unos colinos de tabaco y vigila su arisca tropa de cabras. La patria es el pedazo de tierra que Juan de la Cruz tiene en el Palmar, sembrado de maíz, y la casita de piedra que Antonio Avila hizo a la orilla de la carretera. La patria

son los compadres que ustedes conocen desde niños, como esos viejos Pimientos del páramo, que son fuertes como los robles a cuya sombra viven, y tienen la conciencia recta y limpia como la hoja de un cuchillo de monte. La patria son estos terrones amarillos del cementerio, donde crece un obo nutrido por la savia de muchas generaciones de tipacoques que allí reposan. La patria son las tumbas de tantos viejos amigos que han muerto y que ustedes conocieron: misiá Remigia, Marcelino, el viejito Pío Fuentes, María su mujer, toda esa población de antiguos tipacoques que hoy forman la constelación de espíritus que nos miran desde el otro mundo. Nosotros no podemos faltar al mandamiento de esos muertos que fueron boyacenses y colombianos como nosotros; ni a la sugestión de este paisaje formidable, ni al encanto de esta tierra que el Libertador nos entregó hace ciento treinta años para que fuera nuestra y de los hijos de nuestros hijos.

¡Qué ruines, qué pequeños, qué miserables resultan los hombres de ahora comparados con aquel que cruzó los Andes como un rayo y preparó en los corrales de Bonza la inmortal carga de Boyacá!

Cuando alguien trate de engañarlos a ustedes, piensen en el Libertador. Cuando alguien que los gobierne falle en el camino, piensen en él. Bolívar es el ejemplo y el padre. Nadie puede ser bueno ni grande en Colombia si no lleva al Libertador en el pecho. El Libertador no está ausente, tipacoques, pues no morirá en esta tierra mientras vivan quienes lo recuerden. Su memoria es como esta piedra, que durará más que nosotros. El Libertador es la patria, tipacoques. ¡Viva el Libertador!

Los tipacoques, que me habían escuchado con la cabeza descubierta, la irguieron entonces para responder a voz en cuello ¡Viva!, mientras que una salva de voladores y requintos atronaba el patio y retumbaba largamente en la cuchilla que se levanta a pico por detrás de la casa. Y entonces empezó la fiesta.

LA TUERTA Y LA CARATOSA

“Mucha lástima le tengo
a la mujer que se casa,
porqu’el marido la quiere
para silla y para carga”.

(Cantas Boyacenses)

¿EXISTIRA el amor entre los tipacoques? Pero vamos por partes, pues me parece ocioso sacar conclusiones en el aire como si se tratara de especular sobre el amor entre los armadillos. Voy a sentar unas premisas, unos hechos reales e irrecusables de los cuales yo mismo soy testigo ático, como dice el doctor Rodríguez en sus corresponsalías de Soatá cuando quiere impresionar a los lectores del billar del doctor Mojica.

Sucede que los tipacoques hacen una perfecta distinción moral entre el amor y el matrimonio. Quiero decir que no se casan, o se ayuntan, o se “arrejuntan”, o se amanceban, o se emparejan sino por cálculo y conveniencia. Son, en esto, como los franceses. El amor entre ellos, si es que lo hay, casi siempre es extraconyugal, lo cual demuestra a quien esté interesado en el estudio de las costumbres que hasta en Tipacoque se cuecen habas. La mujer que buscan para el hogar ha de ser de experiencia, y poco importa que sea vieja; sufrida para el trabajo aunque sea fea, ya que no les preocupa que no tenga dientes o esté más arrugada que una curaba quiteña, la cual, entre paréntesis, es mucho más fina que esa curubita de indio, colorada, lozana, vellosa, fresca como la mejilla de una muchacha. Si la

mujer sabe tener hijos, y pegar remiendos, y pelar papas, y cargar leña, y alisar las sartas del tabaco, ya es suficiente así sea cotuda o caratosa. De ahí que se vean cosas tan extraordinarias como ésta que me contaba Juan de la Cruz Hernández cualquier día que fue a visitarme y no acertaba a despedirse, lo que les sucede ordinariamente a los tipacoques.

—¿Sumercé me preguntaba endenantes por mis sobrinas, las hijas de mi dijunto hermano?

—Ahora recuerdo que eran dos: la una graciosa, bonita, que bailaba el tres como pocas lo saben bailar en Tipacoque. La otra... ¡Hombre!, de la otra que debía ser mucho mayor sólo recuerdo que era muy fea...

—Pues ha de saber sumercé que la una se casó con un tal Rojas, de los de la Carrera, hombre trabajador y acomodado que tiene una parcela de caña junto a esos tabacales que hay en la ladera de mi compadre el dijunto Juan López, ¡alma bendita!, porque sumercé sí tendría conocimiento de que murió de aquellos corrimientos que le cogieron a raíz de las últimas elecciones. Un frío se le había concentrado en el costado, en los entresijos, y últimamente le había derretido los riñones^Sí mi dotor...

—¡Pobre Juan! Era alto, flaco, macilento como don Quijote en la Peña Pobre...

—Asina era, mi dotor. Y sepa sumercé que las hijas de Juan quedaron bien acomodadas. Rita, la mayor, levantó una colocación en Sogamoso y entendemos que anda por allá jalándole a la cocinanza. Está en un campamento de ingenieros en Belencito, en las minas que le salieron al gobierno en Paz de Río. ¿No ha oído sumercé mentarlas? Alguien, muy entendido en achaque de minas, a quien llamábamos el mago porque con sólo atisbar las peñas y destripar los terrones entre los dedos, como que oliscaba dónde estaban las vetas de plomo... ¿Qué le decía?... Pues me contó que aquella es como un cerro de puro jierro... Cosa espantosa, mi dotor. Hay que vivir pa ver las cosas que están ucurriendo en el mundo: porque si yo le contara el caso de mi compadre Benedo a quien se le marchitaron definitivamente las vistas por lavarse la cara en ayunas, con agua serenada...

—¿Conque se fue Rita?

—Sí mi dotor. A muchas les entra la ventolera por largarse como si les escociera el rancho, y le cogen peste a la familia, y dejan tirados a los taitas y se largan con el primer viviente que pasa. Ya no hay consideración nenguna pa los viejos, como si fueran meros bagazos y no tuvieran muelas pa moler tuavía...

—¿Acaso Rita?

—No es por áhi, mi dotor. Sobre todamente las cosas en su punto. Rita nunca jué de esas que sumercé ta pensando...

—Yo pienso, ¡no faltaba más!, que Rita es de las otras y no podía ser sino de ésas, porque era hija de aquel santo varón que fue Juan López.

—Eso mesmo le digo a sumercé. Ahí sí que como dicen los maestros no hay como la conversa pa llegar a entenderse entre cristianos. Por eso yo procuro ilustrarme y despercudirme, sí señor dotor, y le pongo mucho cuidao a lo que dicen los ingenieros y místeres de la mina de plomo, que ahora están jurgando allá arriba, en Mochancuta. ¿Cómo le parece, que el arcohol que teníamos pa vidriar la loza se les volvió físico plomo? ¡Si es pa las meras risas! Antes, en tiempos de mi señora Ana Rosa que en paz descansa, se explotaban las minas a dedo, y hasta pu'ay la gente como que se robaba de noche el mineral pa madrugar a venderlo en Capitanejo. Hasta dos pesos pagaban por la arroba. Yo no me hallaba en Tipacoque para esa época porque venía del valle de Belén p'arriba, jalándole a la cogotanza, cuando trujirnos la caldera del Trapiche Viejo.

No es culpa mía, sino de Juan de la Cruz y de todos los tipacoques, este divagar e irse por las ramas en una conversación fugada que nunca vuelve al tema inicial. Se carece del don de síntesis, tan necesario para el buen gobierno de las repúblicas. Pero quiero advertir que yo no hago aquí sino dejarme arrastrar por la corriente verbal de Juan de la Cruz, a quien hago preguntas de vez en cuando para llamarlo al orden y devolverlo a su cauce.

—Pero Juan de la Cruz, ¿no estábamos hablando de las sobrinas?

—Eso mesmo le decía a sumercé endenantes: que la una se casó con un Rojas de la Carrera, muy simpática persona, muy entendida en cuestión de siembra de colinos y trasplante de tabaco...

—Sería la bonita la que se casó con él, me imagino.

—Mi dotor se equivoca. Se casó la mayorcita, que como sumercé recuerda anda mal de las vistas y dende pequeña la picaron las viruelas, que jué una compasión como le dejaron la carátula. Ciertó que mi compadre Rojas (porque yo resulté padrino del primer chino que tuvieron) vaciló mucho entre las dos, porque la menorcita tenía buen ver y no le caía tampoco mal...

—¡Era la bonita! No me puedo explicar cómo la otra, que era tan fea, pudo caerle bien...

—¡Verá sumercé! Es que entre las dos había una gran dijerencia. La mayor ciertó que era jiera, pero hacendosita, muy aseñorada y sumamente sabida pa las cosas del rancho. Tenía lo que se llama tuste, mi dotor. En cambio la otra es una pobrecita que no sabe hablar con la gente, y asina parece un animal del monte. Eso lo vino a descubrir mi compadre Rojas cuando me resolví a decirle un día, hablando de hombre a hombre: “Vea mano Justo. La menor puede ser más de parranda, pero la mayor ha viajao por Vélez y por Pamplona, y hasta podría ser maestra de escuela porque sabe mucho. Yo no es que le venga con chismes, ¡no jaltaba más!, pues tan sobrina es la jiera como la simpática, pero pa que usté se entere la tuerta dice a cada nada “sucesivamente”, fíjese bien, ¡su... ce... si... va... men... te!

—¡Caramba! ¿Y qué dijo mano Justo?

—No hablemos ni una palabra más, ñor Juan de la Cruz Hernández; que así mesmo me dijo. Me caso con la tuerta...

Y se casó con ella.

“El primer amor que tuve
jué con una caratosa, de p’arriba lisitica
de p’abajo carrasposa...

(Cantas Boyacenses)

Más dramático fue el caso de Rómulo, que es un peón muy pobre y muy bruto, sin arriendo, ni tierra, ni familia, ni nada, pues apenas tiene calzones

con qué cubrirse las piernas y una cabuya para amarrárselos. Pero es joven y muy simpático. Cada vez que venía a organizar la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes mi tía lo empleaba en recoger las limosnas, porque es muy honrado y activo; y como además era muy expedito, se valía de Rómulo para todo: él hacía los mandados, despabilaba las velas cuando había misa campal en la gruta, espulgaba las matas del corredor, iba a Soatá por el cura y llevaba recados a los medianeros. Un día de fiesta de la Virgen y después de tres días de misiones, el padre Amayita resolvió bautizar a las criaturas que había en Tipacoque fuera de la Iglesia, y casar a las parejas que vivían por el monte, a la buena de Dios, como cabras y sin sacramento. Andaban en esa piadosa tarea, cuenta mi tía, cuando se le apareció Rómulo para pedirle prestados cinco pesos con mucha urgencia.

—¿Para qué los quieres?

—Démelos sumercé por vida suyita, y endespues le cuento.

Cuando mi tía se los dio, le dijo el mozo:

—Es que andan casando a la gente y yo me quero casar pero es ahoritica mesmo. ¿Me jagorece la señorita con el madrinazgo?

—Pero dime, ¿con quién te vas a casar?

—Aguaite sumercé un momento, que eso es lo que ni an siquiera se sabe.

—Entonces, ¿no sabes con quién te vas a casar?

—Antoavía no, señorita. ¡Perora lo verá! Prestico la topo...

Salió Rómulo a la carrera, abriéndose campo a codazos entre los tipacoques que formaban densos grupos en los corredores y en el patio, frente a la capilla, en espera del sacramento. Se acercaba a las mujeres, las husmeaba como si fuera un perro, les musitaba unas palabras al oído y salía con la lengua afuera en busca de alguna otra que subía a la sazón por el callejón, hacia la tienda de don Rubiano. No paraba hasta darle alcance, para mirarla y remirla a la cara, y decirle de sopetón lo que quería, que era pasar trabajos con ella. Con unas no fue posible porque acababan de recibir el sacramento, o no tenían humor para sufrirlo dos veces. Con otras no había posibilidad de ninguna clase, porque andaban de vuelta en el camino del amor, ya en el pacífico disfrute de su viudez, y preferían lamerse solas, como el buey, a mal acompañadas con el Rómulo.

Al cabo de muchas vueltas y revueltas, dice mi tía que volvió Rómulo y se le presentó en la sacristía con una vieja caratosa y arrugada que llevaba un niño en brazos, y otro, ya de primeras letras, de la mano.

—¿Pero cómo se te ocurre casarte con esa vieja?, le dijo mi tía.

—Cierto que es mayorcita, pero lo que yo necesito es una mujer de experiencia, mas que sea caratosa...

—¡No seas bruto, hombre! Si no es por el carate que te lo digo, sino porque tiene ya dos niños...

—Pus eso quiere decir que me dan las jamalias de vendaje...

Hoy Rómulo es un hombre feliz. Cuando ayer vino a saludarme me contó que la vieja le había salido una perla y que no tenía como agradecer a mi tía el que le hubiera proporcionado la oportunidad, con los cinco pesos, de casarse con ella.

—Qué le parece a sumercé que me resultó güeña, de mucho aguante pal trabajo y muy cariñosa. Y el mayorcito ya sirve pa cargar caña al trapiche...

Acaba de repicar la campana de la capilla, y Lolita viene a decirme con su sonrisa desdentada, que es tan dulce: “Que mi señora le manda decir que deje la escribidera y vaya a almorzar, porque se le ta infriendo la mazamorra...”.

OceanofPDF.com

MIS AMIGOS POBRES

*“Ya boquiando dijo el rico, una cosa
recomiendo.
mándami hasta Totra vida el interés y el
arriendo”.*

(Cantas Boyacenses)

—**H**OY no me cuente nada, comadre Santicos. Mézame más bien, así... despacito... Pero no, espere un momento: rásqueme primero en la mitad de la espalda...

—¿Entre las paletas, dice sumercé?

—Un poquito más abajo... A la izquierda... Ahora a la derecha... ¡Eso! Así... ¡Ay!... Voy a cerrar los ojos y a tratar de dormir...

Yo tengo amigos ricos y madrugadores que gozan de mucha consideración en la ciudad por esas dos razones: por madrugadores y por ricos. Trabajan de sol a sol como bueyes del trapiche que no tuvieran remuda, y el día se les va en juntas directivas, visitas a los bancos y conferencias con los ministros: gente» muy importante, sí, pero me temo que demasiado insulsa y desabrida. Apenas si les queda tiempo para engullir el almuerzo, que les sabe a cosa requemada y sin gusto, porque el paladar es la conciencia del estómago y no hay conciencia en el mundo que no sea despaciosa. Además, estos ricos parientes de quienes hablo, sufren y se afanan por un montón de cosas que a mí me dejan indiferente. Si bajan las acciones en la Bolsa porque los tiempos son malos, pierden el apetito y les da úlcera. Si suben, porque los tiempos son buenos, no lo pueden

aprovechar porque el afán de realizar un negocio les impide paladear tranquilamente la sopa. Si llueve, se desbarrancan los caminos y los ferrocarriles y no pueden transitar los agentes viajeros con sus mercancías. Si hace verano, se malogran las cosechas y disminuye eso que las personas entendidas llaman capacidad de compra.

A veces mis amigos ricos me dicen, cuando me ven tirado a la bartola en esta hamaca, mirando bogar las nubes en el cielo azul:

—¿Cómo quieres tener dinero si no madrugas, ni te afanas, ni trabajas en cosas de más provecho que escribir esas tonterías?

—Es que no me fatiga el dinero.

—¿Qué quisieras, entonces?

—¿Ahora? Nada... Ver volar los chulos en el cielo de Tipacoque. Es uno de los espectáculos menos costosos y más bellos del mundo, pero hay que saberlo admirar. Se detienen un momento en la espadaña de la capilla, aletean sin prisa y se echan otra vez a volar... ¿Qué quisiera yo ahora, me dicen ustedes? Pues ahora, ahorita, ¡yo quisiera ser chulo!

No crean ustedes que he perdido mi tiempo, sin embargo. He recorrido el país palmo a palmo, desde el Santuario de las Lajas en la frontera de Ipiales hasta el Cabo de la Vela en la Península Guajira; desde el puente del Táchira en la frontera venezolana hasta el puerto de Buenaventura sobre el Océano Pacífico; y desde Leticia, a la orilla del Amazonas, hasta Puerto Colombia en la Costa Atlántica. Los ríos torrentosos como el Guáitara, traicioneros como el Patía, misteriosos como el Putumayo, idílicos como el Cauca, tranquilos como el Magdalena, raudos como el Chicamocha, sintieron el peso de mis sueños en el agua. No hay valle en Colombia, ladera ni montaña; no hay llano, páramo, costa ni playa de mi patria que no haya mirado con estos ojos que ha de tragar la tierra, pero una tierra que ya ellos habían devorado amorosamente alguna vez.

Viví también varios años fuera del país, en el Perú, en Chile, en el Brasil, en la Argentina, cortando la yerba de sus campos y segando a veces el talle de sus mujeres. Las arenas de Siechura y las cataratas del Iguazú en las selvas del Paraná, se reflejaron alguna vez en mis pupilas. He visto el Aconcagua a mi vera, como una torre de Babel que hubieran levantado los ángeles. En la soledad de las pampas y en el silencio de las punas, mis ojos

padecieron la nostalgia de estas montañas, como el hombre que en una cárcel se ve atormentado de pronto por el recuerdo de un seno. En un barquito carbonero le di la vuelta al Estrecho de Magallanes para repetir la hazaña de los descubridores. En un avión volé sobre los lagos de Chile para mirarme en el espejo en que se miran los Andes. En una gaiola remonté el Amazonas desde Belén del Pará hasta Manaos, como los compradores de pieles de caimán y los contrabandistas de balata. Vi nacer de entre el Lago de Titicaca, en una cuna de volcanes, el sol que fue padre de Manco Cápac y de Mama Ocllo. Y padecí el terremoto en Lima, cuando una marea subterránea echaba a pique en el valle del Rímac las viejas torres coloniales, cuyas campanas se lanzaron a vuelo solas como si las tañera el demonio.

Desde la terraza del Empire, en Nueva York, la ciudad y la bahía del Hudson se tendieron a mis pies, sumisas como si fueran mías. Y he cruzado el Atlántico por aire y por mar, y he vivido en España, y no he dormido en París, y he orado en las catedrales de Piorna, y he visitado uno por uno los castillos del Loira, y he oído misa en Notre-Dame de Chartres, y me ha dorado la piel de las espaldas el sol tibio de la isla de Capri. Mi cuerpo conoce la caricia del Mediterráneo, en las playas del antiguo Anzio donde aún flota el recuerdo de las galeras imperiales. El bronco abrazo del Cantábrico ha estremecido mis riñones, en las playas de la costa vasca, y sentí el beso salobre del Atlántico en Portugal, en el Finisterre de Europa. Años antes, en Botafogo y Nutibara, al otro lado del mar, me había embriagado los oídos la dulce parla portuguesa de las mulatas del Brasil. Y he nadado en el Pacífico, en las playas de lea, Viña del Mar y Puerto Varas, que esculpieron fugazmente en su arena las plantas de los piratas de Drake.

Mis pupilas conocen el oriente de esa perla dulce y resbalosa que es la Isla de Francia, y el cielo deslumbrante de Madrid, y la luz inmaculada de Italia. Orbieto, Siena, Pisa, Florencia, Roma, me vieron pasar en persecución de San Francisco de Asís y de un perfil como el de Simonetta Vespucci. Y he bebido café en aldeas perdidas del Marruecos español, en Ceuta, y en Tetuán, y en Tánger, y en Xauen, en cuyos zocos sombríos todavía vaga el recuerdo perfumado de las amantes del rey Chico.

Soy un millonario de imágenes, de recuerdos, de experiencias, de nombres de mujeres que alguna vez, en alguna parte del mundo, me

llamaron por mi propio nombre; y no siento pesar de haber comprado besos en lugar de acciones, porque si es cierto que no supe multiplicar mi dinero en cambio nunca dividí estúpidamente mi tiempo. Y las huellas de mi pata coja, si las olas del mar no se hubieran cuidado de borrarlas, estarían todavía impresas en las playas de América, de África y de Europa. Porque yo he estado en muchas partes...

Todo esto, les digo yo a mis parientes ricos, sin dinero. Unas veces andando como corresponsal, otras viviendo como estudiante pobre, otras presumiendo de diplomático, porque la diplomacia nos permite a los pobres vivir como si fuéramos ricos. Pero si a mí me hubiera dado por sudar y desvelarme, y levantarme temprano que es desdicha fuerte a la que jamás he procurado rebajarme; si me hubiera dedicado a la agricultura, o a los negocios, o a la industria, o al comercio, o a una profesión menos Ubre que ésta de ver y oír a la que he entregado mi vida, no niego que hoy podría ser tan rico como ustedes o quizá más, porque nadie sabe de lo que es capaz un hombre perezoso cuando trabaja. Sólo que entonces no habría viajado, ni soñado, ni vivido, ni sufrido, ni gozado tanto, y hoy no dispondría de este museo, este archivo, esta fábrica y este almacén de novedades, pensamientos, recuerdos e imágenes que ustedes no tendrían dinero suficiente con qué comprarme.

Ellos, mis amigos ricos, se amoscan y me dicen:

—Cuando dentro de cinco años hayamos completado una docena de millones de pesos, entonces viajaremos como príncipes. Para esa época tú sólo serás un pobre diablo.

—Tarde piace, les replico yo. Dentro de cinco años ya no podrán ser príncipes, porque jóvenes no podremos ser dos veces en la vida, y esta es la mayor desgracia de la vejez. No hay cosa más difícil en el mundo que gastar sabiamente su tiempo, porque está visto que la vida no se puede guardar. Esta verdad me ha costado muchos años de aprendizaje, largos años (¡y sin embargo tan cortos!) que he disfrutado corriendo mundo, sufriendo y gozando, mientras que ustedes los tiraron al cesto de los papeles inútiles, sentados en una silla de resortes americanos. Porque ustedes no conocen las sucias bancas del Metro de París, que arrastran todas las madrugadas a una heterogénea muchedumbre de muchachas ojeras, de

labios desteñidos por los besos, y viejas que madrugan a comprar repollos en “les Halles”. Ni vieron el otoño cuando pintaba de rojo y amarillo los castaños del Bosque de Boloña, sentados plácidamente en un hamaca de metal. Ni conocen como a un viejo mueble familiar cierta banca de piedra que hay en el Parque de María Luisa, en Sevilla, donde yo me sentaba a la sombra de la estatua de Bécquer a oler las rosas y a comer cigalas a la plancha.

Al cabo ustedes no tienen nada. Si se acuestan en esta hamaca, como yo, ¿podrían estar sosegados un momento cuando el periódico de la tarde les dijese que las acciones, desde la víspera, están bajando? Y si les dijese el periódico que tienen perspectivas de alza, ¿aquí acostados no perderían el tiempo? Si llueve, ¿no se les pudrirán las mercancías en los puertos abarrotados de carga? Y si no llueve, ¿no se les atrasarán las cosechas? ¿Con qué van a llenar estas horas muertas, dulces, lentas, de la hamaca? ¿Con los miles de libros que no pudieron acariciar en los “quais” de París, los miles de cuadros que dejaron de mirar en los museos de Roma y de Florencia, los miles de mujeres que dejaron de besar en los cabarets de Buenos Aires y de Madrid, los miles de recuerdos que no pudieron almacenar en el corazón en esos miles de días en que ni viajaron, ni leyeron, ni miraron, ni soñaron, ni holgaron, ni vivieron? ¿Qué hacían ustedes entretanto, sino acumular dinero y perder tristemente su vida? ¿Y qué les van a responder a sus hijos cuando éstos, con los ojos muy abiertos por el hambre de los paisajes y la sed de las aventuras, les digan como a mí los míos, sin que mi ignorancia o mi silencio los defrauden:

—¿Qué virtudes tenía la varita mágica del moro que conociste en Tetuán?, me dice Luis.

—¿Cómo se llamaba el monito que compraste en el mercado de Bahía de Todos los Santos, en la costa del Brasil?, me dice Antonio.

—¿Cómo era el castillo de la Mota, en España, donde viste una noche el fantasma de doña Juana la Loca persiguiendo la sombra de Felipe el Hermoso?, me dice María del Carmen.

—¿Qué dijeron los cardenales del Vaticano cuando no doblaste la rodilla ante el Papa, como Mió Cid Campeador cuando lo visitó con don Alfonso?, me dicen todos.

¡Ah!, les replico yo a mis amigos ricos: ustedes no podrán contar a sus hijos cosas maravillosas que nunca oyeron, como la voz de las sirenas de la Costa Brava; ni adivinaron, como el lugar donde duerme esa ciudad sumergida en aguas de Galicia, cuyas campanas voltean llamando a misa en el fondo del mar. ¿Qué van a contestarles cuando ellos les pregunten si alguna vez acompañaron ustedes a Caperucita Roja por los bosques de Francia, para que el lobo no se la volviera a tragar? ¿Conocen ustedes los enanos del Loira? ¿Han oído la flauta de Pan en el valle de Umbría? ¿Han visto fantasmas en los castillos del Tajo?... Y sin ir tan lejos, sin salir del cerco de estas montañas tutelares que son como el riñón de la patria: ¿Podrían ustedes relatarles las historias de mi comadre Santos, las cuitas de mi compadre Jesús Monsalve, las tribulaciones de mi amigo Siervo Joya, si jamás tuvieron tiempo de echarse en esta hamaca para oírse las contar sin prisa, mientras que el sol cariñoso como un perro les lamía con su lengua dorada las plantas de los pies?

En cambio yo no tengo sino esta vieja casa que no me produce dinero, pero a la cual yo le extraigo libros y recuerdos. Tengo también esta hamaca guindada en las columnas del corredor grande, en la cual me siento más rico y poderoso que un rey, frente a un paisaje que ustedes no han tenido tiempo de mirar en tanto que a mí me ha sobrado para comprenderlo y amarlo. Yo soy feliz en mi soledad, con mi mujer y entre mis hijos. No me cambiaría por nadie cuando la mano suave y sabia de mi comadre Santos empuja dulcemente esta hamaca que es mi trapiche de soñar, y vivir, y pensar, y gozar, sin vestirme siquiera aunque ya sea de medio día para abajo y debiera andar, como ustedes, trotando por las calles de la ciudad para ganar dinero y perder el tiempo. Entre ustedes y yo, quien lo ha perdido de veras son ustedes. El mío vive atiborrado de cosas que ya no me caben en el corazón y en la cabeza, por lo cual chorrean en estas cuartillas que escribo no para trabajar sino para darme el gusto de regalarles a ustedes un poco de lo que a mí me escurre, porque me sobra. Yo almaceno oro puro en mi corazón, mientras que ustedes no han sabido hacer otra cosa en su vida que guardar en la faltriquera papeles sucios y billetes de banco...

—¿De qué se ta riyendo solo, mi amo? me dice Santicos. —De los ricos, comadre...

—Eso es jaita de caridá, sumercé...

—De veras, ¡pobres!... ¡Hola, comadre!

—¿Qué me quiere sumercé?

—¿Me rasca otra vez las espaldas, ahí, entre las paletas?... Eso... Un poquito más fuerte... Menos... Más... ¡Ay!

OceanofPDF.com

CONVALECENCIA

EXISTE un placer que desconocen los sanos, los pictóricos, los optimistas, los fuertes, que es el de convalecer. Nunca es tan bella la vida como cuando se acaba de escapar a la muerte y se tiene la impresión física de que la salud es un equilibrio inestable que en cualquier momento puede quebrarse. Cuando estamos enfermos comprendemos que la salud no es un regalo de la naturaleza sino una gracia de la Providencia, y una y otra son soberanos caprichosos que en cualquier momento nos pueden despojar del bien que poseemos. Por eso cuando estaba enfermo, pensaba yo que la enfermedad es el estado normal del hombre y la salud es un privilegio.

Yo permanecí cerca de un año bocarriba en una cama, inmóvil, con una pierna embutida en un tubo de yeso que me subía de los calcañares hasta la cintura, en posición tan incómoda que tenía los pies más altos que la cabeza. Cuando me libertaron de aquel cepo ortopédico y comencé a caminar muy despacio, en muletas, tuve el placer inmenso de trasladarme de un lugar a otro, un placer ingenuo que jamás había sentido con tai» intensidad cuando podía correr, saltar, y subir a los árboles. Su quietud, anclados como están a la tierra, me parecía tan tremenda cuando estaba acostado, que a veces imaginaba (puesto que son vivos y deben tener alguna rudimentaria conciencia de su propia vida) que vivían suspirando por el viento de agosto que les sacude hasta las raíces, y silba en los follajes, y empuja las gruesas ramas que se doblan pugnando por desprenderse del tronco para echarse a volar.

Poco a poco descubría cosas maravillosas que creía conocidas, pero en las cuales nunca había reparado hasta entonces: entre otras el sol tibio que me calentaba las manos y al cerrar los ojos se insinuaba de pronto, violento

como una hoguera que estuviera muy próxima y de la cual los párpados no pudieran proteger mis retinas. Permanecía largas horas tirado bocarriba en el potrero, mirando trabajar a las nubes, porque jamás en la ciudad había caído en la cuenta de que el cielo estuviera tan próximo y fuese tan cambiante.

Escuchaba, como un torrente subterráneo, el rumor de la sangre en la concha de las orejas; y la conciencia de mis venas y la realidad de la onda tibia y silenciosa que ellas reparten por mis entrañas, me invadía de gozo. ¡Es increíble, pensaba, que durante tantos años no hubiera aprendido a gozar de la brisa que apenas roza los vellos de mis manos, yo, que compadecía tanto la quietud de los árboles! Y este placer tan tierno y casi inexpresable que consiste en percibir la presencia o la ausencia del sol, cuando tirado en el suelo con los ojos cerrados parece que una mano suave e invisible me arropa y me destapa alternativamente. Porque yo aprendí a saber, sin abrir los ojos, cuándo pasaban las nubes sobre mi cabeza. En aquel tiempo en que permanecí por orden de los médicos muchas horas al sol, en pleno campo, me aficioné a mirar las nubes y trataba de interpretar sus figuras y movimientos. Mi experiencia de estas visiones se redujo a una aptitud para soñar e inventar historias que ahora les relato a mis hijos. Hay nubes tiernas y suaves, que son rebaños de ovejas; otras saltonas y nerviosas, que son tropas de cabras; otras pardas y foscas, que son piaras de cerdos; unas alegres como recentales y otras melancólicas como yeguas que se volvieran rucias con la vejez; unas blanquísimas y como paticos recién salidos del huevo y otras tan opacas que ocultan y pisotean con sus negras pesuñas el sol. Las hay enfermas, que tienen las entrañas cargadas de piedras y granizo, y aúllan de dolor y se incendian de rabia, porque también hay fuego en el corazón de las nubes. Con estos elementos que aprendí a distinguir muy bien, y con el concurso del sol de los venados y el viento de la tarde, que hacían lo demás, era muy fácil para mí componer historias que transcurrían en esa región alta y silenciosa del espacio, en ese palacio de cristal que es la atmósfera, al cual los hombres sanos no levantan nunca los ojos.

Sin embargo, al hablar con Cabrencio y con Joaquín, los cabreritos amigos de María del Carmen, comprendí que hay una verdadera ciencia de

las nubes, más profunda, menos superficial y poética que la mía. Los cabreros permanecen todo el día, desde cuando madruga el sol a asomarse por el balcón del Güicán hasta cuando naufraga en el bosque de Tipacoque, tirados bocarriba en las faldas de la montaña, mirando trabajar a las nubes. Y ellos saben que, cuando están escarmenadas como la lana de un colchón que las lavadoras apalean a la orilla de la quebrada, va a temblar en alguna parte. Cuando se alargan como husos que giran entre las manos del viento, y se desflecan y se deshilachan, no tardará en llegar el verano. Cuando se amontonan las unas sobre las otras, formando cerros y montañas, es porque va a llover. Cuando apenas se mueven, y un gris sucio, como de perla, las tiñe de melancolía, es porque va a helar. Y es lo curioso que los cabreritos amigos de María del Carmen, que son analfabetas, a mí que soy un lector terrestre me enseñaron a leer en el cielo.

Había también, por aquella época de convalecencia, el júbilo recóndito de los músculos de mi pierna enferma que sabían que podrían moverse ahora sí sin despertar nervios palpitantes y dolorosos; y esa felicidad de ver cómo las colinas próximas, las montañas lejanas, las rocas, los árboles, cambian imperceptiblemente con el sol y cuando éste se retira entre arreboles el campo entero se ensombrece lo mismo que el rostro de una mujer que nos mirara sin vernos porque dejó de atender a lo que decíamos para soñar. Comprendí entonces por qué todos los pueblos primitivos adoraban al sol con tanto apasionamiento, pues es el creador por excelencia. De noche todas las cosas no son sino ideas y proyectos de lo que serán durante el día, mera geometría inerte, y se requiere que amanezca el sol para que el mundo caótico e incoloro de las líneas y los volúmenes se transforme en montañas, valles, bosques y ríos. De noche, sin la gracia del sol, cada cosa no es sino el fantasma de sí misma.

Cuando pude al fin tirarme en la alberca de Tipacoque, que yo mismo había construido con el maestro Nicanor, y me extendí en el agua, y comencé a nadar, y la onda fría y liviana cedió dócilmente al empuje de mis brazos y de mis piernas, sentí en todos los músculos del cuerpo, en los párpados pesados de agua, en las pupilas turbias, en la piel resbalosa, en el rostro empapado, una dicha física, milimétrica, primaria como la de un pez, vacía de ideas y de imágenes. Di vuelta entonces sobre las espaldas y el

contraste entre la onda tibia que el sol derramaba sobre mi pecho y el frío del agua que me sostenía por los riñones, me hacía gozar hasta la medula de los huesos, en un espasmo que se parece al amor.

Hay tres clases de placeres en este mundo, calculo yo: los positivos o meramente placeres, que son aquellos que practican los sanos sin darse cuenta y en los cuales viven soñando los enfermos; los negativos, que nacen de dominar el impulso que nos empuja a gozar, y que son conocidos de los santos y de los temperantes; y los placeres naturales, que son propios de los que convalecen. Pero meditar en estas cosas me llevaría demasiado lejos, por lo cual perdería esta grata sensación que me produce el rayo de sol que se ha acostado a dormir entre las palmas de mis manos: porque me olvidaba decir que los placeres naturales son fugaces como las nubes y esencialmente cambiantes.

OceanofPDF.com

EL TORBELLINO

“Me gust’el ají chiquito,
pero no del colorao;
me gustan las di alpargates
¡por cierto las de calza!”

(Cantas Boyacenses)

Hoy, que era domingo, vinieron por la tardecita a la casa los hijos de Agapito Pérez con sus requintos, tiples y bandolas, y uno de ellos, que lleva el mismo nombre de su padre, cantó con muy buen estilo canciones que ha escuchado y cogido al vuelo en la radio del café de Soatá. Tiene una voz caliente, llena, de barítono, y unos ojazos de carnero que apenas se vislumbran entre la sombra que le hace al rostro una corroasca mexicana, porque Agapito pertenece a una generación de tipacoques que está evolucionando rápidamente por contagio del cine y la música foráneos, que se transmiten por el conducto de los choferes de bus.

Yo creo que las hijas de Siervo Joya, vestidas con sus ropones domingueros; y las muchachas del Palmar, como esa condenilla de la Redulja, tan bonita, de quien hablaré más adelante; y las parameras, primas de Abelito Pimiento, que es un mocetón rubio y bien plantado parecido a ese mono con que los dibujantes representan al liberalismo: yo creo que todas, hasta las viejas como mi comadre Santos y Dolores, y la mujer de don Bauta; hasta las niñas de escuela como las hijas de don Rubiano, se mueren por Agapito cuando canta... Hay que ver el estremecimiento que sacude la muchedumbre de jipas y pañolones, como el susurro del viento

entre los tambos del tabaco, cuando Agapito agacha la cabeza y comienza a templar el tiple que parece que no va a acabar nunca. Después de que ha cantado una guabina, o el guatecano, o un bambuco, y se bebe sin respirar una botella de cerveza, todas suspiran.

—¡Ah! ¡Malaya el indio pa cantar bonito!

Cuando calla, los otros Pérez comienzan a tocar un torbellino interminable. Lo tuercen y destuercen, lo enroscan y desenroscan, que no parece sino que estuvieran alisando una cabuya en la pantorrilla. No paran hasta que alguien vuelve a pedir: —¡Que cante otra vez don Agapito!

Agapito levanta la cabeza, carraspea, tose, escupe al aire, se limpia la boca con la punta de la ruana, se cala el sombrero hasta las cejas, temple el tiple otra vez, canta, etc...

“Un viejo quería bailar
con las niñas y las mozas;
pero apenas se paraba
se le ajlojaban las corvas.

El viejo se dio sus trazas
de bailar con la mocita;
perú el dolor de Centura
por poco no se le quita”.

(Cantas Boyacenses)

—Aguaita sumercé un tantico que mi amarre este alpargate, y ora lo verá... me dijo Redulja cuando le pregunté por qué no bailaba. Luego, colorada y recelosa, salió a bailar emparejada con don Bauta que es su tío abuelo.

—¡Y cómo que si es bonita!, me dijo mi comadre Santos, que se había sentado junto a mí y apuró de un sorbo el trago de aguardiente que le serví en su vaso.

Tiene Redulja el cuerpo espigadito, apretado, con redondeces que se ofrecen naturalmente a la vista al través del olán delgado del vestido,

cuando se quita el pañolón para mostrarse en cuerpo y salir a bailar. Baila menos bien que Soledad, su madre, que la está mirando extasiada, sin atreverse a decirle de viva voz lo que yo adivino que en mientes le está gritando al través de los ojos garzos y descoloridos.

—No apretés asina el paso, y echáte p’atrás bien tiesa como si fueras de palo... Bajá los ojos y ponélos en los alpargates... Estirá los brazos a lo largo de las caderas y recordá que en el paso y en las patas se conoce cuándo las mulas y las mujeres son jiñas.

Redulja baila con paso tan menudito y ligero que el pobre don Bauta, que además de viejo está ya muy “empolvao”, apenas puede seguirla. Además le estorban los pantalones muy anchos, de manta de Samacá todavía engomada. La peinilla le golpea las corvas, y un cinturón de un palmo de ancho le sube desde las caderas hasta el ombligo.

La Redulja va a acabar con don Bauta, dice mi comadre Santos.

Y en efecto, en ese momento, escurriéndose el sudor con el revés de la mano se me acercó el regidor a brindarme un trago.

—Me la pudo la condenilla. Talmente como la mama, misiá Santicos, que cuando baila no hay quen pueda seguirle el paso.

—¿Y no será que ya ta viejo y se la pudo la neuralgia, don Bauta?

—Qué neuralgia ni qué nada. ¡Si ya no la tengo, comadre! ¡Si se me acabó como con la mano!

—¡No me diga! ¿De veras?

—No ve que juí la semana pasada a Bogotá donde un dotor muy entendido en cuestiones de romatís, y le dije: “Vea mi dotor que a veces amanezco con un frío reconcentrado en los riñones, que parece que se me parten; y otras veces me arrea un dolor al costado, ¡Virgen Santísima!, que ni una puñalada; y cuando menos lo pienso y ando pu’ay con los güeicitos en el barbecho, parece que me salta un gato al cogote y me deja varios días sin levantar cabeza. Todo eso no sería nada, si de pronto no se me jueara asina de lao, y cogiera a escocerme de medio cuerpo p’arriba. ¡Santa Bárbara bendita!”.

—¿Y qué le dijo el médico, don Bauta?

—Pus acertó con la dolencia, ¡cómo le parece! M’hizo empelotar y con perdón de mi señora Isabel y del patrón aquí presentes, asina viringo me

comenzó a tantiar y golpiar p'uaquí y p'uallá. Y ora saque la lengua, y ora tosa, y ora diga treinta y tres, y ora suspire, y ora delitrié las vocales, que me sentía mesmamente en la escuela. Después comenzó con un palmoteo en las espaldas y el pecho, como quen redobla en una tambora...

—¿Y qué ditaminó?

—Me dijo: “Podés golverte a Tipacoque, don Bauta. Lo que vos tenés es una neuralgia caprichosa...”.

—¿Conque asina jué? ¡Pus lo jelicito!

—Gracias comadre. Y sepa busté que dende que supe quera caprichosa, no ha güelto a joderme.

“Qué bonitas esas niñas
y más cuando tan bailando,
que rebullen la colita
como chivitos mamando”.

(Cantas Boyacenses)

Redulja bailaba otra vez, ésta con uno de los muchachos que trabajan en la mina de plomo y que andan por ahí, endomingados, calzados con zapatos de carramplones y presumiendo de choferes. Me produjo ternura y compasión la Redulja. Toda su fortuna en esta vida la lleva sobre sí, consigo: los ojos verdes y esquivos como los de Soledad su madre; los dientes blancos y parejos como granitos de maíz millo, que a la vuelta de cinco años se le habrán desgranado a pedazos; el pelo castaño y recogido en dos trenzas que son dos alfandoques que le cuelgan por las espaldas y no tardarán en volverse de esparto, sucias y escarraladas, como las de su tía-señora la Dolores. Finalmente ese milagro de su cuerpo en agraz, que apenas comienza a espigar en el pecho y ya está pintón en las caderas...

—¡Pa lo que ha de golverse!, me dice mi comadre Santos. Asina mesmo era que le gustaban a mi patrón Antonio. Las mandaba primero lavar y rejregar con tusa en la alberca, pa que se les quitara el per jume. No es que güelan cuando tan mocitas: es el humor. A mi amo Antonio el embeleco le duraba unos días, y endespues las tiraba pu'ay.

—¿Como a Dolores?

—Como a la máma de Dolores, que de mocita era mesmamente la Redulja que tamos viendo.

Dolores mira el baile apoyada la baranda. Es muy alta, de cuerpo enjuto que se mueve con una elegancia natural y llama la atención lo mismo que esas espigas de trigo que de pronto, sin saberse por qué, irrumpen en la mitad de un potrero. Tiene los ojos negros y tristes, talmente una Dolorosa. Viste de negro y a la antigua, con una mantilla que le cae de la cabeza hasta la arandela de las enaguas, y sobre la mantilla lleva un jipa que ya comienza a dorarse con el tiempo.

Redulja, ya cobijada y todavía palpitante por el baile, mira de soslayo al tipa-coque que desea ser chofer y por lo mismo anda presumiendo con sus botas de carramplones. Soledad, desconfiada, se la traga con los ojos. Se diría que le quiere infundir su humilde ciencia de la vida en aquella mirada. De mocita Soledad fue tan linda como Redulja. Le quedan rastros, perfiles y sombras de aquella edad lejana, cuando debió tener el pelo espeso, brillante y tirando al melado de la melcocha; y los ojos verdes todavía con resplandores de hoja recién nacida; y de las encías no se le habían desgranado los dientes. Pero fue casarse, o amancebarse, que yo no lo sé de fijo, y venirle con el amor o con el sacramento los palos, el trabajo de sol a sol en el barbecho o en el tambo desengusanando el tabaco y los domingos siguiendo por caminos y ventas a un jayán borracho y embrutecido que ni siquiera le daba unos cuartillos para un puñado de maíz. Y el lunes, otra vez al trabajo. Para variar, los hijos que le iban naciendo con la regularidad con que florecen las cosechas; y nacían como ellas, en el suelo, entre la tierra y las lágrimas, porque Soledad, valiente y silenciosa como las cabras, ni siquiera se avenía a decir esta boca es mía cuanto más a quejarse. Luego el marido se aburrió y se largó con otra y Soledad consumió su riqueza, es decir sus ojos claros, su pelo undoso, su cuerpo fuerte y ligero, sus dientes blancos, en la diaria faena de llevar la mazamorra a la casa. Cuando los

hijos podían valerse por su cuenta, se iban en busca de trabajo y no volvían nunca. Las muchachas volvían con un crío en los brazos, que nunca conoció a su padre... Y ahora, esta condenilla de la Redulja que se está poniendo tan bonita!

En aquel momento Manuelito Ramírez sacó a bailar a mi comadre y a Soledad, la cual, como dije enantes, estaba echando globos cuando miraba a Redulja. Alguien le puso a Soledad una botella en la cabeza, y ella, con los brazos inertes a lo largo del cuerpo y los ojos bajos, empezó a bailar un torbellino con paso tan medido y parejo que la botella ni trepidaba. Eran una maravilla sus pies, que apenas acariciaban el suelo y no parecían calzados con alpargates sino con alas. Pero ya había pasado la música y Manuelito Ramírez, que padece un flujo poético más caudaloso que el Chicamocha en los inviernos, se quitó el sombrero para saludar a la concurrencia, pidió un pedazo de periódico que fingía leer aunque lo tuviera patasarriba, y soltó la primera copla tomando pie en aquella otra que dice:

“Bonito que tan bailando
la rosa con el clavel...
Ell’echando botoncitos
y él bregando a florecer”.

Intercaló una variante de su cosecha para traer el consonante inevitable de “mi señora Isabel”. Luego produjo otra copla de carácter político, mucho más enredada que la primera, y luego otra más coja que las anteriores y casi tanto como yo, porque estaba dedicada a mí. Aquello no tuviera trazas de terminar nunca, si los Pérez no hubieran empezado otra vez a templar los triples...

Dolores se desgajó entonces como una palma tumbada por el viento, para sentarse a mis pies y contarme que el hijo andaba otra vez huyendo por montes y por valles, quién sabe dónde, porque le había pasado otro percance... Dejó tirada la mujer, que aquí mesmito está y es aquella que le da de mamar a la criatura. Sino que es tan boba, tan poquita cosa, que no se

atreve ni a saludar a los patrones. ¡Arrimáte p'acá, no seas salvaje, que no te van a tragar! Cuando el muchacho la conoció, ¿no recuerda sumercé? taba recién salido del cuartel y andaban los dos por la romería en Chiquinquirá... Entonces jué el primer percance del que salió con bien, gracias a sumercé que se lo recomendó al gobernador. ¡Pero ahora: ¡ay Santa Rita nos jagorezca!

Cansado ya de estas historias amorosas que me llenan de angustia y de tristeza (lo primero por la suerte de la Redulja, y lo segundo por la mala suerte de Soledad y de Dolores) me entré a mi cuarto y me acosté. La fiesta no tardó en cesar en el corredor porque al irme yo se fueron las luces, y con las luces la música de los Pérez, y con los Pérez la gente que al otro día tendría que madrugar a coger trabajo. Quedó largo tiempo vibrando en la lejanía la copla de Agapito, que se había ido cantando por el callejón abajo con aquella voz baja y melosa que alborota la sangre de la Redulja...

*“Que si acaban ya las fiestas...
¡pobrecitos corazones!
Los mozos guardan sus tiples
y se van medio pintones,
y se van las muchachitas
a filar sus algodones
par'hacer sus trajecitos
pa las otras bailazones...”*

EL MAL DE OJO

DESDE hace mucho tiempo me convencí de que el gobierno es como esos bobos de Capitanejo que se rascan en el puente de la Palmera, y además son cotudos y no hacen nada a derechas. A veces se piensa que los persigue (al gobierno y a los bobos) una fatalidad, por lo cual aún aquellas empresas que planean con la mejor intención de hacer el bien y el más honrado deseo de acertar, les salen tuertas y al revés. El gobierno hace mal de ojo. Lo que coge queda “toca de muerto”, como dicen los campesinos de esos niños entecos a quienes su mala estrella puso en contacto con los moribundos y los cadáveres. Y de veras, cuanto toca el gobierno se seca y se amarilla...

—Asina es, mi dotor, me respondió Coronado.

El cual es un mozo muy aplicado y despierto, de lenguaje muy escogido, que estudiaba en la escuela vocacional de Tipacoque. Esta que digo fue construida con elementos y jornales de la hacienda: con ladrillos amasados por Enrique y el maestro Nicanor en los tejares de la cuadra, palos cortados en el bosque de Tipacoque por Resuro Pimiento y jornales cedidos por los arrendatarios, los medianeros y los comuneros del trapiche. Se le puso el nombre de mi padre para honrar su memoria, e inicialmente algún ministro de educación la dedicó a la enseñanza práctica de la agricultura, con muy buen sentido, pues se perseguía que los mozos de la región aprendieran a fondo su tradicional profesión de campesinos hasta llegar un día a convertirse en agricultores de veras. Puesto que son hombres nacidos y criados en el rancho, entre animales y sementeras, donde se presume que han de vivir toda la vida, es lógico que conozcan a fondo el arte de arar, repartir la semilla, cosechar, injertar, abonar, aporcar, trillar y preparar las rozas y los barbechos alternando los cultivos para que la tierra

descanse. Somos un pueblo de campesinos y pastores, pese a lo cual nadie sabe sembrar ni curarle la ranilla a las vacas o la pepita a las gallinas.

Yo le contaba alguna vez a don Tomás Rueda, que era campesino sabanero muy ducho y expedito en las cosas del campo, que me admiraba en Buenos Aires ver cómo por una sola facultad de derecho para formar abogados tenían cinco o seis, en las provincias, para educar agricultores, veterinarios y ganaderos.

—Es muy natural, me decía don Tomás, porque la Argentina es un país que vive del maíz, el trigo, la cebada, y la exportación de carnes en conserva.

—Y aquí, que vivimos del café, el arroz, la papa, la caña, el trigo y el ganado, ¿por qué sucede al revés y por diez facultades de leyes que hay en Colombia no tenemos una sola de agricultura?

—Porque en Colombia, me respondió don Tomás, la mejor vaca es el gobierno.

Un año escaso perseveró la vocacional de Tipacoque en este plan agrícola, porque al siguiente un nuevo ministro de educación resolvió que la dichosa escuela en vez de ser un internado para formar campesinos se convirtiera en un centro de enseñanza técnica. Fue cuando el pobre Coronado, a quien por lo menos ya se le había pegado el léxico del oficio y decía citrus en vez de naranjos y tubérculos en lugar de papas, fue obligado de pronto a cambiar la garlancha por el “macho” del herrero. La escuela de Tipacoque durante otro año se entregó a la furiosa tarea de formar electricistas, herreros, plomeros y mecánicos, sin otro resultado visible que el de vestir a los tipacoques de overol y embadurnarlos de aceite. Yo me permití escribirle al ministro diciéndole que para una plantica eléctrica que hay en la región, bastaba con Pedrito Roa que es mecánico y electricista a ratos. Sin embargo el nuevo plan de la escuela era formar cuarenta herreros y otros tantos mecánicos y plomeros diplomados. Faltaban máquinas para tantos especialistas, y de conseguir las, faltarían pueblos donde montarlas.

Al año siguiente, cuando Coronado había olvidado por completo que los naranjos se llaman citrus entre gente bien educada, y las papas se suelen llamar tubérculos, y comenzaba a fabricar clavos y herraduras para los muleros que amansa Germán Rubiano, sobrevino un nuevo ministro de

educación que resolvió que la orientación que debía darse a los campesinos de Tipacoque no debía ser agrícola, ni mucho menos industrial, sino simplemente humanística.

Y a Coronado, entonces, se le olvidó desbaratar motores de automóvil y enrollar bobinas, pues ya ni se acordaba de sembrar papas o tubérculos e injertar citrus o naranjos, y comenzó a tomar de memoria el primer canto de la égloga de Virgilio.

La última transformación de la escuela vocacional de Tipacoque ocurrió el día de ayer, cuando vino Coronado muy compungido a contarme que el nuevo ministro de educación había resuelto por decreto trasladarla a Soatá, quitándole de paso el nombre de mi padre para ponerle el del señor Canónigo, sin importarle que los tipacoques se sumergieran otra vez “en la más negra ignorancia”. Y como había cambiado no sólo el ministro sino el régimen, ya no pude hacer nada. Para nuevos tiempos, nuevas ideas y nuevos hombres, decía la circular del ministro, que era caldense y por consiguiente muy rebuscado y pomposo.

—Vengo a que mi doctor me recomiende para un puesto que me ha salido en Enciso, me dijo Coronado.

—Tú has estudiado agricultura, ¿no es cierto?

—Sí mi doctor. Y después aprendí electricidad y herrería.

—Y luego tomaste de memoria el primer canto de la égloga de Virgilio...

—Sí mi doctor.

—¡Hombre! Yo creo que ya tienes preparación suficiente como para ser maestro de escuela!

—Eso mismo le iba a decir. Y para ser maestro de la escuela de Enciso, pues me ha escrito un pariente que salió una vacante, porque al titular de la que hay en ese pueblo lo descabezaron de un balazo en las ferias de Málaga...

En mi tierra las vacantes siempre se presentan por muerte, la cual muy pocas veces suele ser natural. Yo escribí la carta de recomendación a quien me dijo Coronado, que era el inspector de Málaga, y no me sorprendería que llegara algún día mi protegido, si no lo derrotan los intrigantes, a ministro de correos y telégrafos o por lo menos a alcalde.

Es como la historia de estos ingentes armatostes, chimeneas, calderas y fábricas, que montó una institución oficial a la orilla de la quebrada de Tipacoque, para beneficiar el plomo de las minas de Bavatá y Mochancuta.

Eran conocidas estas minas desde tiempo casi inmemorial, pues cuando llegaron los españoles a la región con el capitán Hernán Pérez, ya las beneficiaban los indios cuyo cacique era dependiente del gran jefe Tundama. En tiempos de mis abuelos las explotaban los tipacoques para darle brillo y solidez a la cerámica que se saca a vender los domingos al mercado de Capitanejo, los lunes al de Soatá, los jueves al de Boavita y los sábados al de Nuestra Señora de Tequia, pueblo que hoy fue reedificado en la punta de un cerro por el cura Miranda. Cuando estalló la segunda guerra mundial comenzaron a llegar a Tipacoque gringos y comisiones oficiales dizque a estudiar la provincia, atraídos por la fama del plomo que tenía por entonces, en los mercados internacionales, un precio muy alto. Pero pasó la guerra, cayó con los dictadores el precio del plomo, y el gobierno no había logrado a la sazón sacar sino gastos, complicaciones administrativas y dolores de cabeza.

Había comenzado el gobierno por traer a un suizo, que era en su tierra experto en fabricación de quesos, para montar la maquinaria; y en vista de que se gastaron varios centenares de miles de pesos, y aquello, como decía Pedro Roa a quien nombraron celador, “ni pitiaba ni jumiaba”, importaron un experto austríaco, en “descrestar calentanos”, como decía esta vez el doctor Mojica. Dos años corrieron entretanto. Los vapores del plomo, que se volvía escoria y no llegaba a cuajar entre los moldes, envenenaron los campos y las reses caían muertas sin saberse a qué horas. Luego enviaron, para organizar las labores de las minas y abrir nuevos apiques y galerías en el monte, a un antioqueño a quien llamaban “el mago”, que conocía en su tierra minas y placeres de oro, pero no de veta sino de aluvión, que es cosa muy distinta. Finalmente, cansado el gobierno de perder dinero sin sacar una onza de plomo para hacer una bala de cacería, envió a Tipacoque a un geólogo de verdad, muy amigo mío, quien rindió un informe diciendo:

“Si el señor ministro hubiera comenzado por el principio, enviando un geólogo a Tipacoque antes de comenzar otros trabajos, el gobierno nacional no habría perdido los trescientos mil pesos que hoy yacen tirados por el monte en forma de chimeneas oxidadas, hornos que no ceban, construcciones vencidas, motores inservibles y lavaderos de galena que no lavan porque fueron concebidos en Europa para beneficiar otros metales. Digo que el gobierno se habría ahorrado unos pesos porque el geólogo le habría dicho que aquí no hay plomo sino para “vidriar ollas y chorotes”, ya que estas minas no son de veta continua, sino de las llamadas de rosario, y además muy pequeñas, por lo cual no vale la pena laborarlas”.

De esta aventura frustrada quedaron en Tipacoque, fuera de ruinas y escombreras de cisco, muchos tipacoques sin oficio, que acostumbrados a las dulzuras de la burocracia oficial y el sueldo permanente se desanimaron para todo trabajo honrado como les sucede a quienes han sido congresistas. Quedaron, además, los estragos de las malas costumbres que trajeron los mineros de Antioquia y de Tumaco: la afición al aguardiente, a los dados, a los cuchillos y a las reyertas; y aún se yergue una alta chimenea, herrumbrosa y torcida, que desfigura el paisaje.

—Quén sabe qué será, mi amo —me decía Pedrito Roa, sentado en la cuneta del camino que lleva de la mina a la casa—: quén sabe qué será qu’el gobierno no hace nada a derechas.

ENFERMEDADES DEL CAMPO

“Yo sembré unos naranjitos
y no quieren dar naranjas,
es lo que se llama suerte
y tar el probe de malas”.

Yo no podría concebir la plaza de Soatá sin su iglesia en pata de gallo, que tiene una torre en cabestrillo y la otra sostenida por la muleta de los andamios; sin su destartalada casa municipal y su pila donde beben las mulas que suben del puente de Gutiérrez, cargadas de petacas de panela y pellejas de miel. Sobre todo, yo no podría imaginarla sin sus cuatro palmeras de dátil en las bocacalles.

La plaza de la Villa de Leiva tiene sus olivos centenarios, la de Villeta una ceiba que dio sombra al Libertador, y la de Soatá los zarcillos de sus palmeras de dátil. Soatá tenía otras cosas, que también vale la pena mencionar. Unas se están muriendo como las procesiones del Viernes Santo, con figuras de carne y hueso; y otras resisten victoriosamente, como la fauna del Hotel de don Puno en el parque donde están levantando el nuevo hotel. Dice un autor: “De estos animalitos incómodos, además de las pulgas, niguas y chinches, cuescas, hormigas y otros varios, hay los pitos, que pican sin causar dolor sino algo de comezón, y extraen bastante sangre, dejando un edema que tarda mucho en desaparecer”. Tal era la fauna que solía asaltar a los viajeros que pasaban la noche en Soatá, en el Hotel de don Puno, camino de Pamplona y de Cúcuta. Amanecían cubiertos de ronchas, piquetes, escoriaciones, chichones, lobanillos, rugosidades y asperezas, junto con ardores, dolores, escozores y rasquiñas, de manera que

muchas veces quienes habían dormido en el mismo cuarto toda la noche, al amanecer no se reconocían unos a otros, tanto se habían alterado y descompuesto desde la víspera.

Pero esto era una digresión. Sigamos con las palmeras de Soatá cuya cosecha era una renta del municipio, que en mis tiempos la remataba mi comadre María, la viuda del pobre Flaminio que murió de muerte natural cuando sus enemigos políticos le descerrajaron un tiro. Los dátiles que ella aderezaba con sus manos morenas y diligentes, eran deshuesados, azucarados y tiernos, y tenían el sabor, el color y el olor de mi infancia. Pero esto no viene al caso.

Menos podía soñar yo que algún día desapareciera del camino real, frente a la portada de Tipacoque, una airosa palmera que en mayo se cubría de nidos de orquídeas, como una mujer que por coquetería se pusiera flores en el pelo los días de fiesta. Se veía desde muy lejos, esponjada y graciosa, como un abanico de encaje que estuviera allí para darle aire a la casa cuando apretaba el sol del medio día. En las noches claras, una luna falcada luchaba un buen rato con las agudas espadas de las palmas; y en las noches sin luna, pero tachonadas de estrellas, vista desde el corredor de la casa era la sombra de un oasis. Viniendo del trapiche de los medianeros, o de la casa de don Puno Mojica, se la veía en época de lluvias y de viento barrer como un plumero las nubes grises que rodaban cuesta abajo, amontonándose en un basurero sobre el Chicamocha. Todos la conocían y la amaban. Los viajeros sentían que se les alegraba el corazón cuando el chofer del bus, al pasar la revuelta de Juan López, informaba “Ya se ve la palma de Tipacoque. En diez minutos más llegamos a la casa”.

No hay palmera más hermosa en el mundo, pensaba yo. Cuando alguien hablaba de palmeras ella se erguía en mi recuerdo más alta, aérea, fina y elegante que todas, pues era la palmera por antonomasia. Hay que medir por esto, pues, lo que yo sentiría cuando llegó Marcos Lizarazo esta mañana a mi alcoba, muy compungido, y me dijo al oído:

—¡Se cayó la palma!

—¡No diga, Marquitos!

—Como l’oye sumercé... ¡La tumbó el viento!

El corazón me dio un vuelco en el pecho, pues tuve la impresión terrible y lúcida a la vez de que los árboles del campo, aun aquellos que parecían vivir desde la eternidad y para siempre sólo porque me habían dado sombra y yo había cogido nidos en sus ramas, también mueren... se mueren como los hombres. Al salir al corredor vi a lo lejos su tronco fino y esbelto quebrado por el vendaval de la noche anterior; pero la culpa no fue del viento que ahora, arrepentido, juega mansamente con las hojas secas en el patio.

Tenía la palmera el corazón destrozado por una enfermedad que se le había metido por las raíces y le había devorado el tronco lentamente. Durante años resistió la acometida de los escarabajos unicornios que se alimentaban de sus fibras internas. Ella debía sentirse morir a pedazos, como un hombre atacado por el cáncer, pero resistió a pie firme hasta que el viento, que despeinaba sus erizados cabellos al jugar con ella, sin darse cuenta de lo que hacía la mató de golpe. Y muerta ella, se dejaron morir de tristeza dos palmeras que había en el huerto y que ya no cargaban de puro ancianas; y como si el mismo viento les hubiera soplado la noticia murieron también las cuatro palmeras de la plaza de Soatá y empezaron a marchitarse y a agonizar las palmeras de coco de la vega del Chicamocha.

—¿No se puede hacer nada contra los escarabajos?

—¡Nada!, me dijo el agrónomo oficial que llegó a Tipacoque cuando ya sólo había tiempo para sentar la partida de defunción de las palmeras de dátil. Tal vez en Persia, agregó, podría conseguirse un coleóptero que se traga los huevos de los escarabajos. Pero ¿quién lo podría traer al país? El gobierno no tiene partida para el caso...

Los campesinos, para salvar algunos bellos ejemplares que de milagro escaparon al traicionero ataque de los escarabajos, idearon un arbitrio ingenuo que consistía en poner en redondo de las cepas unas totumas con miel de purga, de la que aquellos bichos son muy golosos, y por la mañana daban caza a los caídos en la noche anterior. ¿Pero cómo detener una epidemia con estos medios rudimentarios?

—Más valdría hacerlas rezar de un hombrecito de Onzaga que hace milagros con los animales, y los desengusana, decía Marcos Lizarazo.

Al otro día del desastre, la mujer de Antonio Avila que tiene una casita de piedra a la orilla de la carretera, vino por los despojos de la palmera para prender candela en su fogón. Al poco tiempo las zarzas, los cardos y las ortigas recubrieron el tronco podrido, lo amortajaron y lo sepultaron en una tumba de hojarasca. Y de ella ya no queda sino la sombra, desflecada en estas páginas.

Por aquella época sembré un bosque de naranjos. Conseguí con un banco semioficial un préstamo y el gobierno me vendió las estacas que cultivaba en la estación de Pahnira, provenientes de cepas de Valencia y de Murcia. Se plantó el bosque en las cuadras de la casa, a la sombra de los naranjos mandarinos y criollos, y en un lote escarpado que queda cerca a la carretera. ¡Con qué amor asistí a la siembra de las estacas y pude ver, al cabo de los días, que despuntaban las yemas y unas hojitas brillantes, Usas, perfumadas, se esponjaban al sol! Los arbolitos no tardaron en cubrirse de flor temprana, como tiernas novias coronadas de azahares que presintieran la turgencia del fruto; pero cualquier día apareció la plaga de los pulgones blancos. Era una escarcha que aparecía en las hojas tiernas de los naranjos, y éstos comenzaban a helarse, a languidecer quemados por aquella roña escamosa. No valieron riegos, ni fumigaciones, ni lavados, ni desinfectantes, ni abonos. Mis pobres novias campesinas se morían a las puertas del himeneo, porque debo advertir que ya el huerto, con los azahares, hervía del bordoneo de las avispa y los abejorros. Las coronitas de azahar se amarillaron, las hojas se abarquillaron y desprendieron de las ramas, y cualquier mañana los naranjos murieron deshojados como vírgenes necias a quienes el esposo hubiera sorprendido con las lámparas vacías.

Lo peor del caso fue que aquella peste blanca que llevaron a Tipacoque las cepas infectadas que a tan alto precio me había vendido el gobierno, se corrió a los naranjos rústicos de la huerta, y a los mandarinos de la cuadra, que María del Carmen, en hombros de Jesusito Monsalve, aligeraba de frutas todas las mañanas.

—Se están muriendo mis naranjos, ¿qué puedo hacer?

—¿Ya ensayó una solución de jabón de la tierra?, me preguntaron los técnicos del ministerio de agricultura.

—No sirvió de nada.

—¿Y el azufre mezclado con cal?

—Fue inútil.

—¡Claro!, lo sabíamos. Sólo existe un medicamento que pudiera salvarlos, pero no se fabrica en el país ni el gobierno está interesado en importarlo.

Y esa guerra bacteriológica que desató la estupidez oficial sobre los campos de Tipacoque, y luego no supo combatir la ineptitud de las estaciones agronómicas del departamento, continúa a la hora en que escribo estas líneas asolando mi huerto. Se me desgarró el corazón cada vez que Evelio, el hijo de Juan de la Cruz Hernández, llega al frente de la cuadrilla que riega los naranjos y me suministra el siguiente parte de batalla:

—Hoy se secaron otros cien arbolitos que ya taban jloriando. El menjurje que le recetaron a sumercé los doctores del ministerio, tampoco sirvió pa nada.

Como si estas noticias fueran para alegrarme, llegó Coronado, el tipacoque que estudió agricultura en la vocacional y se contagió del pulgón blanco de la retórica docente:

—Sepa mi dotor, me dice, que ciertas variedades mediterráneas de los citrus, como la valenciana que es muy rica en hidrocarbonados y elementos ácidos, están sujetas al ataque bacteriológico del pulgo cítricus, que vulgarmente se dice pulgón de los naranjos, o mesmamente pulgón blanco...

Y yo le digo: “Dios te lo pague, Pedrito... Después conversamos...”.

Peor que todo es la erosión, pues ya no se trata de una enfermedad que ataca a las plantas sino a la tierra misma, y la esclerosa. El principal agente de esta peste es el hombre. Yo alcancé a conocer en las rocas de Guantiva y en los ejidos de Soatá tupidos bosques de cedros y nogales, y robledales corpulentos como los que, gracias a Dios, se han conservado en la montaña de Tipacoque. Cuando se construyó la carretera del norte, en el sector de Duitama a Capitanejo, hubo que acometer muchas obras de arte para sortear arroyos, cascadas y riachuelos que bajaban alegremente de las montañas del páramo y habían nacido entre los árboles. A la entrada del pueblo de Susacón —viejo y feo como un mal pensamiento— se hallaba un puente de

madera sobre un río correntoso, que movía molinos y trapiches de una región tan escarpada que ve crecer el trigo entre las cañas de azúcar. En los papeles viejos que se guardan en el escritorio de Tipacoque, hay una nota del alcalde de aquel pueblo, en la cual se prohíbe el paso de la caldera que hizo traer mi abuelo hace sesenta años, por temor de que se desfondara ese puente. Los tipacoques, con el armatoste auestas sobre varales que les deformaban el cogote, tuvieron que vadear el río...

—Yo me hallaba en el tiempo de la cogotanza, me dice Juan de la Cruz señalándome un morillo, grueso como una naranja, que le salió en la nuca por obra de aquellos trabajos.

Pues hoy aquel puente ya no existe, porque la tala y los desmontes, las rozas y las quemadas, lo volvieron ocioso al acabar con las aguas. Llegaron un día los leñadores, los famosos desbravadores de montaña que dicen en Antioquia, y en un dos por tres desaparecieron los bosques arrancados de cuajo. Humearon las rozas en las laderas. Faltos de alimento, se secaron los arroyos pues el fuego y el hacha habían devastado las cabeceras. El primer invierno arrastró el humus y lavó tan completamente la tierra que la dejó en los huesos, en los costillares de roca, los cuales no tardaron mucho en abrirse en grietas y volcanes hasta quedar convertidos en escombros. Y como el agua no pudo ablandar las piedras ni fecundar los peñascos, comenzó a socavarlos y a removerlos, hasta que un día rodaron monte abajo arrastrando cercas, barbechos, potreros y plantíos... ¡Y se murió la tierra!

El otro día recordaba el bosque de Tipacoque, donde cazaban mis tíos el zorro y el venado. Es una arboleda imponente, de árboles centenarios cuyo tronco apenas pueden abarcar tres hombres con los brazos extendidos. Hay allí maderas tan duras como el roble, que parece tallado en bronce, y tan finas como el amarillo, el comino, el nogal blanco y el cedro.

—Voy a mandarle al doctor del Pozo, que es un técnico de bosques que estudió en Suecia y en Alemania, para que lo vea.

—¡Magnífico!, le respondí al ministro de agricultura. Yo no quiero sino salvar ese bosque que es posiblemente el único que hoy se conserva entre Cúcuta y Bogotá, porque toda la cordillera oriental, menos la vertiente que mira hacia los llanos de San Martín y Casanare, ha sido desmontada, rozada, quemada, arrasada por nuestros flamantes agricultores.

Y vino el doctor del Pozo a Tipacoque, y en la mula de Antonio Avila subió a la montaña, con los Pimientos como rumberos y espoliques. Permaneció ocho días en la espesura, y al cabo de ellos bajó con un muestrario de maderas preciosas y los apuntes de un informe que habría de presentar al ministro y en el cual decía que, en su concepto, no había en todo el país un bosque más bello que el de Tipacoque y las montañas de Onzaga. ¡Sería un crimen tocarlo!, decía. Debería conservarse como un parque nacional, pues no queda otro semejante en las vertientes de los Andes. El informe del técnico parecía más escrito por un poeta que por un funcionario, pues carecía de aquella sequedad, opacidad e ineptitud que son propias de los informes administrativos. Esto me hizo desconfiar de la suerte que le esperaba a los árboles de Tipacoque y de Onzaga, porque en efecto a los pocos días me llamó de Bogotá el ministro de agricultura y hube de presentarme en su despacho.

—Quiero decirle que por el informe del doctor del Pozo hemos venido a saber que hay un bosque en Tipacoque. Por desgracia no está al día con nuestra legislación forestal!...

—¿Acaso alguna vez hemos legislado sobre bosques, cuando no hemos hecho otra cosa que tumbarlos?

—Sepa usted, mi querido amigo, que Colombia tiene el régimen forestal más perfecto del mundo. Ni siquiera el Canadá nos adelanta en ese aspecto.

—¡Caramba! No sabía.

—Al bosque, si no quieren ustedes perderlo, tienen que tumbarlo.

—¿Cómo así?

—Quiero decirle que de acuerdo con el artículo 1827, inciso 32, capítulo de conservación de bosques nacionales y privados, en la Ley 86 del año de 1940, número 10.027 del Diario Oficial, si su bosque no aparece explotado económicamente en un término que por desgracia ya está vencido, pasa a propiedad del Estado para que lo explote y lo derrumbe...

—Y si yo lo explotara, en esas lejanías, ¿a quién podría venderle los palos?

—Eso no está contemplado en la ley, y el ministerio se limita a cumplirla. De manera que usted, para no perderlo, tiene que tumbarlo.

Yo me volví a Tipacoque y no hice nada. Me tiré en la hamaca del corredor a esperar a que cayera el ministro, lo cual no tardó mucho en suceder porque por fortuna entre nosotros los ministros caen primero que los árboles, y son plagas de corta duración que se parecen a los aguaceros. “Aguacero recio, pronto escampa”, dicen los campesinos, y ministro reformador pronto cae, agrego yo, mientras me mezo blandamente en la hamaca, mirando la montaña espesa y cubierta de arboledas que cubre las espaldas de Tipacoque con su montera vegetal. Y al menos temporalmente se salvó el bosque.

* * *

Yo he llegado al convencimiento de que en el campo todos los males que lo afectan pueden tener remedio; el escarabajo que pudre el corazón de las palmeras de dátil se combate con un coleóptero de Persia, el piojo blanco de los naranjos valencianos se extermina con un compuesto químico, el gusano verde y grueso de las hojas del tabaco se ahuyenta con sulfato de cobre: todo puede curarse con ciencia, con técnica, con atención y con dinero. La única enfermedad incurable es la erosión cuyo agente propagador es el gobierno y el microbio que la produce es el hombre.

—El viviente, mi amo —suele decirme Santos cuando ve una “jumazón” en el monte— es peor qu’el piojo blanco, el gusano verde y el cucarrón d’iun solo cacho.

—Y yo digo más, comadre Santicos: el hombre es una lepra que le nace a la tierra, y la mata.

OceanofPDF.com

ÚLTIMOS DÍAS DEL CANÓNIGO

“Con ser el señor curtía cuando viven su curato se le sube y se le baja la retranca cada rato”.

(Cantas Boyacenses)

ME CONTABA esta mañana el padre Amayita, cuando desayunábamos después de la misa, que monseñor Cayo Leónidas Peñuela, canónigo de Soatá, se encuentra muy enfermo. Ya no baja a los trapiches y cañaverales que tiene en la costa del río, en su finca de la jabonera, cerca al puente Gutiérrez. Ya no ensilla con sus propias manos su mula zaina, para dar vueltas por el pueblo. Ya el directorio conservador no le hace caso, ni le consulta los nombramientos. Ya no predica en la Cuaresma...

—¿De veras? Para él no había goce mayor en este mundo que subir al púlpito en los días de Semana Santa, para poner de punta los pelos a los campesinos que habían dejado la recua en la plaza, abrevando en la pila, antes de entrar a la iglesia. Los liberales del pueblo (don Genovés, don Siemovitch, don Lucas, don Carlos y el doctor Mojica, que había abierto su bufete de abogado en el billar que tenía en una esquina de la plaza) lo veían pasar con respetuoso temor los días de fiesta. Solían congregarse allí, en el almacén de don Tanior, para matar el gusanillo con un pichón de Málaga y hablar de política. Me cuentan que el Viernes de Pasión tronaba Su Señoría desde el púlpito como desde un Sinaí, y los campesinos conmovidos hasta las lágrimas se desnudaban de la cintura para arriba y se liaban unos con

otros a correazos, por el lado de la hebilla, en la iglesia con las puertas cerradas.

—En el libro de Su Señoría, que aquí le traigo, se dice que tan piadosa costumbre viene de tiempos muy antiguos. Ya algún párroco indigno de Soatá la había comunicado a don Manuel Ancízar, cuando pasó por aquí con la comisión corográfica que presidió don Agustín Codazzi en tiempos del general Mosquera. Le dijo aquel cura a don Manuel: “Sébase que hay la costumbre de presentarse en la iglesia unos que llaman penitentes, que son hombres vestidos de enaguas blancas, las cuales forzosamente deben ser alquiladas, y una vez adentro, comienzan a zurrarse el pellejo, compitiendo a quién se da más azotes hasta sacarse la sangre; pues no he hallado medio de desterrar esta barbaridad, y a veces, por no verla, me he ido a otro pueblo”.

—¿Y Su Señoría qué dice de ese párroco?

—Textualmente me dijo, porque es párrafo que yo mismo copié para su libro y aquí lo tengo señalado: “Si así habló el tal párroco, queda ya con ello graduado de ser un clérigo de los de misa y olla, porque ese lenguaje demuestra la más lastimosa ignorancia en historia eclesiástica...”. Al doctor Ancízar, en su libro, sobra decir que lo pone de vuelta y media, y lo llama ateo, liberal, rojo, mentiroso, mentecato y falsario.

—Como a los tipacoques... En sus sermones memorables solía llamarlos réprobos y los arrojaba a las pailas del infierno, que no están propiamente llenas de miel como los fondos de un trapiche, sino de pez y plomo derretido.

—Eso es verdad, y para qué voy a decirle otra cosa. Su Señoría no los puede sufrir, ni tragar, ni ver. En la última visita del señor Obispo de Tunja, que ya no era monseñor Maldonado y Calvo, se negó a acompañarlo a Tipacoque. Sus razones para no venir a esta cueva de liberales, como dijo en esa ocasión, se remontan a muy atrás. Vea usted en su libro, que aquí le traigo, lo que tengo apuntado sobre la visita del señor Arzobispo Mosquera a Tipacoque, el año de 1843. “A la llegada del Arzobispo el sacristán de Tipacoque, que era un indio de malas pulgas, se hallaba excomulgado por haberle levantado mano violenta al padre capellán. El indio, buen creyente y piadoso, no veía la hora en que se levantara la censura, por lo que corrió a

postrarse ante el prelado a rogarle con muchas lágrimas que le reconciliara cuanto antes con la Iglesia. Él le explicó las ceremonias terribles y dolorosas que se habían de observar, a todo lo cual se sometió el indio con mucho ánimo. Pasada la ceremonia, la alegría lo llevó nuevamente ante el señor Mosquera a darle las gracias con un fervor que admiró al gran prelado; el cual aprovechó la ocasión para aconsejarle mucha paciencia y respeto por el sacerdote, en lo que varias veces le citó las palabras de David: “Nolite tangere Christos meos”, a lo que el indio le contestó con viveza: “Sumercé también encárguele a él que no sea tan malgeniao y *que si él no me tanga yo tampoco le tango*”.

—¿Y usted no le ha contado al canónigo que ahora los sacristanes de Tipacoque son Marcos Lizarazo y Jesusito Monsalve?

—Cuando ustedes llegaron a la hacienda y me mandaron llamar para rezar la misa de los domingos, me previno que si algo me pasaba aquí, sería por mi propia culpa. No me dejó venir, además, sino una sola vez al mes. Y al decirle yo que los tipacoques son tan buenos cristianos como los godos buenos de Soatá, y mejores, si se apuran un poco las cosas, él me dijo: “¡Eso creen ellos!”. Yo le argüí que he visto a los patrones y a los campesinos, hombro a hombro, ante el comulgatorio de la capilla en las fiestas de Nuestra Señora. Le conté que yo mismo bendije la estatua de la Virgen de Lourdes que pusieron solemnemente en una gruta entre las rocas y cuyo jardín cuidan con mucho esmero. Pero él responde: “Esas son historias, Amaya. Del enemigo, defiéndenos... ¡Si yo no conoceré a los liberales!” Y se hace la señal de la cruz.

Talvez por arte de la extrema vejez, que a los ochenta años había suavizado las puntas, espinas y asperezas de su carácter, mis relaciones con el canónigo habían mejorado en los últimos tiempos. Me envió con mucho gusto prestados algunos libros que yo necesitaba para un trabajo que estaba haciendo. Hoy se presentó Amayita con un regalo del canónigo, que es su canto del cisne, su libro para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de Soatá, acabado de salir de la imprenta y en el cual exprime todas sus mieles en el trapiche de su amor por la tierra. La dedicatoria, de su

puño y letra, y ésta muy temblorosa, dice: “Para don Eduardo Caballero Calderón, con afectuoso cariño. El autor”.

En este libro, que leí anoche de cabo a rabo, no mienta una sola vez a un Tejada o a un Calderón sin ponerlos verdes, porque el odio que abriga Su Señoría por Tipacoque se remonta hasta los orígenes de mi ca^a y se prolonga hasta mi descendencia. No respeta ni siquiera a mi tatarabuelo, el comandante Juan Félix Calderón, muerto de un lanzazo en San Mateo en 1814. Dice, para deprimirlo y a renglón seguido de mentarlo: “Fueron muy contados los que, como don José María Calderón, padre del héroe, nativo de Girón, se declararon realistas”. Yo podría replicarle con unas palabras del Libertador que tan bien encajan a las relaciones de los tipacoques y el canónigo: “Cualquiera que sea vuestro enemigo, fuese el mismo que debía ser vuestro pastor, será mi enemigo. Cuartel General de Soatá, a 14 de octubre de 1821. Simón Bolívar”.

Más adelante, cuando reseña la revolución de 1860, que fue muy áspera en Boyacá y en Santander, la emprende con mis abuelos y con mis tíos abuelos:

“En el curso del año menudearon las guerrillas de uno y otro bando —dice— procurando ofenderse cuanto podían. La de liberales de Soatá, encabezada por don Aristides Calderón y los dos Tejadas, Clodomiro y Temístocles, hacía correrías asoladoras por los pueblos vecinos, especialmente La Uvita, San Mateo y Boavita, en que no dejaban semoviente con vida, pues con todo cargaban para sus predios...

Luego sigue con la generación de mis tíos, pues “la terrible guerrilla de Antonio María Calderón y la que de Onzaga llevaron el señor Simón Peñuela y Constantino Gómez, pasó de cuatro mil hombres”, en 1895. Y siguen las revoluciones y las guerras, y este endemoniado foco liberal de Tipacoque revienta otra vez en 1899 con mis tíos, y continúa en pie como un bastión aun en estos tiempos en que yo, que pertenezco a una generación menguada, cambié la espada de los viejos por esta pluma, que no sirve para continuar combatiendo. Su Señoría lo sabe y se irá de este mundo con esa pena...

Yo me quedaré, en cambio, con la de no haberle podido infundir unas verdades sencillas, capaces de ablandar su vieja cabeza cuadrada, gris, dura,

como tallada con navaja en un coco de esos que labran los presos de Soatá mientras les sale sentencia en el Tribunal de Santa Rosa. Me quedaré con la pena de no haberme entendido con él en este plano de tres ángulos que debería ser para nosotros la vida: Cristo, la patria y la tierra. Ese Cristo que él y yo llevamos en los labios pero no en el corazón, como mi comadre Santos y mano Jesús Monsalve que se irán al cielo sin haber pecado jamás contra la caridad de Dios, que es el amor del prójimo. Y esa patria que formaron mis abuelos y los de Su Señoría, cuando se alzaban en armas los unos contra los otros, en el afán de plasmarla a imagen y semejanza de ellos: dura, orgullosa, entrañable como cosa propia. Y finalmente esta tierra de Tipacoque y de Soatá, a la sombra de cuyas palmeras él y yo amamos sentarnos a leer, yo en mi casa y él en la suya; y queremos, él y yo, que nos cubra, nos arrope y nos caiga sobre los ojos cuando nos echemos, él en Soatá y yo en Tipacoque, a dormir la siesta por la última vez.

—A todo señor todo honor, le dije a Amayita cuando despachábamos el desayuno boyacense. Su Señoría va a morir en su ley, como yo en la mía. Pero por encima de esas diferencias le tiendo gustosamente las manos, como usted se servirá decírselo al llevarle mis felicitaciones por un libro tan poco cristiano con sus enemigos los tipacoques, como es el suyo, pero tan sabrosamente escrito. Dígale, pues, padre Amayita, que a pesar de todo, muchas gracias, y que como decía el sacristán de Tipacoque hace cien años, “si él no me tanga yo tampoco le tango”.

Su Señoría murió poco después de publicar su libro, ya escritas estas páginas, y sin que jamás nos hubiéramos visto en este mundo. Dios nos permita fraternizar en el otro.

TRANSMISIÓN DE MANDO

EL ALCALDE de Soatá, por edicto que ha sido fijado en las puertas de las tiendas de Tipacoque, y en el corredor de lajas de la casa, comunica el nombramiento de regidor recaído en la persona de Germán Rubiano. El regidor es como quien dice una autoridad de primera instancia, que hace las veces del alcalde en las veredas, ante el cual se ventilan las diferencias por asuntos de aguas, las reyertas, los hurtos, y al cual compete la vigilancia policiva de la región. Por este motivo tiene licencia de cargar una pistola al cinto, y mando sobre cuatro tipacoques que le sirven de agentes y ayudantes honorarios.

Ser regidor de Tipacoque es una cosa muy seria. Tanto, que por conservar esa posición mi bisabuelo no quiso aceptar la Secretaría de Gobierno de la Presidencia de la República, según lo cuenta en su libro sobre Soatá el canónigo Peñuela. Dice así:

“Antes de terminar la guerra de 1860 había terminado también su carrera en este mundo el doctor Antonio María Calderón, persona que gozó de gran prestigio intelectual entre la gente racionalista o atea. A decir verdad nunca fue ateo, pero sus ideas y conversaciones sí daban causa para considerarlo así. Ocupó altos puestos, como de Presidente de las Cámaras de provincia y otros análogos. Cuando el general Santos Gutiérrez llegó a la Presidencia de la República lo nombró Secretario (el que se llama hoy Ministro) de Gobierno, dignidad que rehusó con un chiste muy de su genio. Ha habido siempre en Soatá unos empleados llamados “regidores” en las veredas, que son intermedios entre el alcalde y los comisarios. El doctor Calderón gustaba de ese oficio, que le ponía en continuo trato con los campesinos y por eso le contestó al Presidente que, habiendo

incompatibilidad legal entre los cargos de Secretario de Gobierno Nacional y regidor de Tipacoque, para conservar este último renunciaba al primero”.

Entre los regidores que yo recuerdo —Resuro Pimiento, Bautista, Juan López y Antonio Avila— ninguno más acuerpado ni propio para el oficio que Germán Rubiano, a quien a veces llaman por más respeto don Rubiano. No nació él en Tipacoque sino en Sogamoso. Aprendió de niño la vaquería en Casanare y luego perfeccionó su arte de domador de potros y amansador de muleros en el valle de Sotaquirá, a pocas leguas de Tunja. Como una deformación profesional le ha quedado el andar ¿espernancado de los chalanos, con el tronco muy tieso y echado hacia atrás, que asimismo suele montar encaramado casi en las ancas del muleto, con las piernas estiradas y levantadas a la altura de la jetera.

Es alto, grueso, ojiclaro, y tiene en el otro una nube blanca y como esmerilada. Tan fuerte es Germán Rubiano que de serlo menos, como dice Rita, su mujer, ya no quedaría de él ni el recuerdo. Ha sufrido tales porrazos en su oficio que no tendría hueso sano en el cuerpo si los suyos no fueran de puro fierro. Hace poco lo lanzó de la silla un macho testarudo y traicionero que estaba amansando para las ferias de Málaga, lo tiró sobre la laja de salar el ganado y le rompió los hombros y dos costillas. Duró dos o tres semanas con los brazos en cabestrillo mientras le sobaban con sebo de iguana, y al cabo quedó tan bien como si nunca le hubiera pasado nada. Otro día, cuando andaba por los potreros montado en una mula cerrera que llevaba todavía falsa rienda, metió una mano al bolsillo de los zamarros para sacar el pañuelo y un alacrán que se había refugiado allí le clavó las tenazas en la palma. Aquello le rascó un poco durante dos días y se le durmió la lengua media hora, pero ni siquiera dejó de montar a caballo. El alacrán en cambio murió de repente.

La transmisión del mando entre don Bauta, que era el regidor hasta el día de ayer y don Rubiano que empieza a serlo desde hoy, fue tan sencilla que apenas vale la pena registrarla. Estaba Germán Rubiano arremangado, con un delantal manchado de sangre y de sebo, degollando una ternera para vender por cuartos la carne en su tienda del camino real, cuando llamó el alcalde de Soatá para comunicarle el nombramiento por teléfono. Luego

don Bauta y don Rubiano llegaron al corredor para darnos parte de la noticia.

—¡Con que ora el regidor es don Rubiano!... Pa serle verídico, mi dotor, yo ya taba jarto con el puesto. Eso era mucho sobarse con esa gente que no deja en paz a los regidores. Les escatiman mucho su autoridá. Toítas las noches tenía que salir con una linterna a recorrer la toma dende el molino hasta la quebrada, pa tapar los boquetes que hacen los vivientes que se roban el agua. Y cuando había jiestas, eso no podía tomarme un trago ni echar un bailao tranquilo, por andar evitando que hubiera vainas...

—Pues conmigo, don Bauta, y mejorando lo presente, le prevengo que no va a haber vainas... Conmigo tienen que andarse con cuidao, porque de lo contrario ya saben hasta los muleros que tengo la mano muy pesada...

—Eso es así, y pa qué negarlo, don Rubiano. Eso lo sabe hasta mi comadre Rita que ha tenido que sujrirla de vez en cuando. Conque tome este chisme, que ya no junciona, y está descalibrao, y tampoco tiene balas, y sepa que lo jelicito de veras.

Y le entregó la pistola a Germán, quien se la colgó a la cintura y luego, con mucho énfasis, se dio una palmada en el vientre.

—Gracias don Bauta. ¿Quiere que subamos un momento a la tienda y le entrego el pernil que me había encargado?

—Vamos...

—Y antes, si usted me quiere honrar, nos podemos meter un trago.

—Pago.

Y se fueron los dos regidores, las dos autoridades, a celebrar la transmisión del mando. Yo creo que ni en la Roma de Cincinato pasaban estas cosas tan sencillamente.

NOSTALGIA

AHORA que tuve por fuerza que pasar unos días en la ciudad para conversar con el señor ministro de agricultura y acompañar a Tipacoque a Mr. Mac Ausland, técnico en aguas, sentí un ataque agudo de nostalgia. Al llegar a mi casa de la ciudad encontré que los cuartos se habían achicado y oscurecido, el aire se había vuelto denso y desapacible y la luz del sol llegaba tamizada como al través de un vidrio sucio. Los arbolitos amarillos de polvo, entecos y tristes, tenían el aspecto de momias vegetales expuestas a lo largo de mi calle. Cuando hacía sol, me atormentaba la nostalgia de Tipacoque donde todo es tan luminoso, tan puro, tan claro, envuelto en esa onda tibia y dorada que se condensa en miel en los fondos de los trapiches. Cuando llovía, porque en Bogotá llueve siempre, sufría porque pensaba que en Tipacoque seguramente haría sol.

Ahora recuerdo que nunca sentí más viva esta nostalgia del campo como una mañana en que vagaba por las callejuelas sombrías y misteriosas del zoco de Tetuán, entre moros barbados y silenciosos que llevaban del cabestro sus recuas al mercado de legumbres. De pronto, al pasar frente a un puesto de yerbas aromáticas, me asaltó las narices, y al través de ellas el corazón, el olor penetrante del culantro; y tras ese olor se me vino al espíritu la imagen de Tipacoque, cuando por las mañanas abría Lolita de par en par las puertas de mi cuarto, y yo todavía medio dormido y con los ojos cerrados sentía que se me alborotaba el estómago y se me aguaba la boca con la fragancia de la taza de changua. La nostalgia se irrita y se despierta con un sabor que para mi caso es el del melado o la melcocha; con olores tan apartados y contradictorios entre sí como el del culantro de la changua y los azahares, que son el perfume del huerto cuando florecen los naranjos.

Más que el nombre de Tipacoque, o que una fotografía de la casa, esas impresiones profundas, muy enraizadas a mi carne y a mi memoria, despiertan en mí un acceso agudo y rápido de nostalgia.

Esto hace parte de lo que pudiera llamarse la nostalgia física del campo, porque existe otra de carácter espiritual, que es aquella que empuja irresistiblemente a los tipacoques a regresar a su tierra aun cuando hayan triunfado en las extrañas. De todos modos, al cabo vuelven algún día, muchas veces para quedarse definitivamente en sus rastros y otras para verlos una última vez antes de abandonarlos para siempre. Es un sentimiento inexplicable en quienes lograron triunfar en la ciudad como el “Polillo” Ramírez, que llegó a ser portero del Banco de la República, con derecho a usar gorra de visera charolada y uniforme de botones dorados, y sin embargo, de pronto comenzó a entristecerse y a suspirar por Tipacoque. Sacramento Joya, el hijo de Siervo, llegó por sus pasos contados a dragoneante en Barranquilla, cabo segundo en Santa Marta, y finalmente, como coronación de su carrera, a sargento alcalde de La Dorada de donde hubieron de sacarlo porque un día metió a la cárcel al concejo municipal en masa, sabe Dios si hasta con razón. Y volvió a Tipacoque. Elpidio, a quien llevé de ayudante a Tunja cuando fui diputado por la provincia del norte, no aguantó el frío y el pulguero de tan ilustre ciudad, lió el petate y volvió a su tierra. Baronio, que conserva todavía aquella cara de chorote que tuvo desde su más tierna infancia, ensayó alguna vez el comercio en Bogotá, cuando salió de mi casa a donde mi padre lo había llevado de muchacho de los mandados. Se colocó en una panadería porque pensaba hacer fortuna, y vendía pasteles por la calle, pero los patrones lo licenciaron porque al rendir cuentas se presentó un alcance.

(“Y eso qué fue, Baronio”, le preguntábamos nosotros. “Que como a diez centavos la pieza no vendía casi nada, yo puse los pasteles a dos por cinco, que era mucho más legal, y se los rapaba la gente”).

Hoy Baronio vive feliz en Tipacoque en una cuarta de tierra propia, que le cayó de herencia cuando murió su hermana casada con Samuelito Acosta. Dejó entonces el comercio por la agricultura y la ciudad por el campo, y a veces me lleva a la casa de regalo un panal que chorrea miel, cogido en la montaña con sus propias manos.

Al maestro Nicanor, cuando la persecución política lo arrojó de su parcela, que para desgracia suya colinda con una vereda tradicionalmente enemiga de Tipacoque, me lo encontré una vez en Santander, en la población de Barbosa que es el cruce entre los caminos de Tunja al Magdalena y de Bogotá a Bucaramanga. En Tipacoque vestía de manta y ahora de paño, allá andaba descalzo y aquí de alpargates con suela de cuero y capellada de lona. De ser un maestro que levantaba cercas en el corral de las cabras y en los diciembres me servía de ayudante cuando echábamos una mano de cal a las paredes de la casa, se había convertido en Barbosa en un arquitecto de verdad, de los que hacen tejados de dos aguas y llevan lápiz en la oreja y un decámetro en el bolsillo. Cuando me vio se le aguaron los ojos.

—¡Ay, mi doctor!, me dijo. Yo quero volver a Tipacoque para ver cómo andan las cosas...

Las cosas eran su rancho, su sembrado de maíz, Benilda su mujer que es ciega, y Benedo Prieto su cuñado que también anda mal de las vistas porque toda la familia padece de esa maldición hereditaria.

A mí me pasa lo mismo que al maestro Nicanor: que cuando ando fuera del país, aun en medio del esplendor del Bosque de Bolonia, o entre las frondas de Sevilla, o a la orilla del estanque del Retiro, o en el Jardín Botánico de Belén del Pará, o en la Rosaleda de Palermo, siento de pronto como un vacío en el pecho la ausencia de la patria, y ella se comprime para mí en las cuatro sílabas (doradas, espesas, tibias, lentas) de Tipacoque.

—Es que aquí me tiento y no me hallo, me decía Nicanor.

—Fuera del país, le repliqué yo, tampoco me sentía persona. En Tipacoque soy yo mismo, tal como quiero ser y sin que nadie me discuta mi propia esencia. Mi espíritu se difunde en aquel ámbito natural y mi corazón se reparte entre los tipacoques. No tengo que fingir lo que no siento, ni qué hacer lo que no me gusta, ni qué mentir para salir del paso, ni qué interesarme en lo que no me importa. Soy yo mismo y eso me basta. Un yo lleno de afectos naturales y de ideas que me brotan en el cerebro sencillamente, por efecto del sol y el viento, de este viento campesino cargado de gérmenes y semillas que con un perfecto desinterés las va regando sin fijarse dónde, hasta en el cuenco de mis manos. En la ciudad no

soy yo mismo, y a todos los tipacoques cuando están fuera de aquí les pasa lo que a mí me pasa. El “Polillo” no es más que un uniforme de botones dorados parado ante la puerta del Banco de la República, pero no el hijo de Ezequiel, y el ahijado de Santos, y ese tipo imponente que para los molineros de Soatá es un tipacoque cuando llega al mercado con una pélnilla al cinto golpeándole las corvas. Y Nicanor, en Barbosa, después de haber sido en Tipacoque el cuñado de Benedo, y el maestro que tenía cuatro cabras paridas en el monte, dos turnos de agua pericana para regar su siembra y dos días de molienda en el trapiche viejo, se había convertido en ese ser triste, anodino y sin historia, que es un extranjero.

¿No es ese mi caso cuando en la ciudad tengo que conformarme a la imagen que de mí se han formado mis interlocutores, pues para unos no soy sino el adversario político de quien se debe desconfiar, para otros el olvidado amigo de infancia que tenía horror por la aritmética y para todos un escritor que, por no haber querido graduarse de alguna cosa, no ha podido ser nada? Y este deseo de ser yo mismo sin necesidad de martirizar mi espíritu y mis pensamientos para conformarme a la imagen que los otros tienen de mí, se confunde con mi nostalgia de Tipacoque puesto que sólo aquí, entre estos riscos y entre estas gentes, soy a mi imagen y semejanza y para acabarlo de ser me dejo crecer la barba.

¡Es tan tremenda la nostalgia que me asalta a veces en la ciudad, que soy feliz cuando llega a mi casa Germán Rubiano que ha venido a comprar vituallas para su tienda, o don Bauta que viene a colocar un nieto en la escuela, donde le ha salido una beca! Vuelvo a encontrarme a mí mismo cuando converso con ellos, y siento un gozo indecible cuando en la aspereza de sus manos callosas me parece estar palpando mi propia tierra, y en el olor de su ropa descubro la fragancia del humo que curte la paja de los ranchos y ennegrece las piedras del fogón.

—¿Qué hay por allá?, les pregunto.

—Cuasi naitica, sumercé. Que no quiere llover y s’están perdiendo los colinos del tabaco. La semana pasada se nubaron los cerros y comenzó a goteriar, pero sopló viento toda la noche y se llevó el agua.

Y la imagen de Tipacoque es una racha de viento campesino que borra el recuerdo de París que estaba rumiando cuando llegó a mi casa el maestro

Nicanor a pedirme una carta para que reciban en el hospital a su cuñado Bendo. Su conversación, por otra parte, me hizo parecer flojo y desabrido a Montaigne cuando apenas se fue Nicanor quise continuar su lectura.

OceanofPDF.com

COSAS DE MI COMADRE

“Los de sombrero de ramo
no sirven pa enamorar;
a toda ley, los de jipa:
esos sí a medio mirar”.

(Cantas Boyacenses)

NO HAY como dejarse arrastrar por el flujo y reflujo de la retórica, para equivocarse de medio a medio: de donde se desprende mi odio natural, invencible, por la oratoria y la falsa literatura. Porque releendo ahora, mientras que mi mujer teje sentada en su silla del corredor, y yo echado en la hamaca la miro tejer: releendo lo que escribí el otro día sobre mis amigos pobres comprendí que la cosa no es por ahí, como dice Juan de la Cruz Hernández cuando yo me equivoco en alguna apreciación sobre el tiempo o sobre los sentimientos de los tipacoques.

Quiero decir que la fortuna que he acumulado en imágenes, en recuerdos, en experiencias, también es pobreza y no riqueza verdadera. Yo todavía me aferro con dientes y uñas, como un gato, a mis recuerdos, a mis imágenes, a mis experiencias, a mis ilusiones. Me apego a una pedrería falsa, y cuando falto de caridad que es la suprema comprensión del espíritu, me río de los afanes de los ricos porque son más pobres que yo, no caigo en la cuenta de que en presencia de mi comadre Santos soy tan pobre como ellos.

Ayer mismo le decía: ¿Por qué nunca ha querido comprar su pedacito de tierra en Tipacoque, como todos, comadre?

—Eso pa qué, mi amo. Cualquier día de estos me largo al otro toldo, y santas pascuas. Lo que compre aquí, no he de cargarlo con yo.

—¿Y ese apego que siente por los ahijados, comadre?

—Porque toca, mi amo. Pero yo no los guardo como cosa propia. Llegan y se van como los chulos y los abejorros, y como lo sé, no me aflijo por eso. Si no le tengo ley a la tierra, mucho menos podría amarrarme a las personas. Ora lo verá sumercé: cuando ya taba pa morir mi patrón Antonio, se echaba allá en el chinchorro del corredor de lajas a conversar con yo de estas cosas. No consentía que me le apartara un momento, y yo mesma tenía que hacerle los alimentos. Y cuando al caer el sol, de medio día p'abajo, entraban los peones que andaban tamoteando en el monte, y los que taban de molienda en la vega, y los que reparaban la toma en el Palmar, y los tabaqueros, me decía a medida que iban pasando por la puerta grande que lleva a los corrales: “¿Este Pimiento también es tu ahijao?” Sí, mi amo, “¿Y Jesús?” Como sumercé lo dice. “¿Y Marcos?” También, mi amo. “Antós, eso decía, antós ¿cuántos ahijaos tenés en este mundo?” Cuento sumercé y lo verá... Y él se ponía a contar y yo le iba diciendo éste sí, y éste tamién, y éste es de los mismos, y el otro, y el de más allá, y el de acullá, y llegó a contar un día hasta mil cuatrocientos.

Ser padrino de bautismo en Tipacoque, como creo haberlo dicho alguna vez, es cosa muy trabajosa; y si la madrina es Santos, entonces el madrinazgo se convierte en algo tan extraordinario y conmovedor que pocas veces la caridad de Cristo y el amor al prójimo pueden resplandecer tan limpiamente en este mundo. Lo digo sin exagerar una línea, aunque con mucho orgullo y vanidad, porque yo siempre he sostenido que Tipacoque es lo mejor del mundo, y como se va viendo, es lo mejor del mundo hasta en la caridad.

Mi comadre ha criado en su casa a centenares de esos mil cuatrocientos tipacoques de quienes ha sido madrina. Ha sacado a las criaturas de la pila, y sin ruido ni ostentación, con la generosidad de una reina, se las ha llevado a su rancho, las ha alimentado y vestido, las ha educado, las ha orientado en la vida, las ha empujado al trabajo y al matrimonio, todo eso porque sí, porque toca.

—¿Y después, Santicos?

—Endespúes se largan cuando ya tan mocitos. De vez en cuando me los topo en el camino, y me dicen poniéndome las manos: “¡Dios la lleve, madrina!”.

En Tipacoque sucede que todos son hijos de Dios y al mismo tiempo ahijados de mi comadre Santos. Por eso no me extrañaría que resultara cualquier día mi comadre haciendo milagros, y Dios sabe que no digo blasfemias porque si Su caridad resplandece en los buenos, también El obra cosas extraordinarias en los santos. Porque una vez, recuerdo, cuando recién muerta mi abuela llevaron de mayordomo a Tipacoque a un antioqueño que comenzó a tratar a los campesinos con el criterio de un sobrestante de fábrica, ellos, enfurecidos, rodearon una noche la casa y comenzaron a atacarla con tacos de dinamita. Se iban acercando por grupos, mejor diría en manadas, como bestias feroces. Escalaron las barandas, rompieron las puertas a machetazos y preguntaban a grandes voces por el señor Ramírez, que se había escondido con su familia en el escritorio, temblando de miedo. Cuando allí llegaron los tipacoques, encontraron a mi comadre Santos parada al pie de la puerta, con los brazos en cruz. “Pa que dentren aquí, tienen que pasar por sobre mi cadáver”, les dijo. Y todos, aun los más bravos y testarudos, agacharon la cabeza y se fueron tranquilos y avergonzados a sus ranchos.

—¡Si son como pa libro las cosas de misiá Santos!, me dice Jesús Monsalve, que la conoció mocita. ¡Pregúntele mi amo qué le pasó con los dientes, pa que se entere!

—¿Qué cómo jué que se me cayeron los dientes, pregunta sumercé?

—¿Pero se le cayeron todos, comadre?

—Toiticos, d’iun solo golpe. ¡Atisbe, mi amo! Eso no quedó nenguno en la caj’e la boca. Y jué que hace tantísimos años andaba yo pagando mi opligación aquí en la casa de la hacienda, en la cocinanza de los peones. Y sería porque me salí acalorada al aire, que es muy traicionero, o de chupar caña porque yo era muy golosa de mocita, me apretó un dolorón de muelas que ¡Ave María Purísima!, no se me quitaba con hojas de chisgua amarradas con un pañuelo a la cara, ni con buches de agua de brevo, ni con nada. La cara se me puso asina, hasta el pescuezo, como una postema que parecía que me había güelto cotuda. Entonces me cobijé un día la mantilla y

sin decirle a naide cogí camino monte abajo, por el camino viejo. Había prometido ir a pagarle una Salve a Nuestra Señora de Tequia, que es muy milagrosa y se veneraba en aquel tiempo en un pueblito que ya no existe, porque el señor cura Miranda cargó con la Virgen y con el pueblo pa levantarlo más abajo, en una loma onde hoy tá. Llegué a la nohecita, endespues d' echar pata tu' el día de Tipacoque a Capitanejo, y de Capitanejo a Enciso, y del plano de Enciso a Tequia, y con el sol y la caminadora ya no podía más del dolor de muelas. Endespues de rezarle un güen rato a Nuestra Señora, y de pagar la Salve en la sacristía, me senté en el atrio de la iglesia con la cabeza entre las manos. Me agarraban unas picadas que me quitaban el resuello. De pronto me cogió una palpitadera que parecía que se m'iban a partir las carracas. A veces sudaba jrío y otras sentía que mi'hogaba... Jué cuando se me acercó pasito un gozquecito negro, batiendo la cola, y cuando tuvo cerca a yo levantó la pata. Yo vide como una iluminación, y prestico le puse la tutuma que llevaba pa coger agua por el camino, y el perrito se mió encima de ella. Luego eché entre la tutuma un jrasco de lilimento que mi'había dao mi amo Antonio pa un dolor de güesos que tamién tenía, regolví con un palito la tutuma y endespues cogí un gran buche, lo batí en la boca de lao a lao, y ¡suás... escupí toítos los dientes y muelas, sin que quedara una sola. Cuando golvi al otro día a la casa de Tipacoque, ya güeña y contenta, con las encías sanitas y duras como el hocico de una cabra, el Dionisio que taba pilando máiz en un harnero áhi en el corredor, me atisbo por debajo del jipa como riyéndose, y me dijo:

—Mana Santos, ¿se casa con yo?

—Pago, le contesté. Y nos casamos el domingo siguiente en Soatá, por Pascua Jlorida... Queso tamién jué cosa de Nuestra Señora de Tequia.

Yo no soy capaz de libertarme de mis recuerdos, mis imágenes, mis ilusiones, mis pensamientos, todo eso que constituye mi fortuna; por lo cual, frente a la caridad millonaria de Santos continuó siendo un pobre diablo. Convencido de que ella tiene “brazo fuerte” con la Justicia Divina, la hice madrina de mi hijo Antonio el día en que se lo presentamos a la patrona de Tipacoque, que es Santa Rita, sólo por el orgullo de decirle

comadre. Porque se me figura que ser compadre de Santicos en esta época es como haberlo sido en otros tiempos, de Santa Isabel de Hungría: porque estoy convencido de que a las dos los pobres panes de este mundo en el Cielo se les convierten en rosas.

OceanofPDF.com

LOS ROJAS MURIERON DE MUERTE NATURAL

CUANDO venía por el camino del cementerio, vi que por la cuchilla del Palmar bajaban en fila india cuatro vivientes. Se veía de lejos que estaban vestidos con ropas domingueras, pues las camisas recién lavadas brillaban al sol y los pañuelos de “rabuegallo” revoloteaban alegremente, anudados al cuello. Ignacio el llavero, que tiene ojos de gallinazo, me dijo:

—Esos son los Rojas del Palmar, que bajan a mercar yuca a la casa...

Cuando pasamos por la tienda de Germán Rubiano, los portales de lado y lado del camino, y el callejón de la cuadra, estaban llenos de gente como suele ocurrir todos los domingos y días de fiesta. Algunas comadres habían establecido puestos de frutas y tomates, en el suelo, y de Capitanejo habían subido unos cotudos con chorotes de barro y alpargates santandereanos, que son mercancías muy apreciadas en Tipacoque. Don Rubiano, que por ser regidor tenía permiso del alcalde de Soatá para sacrificar reses en la hacienda, estaba arremangado, con el delantal blanco salpicado de sangre y el “panza de burro” echado hacia la nuca para no estorbarle la frente.

Hacía mucho calor, como en vísperas de tormenta. Las moscas, las avispas, los abejorros, los tábanos, zumbaban sobre los fondos de aguamiel que batía una mujercita a la sombra de unas hojas de plátano. Las madrecitas, arrebuajadas en el manto negro de los domingos, acurrucadas en el suelo, daban de mamar a sus criaturas. Se veían corrillos de paramunos vestidos de manta gris, con ruanas de lana cruda de oveja. Y corrillos de calentanos de la vega del Chicamocha, que andan en camisa, con los pantalones arremangados hasta las corvas y pañuelos rojos o amarillos

anudados al cuello. Algunos lucían el carriel de cuero de vaca terciado sobre un cuadril, y todos llevaban la peinilla al cinto, entre su funda de cuero.

Chulos que voltean lentamente en el cielo azul atalayando un mortecino; perros calungos con un collar de limones al pescuezo, para que no les dé peste; alboroto de gallinas, chillidos de puercos, rasguear interminable de un tiple en alguna parte: todo eso y algo más iba yo viendo cuando regresaba a la casa.

Al pasar saludaba a los tipacoques. Los viejos, como los Pimientos del páramo, o los Hernández del Palmar, o los Avilas de la vega, me decían a la antigua: “Güeñas tardes, sumercé”. Los mocetones de la generación del automóvil, que ya trocaron la manta de Samacá por el dril de Fabricato, el jipa pastuso por la corroasca mexicana y las quimbas de Santander por las botas de La Corona, me decían con más desparpajo: “Güeñas, dotor”. Y mis viejas amigas las pordioseras —Carmen, la máma de Remigia; Angelita con su mantilla verdinegra, y Aparicia con sus enaguas coloradas— me saludaban cariñosamente, con los ojos encendidos por la ilusión de una limosna: “Dios bendiga a mi patrón y le conserve su saló muchos años”.

Ignacio que es calentano y arrastra las palabras por pura pereza, me seguía como un perro. Al fin me dijo:

—Los Cetinas, que taban sentaos a las puertas de la tienda de don Rubiano, como que tan empolvaos... Y lo malo es que ya bajan los Rojas por el rancho de misiá Dolores, que yo los vide...

—¿De veras?

—Y es que a yo se me pone que va a haber vaina.

No le hice caso. Entré a la casa por la puerta grande de los corrales, a tiempo que Antonio Avila estaba desenjalmando su mula. En el corredor de lajas me puse a conversar con Roso y con Abel Pimiento, el nieto de don Resuro, que se la pasa toda la semana en el bosque cortando leña y sólo baja de tarde en tarde a la casa. Roso, el sobrestante de los peones, es barbado, achaparrado, hirsuto, viejo, con una cara de pocos amigos debajo de un jipa de copa alta, y Abel es alto, espigado, joven y fuerte, y además rubio, con el sombrero alón echado hacia atrás y un gran pañuelo colorado amarrado al cuello.

Luego de hablar con ellos sobre la toma, y el monte, y los colinos de tabaco, y las plagas de los naranjos, me tiré en la hamaca del corredor grande y no tardaron en rodearme Siervo Joya, Ezequiel Rojas, Juan de la Cruz Hernández, Agapito Pérez el viejo y Dionisio, el marido de mi comadre Santos, que tenía licencia de venir a saludarme para traerme una pollita que cacareaba debajo de la ruana.

(Si hago una relación tan despaciosa y detallada, es porque el señor juez de instrucción, que me la pidió luego por escrito para que figurara en autos, detesta la síntesis y se perece por los “otrosí”, los “sin embargo”, los “sin contar con que”, los “además”... y otros resabios del oficio).

La audiencia dominical que yo daba a los tipacoques, hasta quedar rendido, se celebraba como de costumbre. A las barandas se encaramaban los chicos, que nos miraban embobados conversar a los mayores. Entre estos los había que tenían un alpargate puesto en el suelo y el otro apoyado en la pared; otros permanecían en cuclillas y otros formaban corro en torno de la hamaca, y terminaban echados encima de mí, sobando los lazos que la mantienen en vilo. Podían permanecer horas enteras sin encontrar la coyuntura de despedirse, y los más tímidos se me quedaban mirando largo tiempo, y cuando yo los sorprendía en esa actitud estática se reían bajando los ojos.

Pasaron, con la azada al hombro, los peones que estaban de turno en el trapiche de los comuneros; más tarde las cabras camino de los corrales, arreadas por Cabrencio; después las campanas de la capilla comenzaron a llamar a los peones para la comida; y el último rayo de sol maduraba a lo lejos, al otro lado del cañón, un trigal que hacía unas horas estaba todavía verde.

En este momento se oyeron gritos del lado de la tienda de don Rubiano, y entró corriendo uno de los muchachos de la escuela.

—Pu’ay dicen que se colaron los molineros, que ya se divisan en la regüelta de Juan López, y otros quisque vienen por el camino viejo, detrás de la mina.

¡Ora sí!, gritaron todos, y muchos de ellos desenfundaron la peinilla y se escupieron la mano antes de agarrarla por el mango.

—¡Conque son esos indinos!, gritó Antonio Avila. Corré vos, Inacio, a campaniar pa llamar a los de la vega; y vos, Pedrito, andá a pitiar en el cacho pa que acudan los parameros.

Y en un dos por tres se desplegaron todos en línea de batalla, y Marquitos acudió con el bombo a las costillas para echar un redoble. Pero aquellos aprestos pasaron pronto, porque no tardó en llegar Rita, la mujer de Germán Rubiano, haciendo aspavientos, para decirnos:

—Que se tan matando en la tienda los Rojas con los Cetinas...

—¡Esa es otra cosa!, exclamó Antonio Avila. ¡Y con la gana que yo les tengo a los molineros!

—¿No le dije a sumercé qu'iba a haber vaina?, me dijo Ignacio.

—¡Ave María Purísima!, exclamó don Bauta, que se había quitado las quimbas para quedar más expedito en la lucha con los molineros. Luego salió en carrera seguido por Antonio Avila, los Pimientos, los Fuentes, los Hernández, y la gente más respetable de Tipacoque. Operaron con tal eficacia a las órdenes de don Rubiano, el regidor, que cuando yo salía para la tienda a ver qué pasaba, bajaban por el callejón los Cetinas y los Rojas: tres de ellos heridos a machete, con el rostro y la camisa manchados de sangre, y los otros cuatro participantes en la reyerta traían las manos atadas con un rejo. Germán Rubiano, el regidor, tiraba de ellos como si fueran mulas a las que se lleva de cabestro. A dos de los heridos, que se quejaban continuamente, hubo tiempo de hacerles la primera cura mientras llegaban los guardias del alcalde de Soatá a quienes habíamos solicitado por teléfono. El otro herido, con la cabeza abierta en dos por un feroz machetazo, estaba agonizando. Tenía los ojos en blanco, y ya ni se quejaba...

Se fueron todos en el camión de la mina, los unos para la cárcel mientras les salía juicio y sentencia en el Tribunal de Santa Rosa de Viterbo, y los otros al hospital, a que las hermanitas les remendaran el rostro. Yo me quedé abrumado de pena y de espanto. Los tipacoques, alborotados por lo tremendo y súbito del caso, lo comentaban en corro, en el corredor, y continuamente llegaba alguien a contarme nuevos detalles de la reyerta, porque Germán Rubiano había cerrado la tienda para evitar nuevos disturbios y todos sus parroquianos llegaron a la casa.

—Los Rojas se la tenían velada a los Cetinas, dijo alguien.

—¿Por qué?

—Desde hace años, patrón. Ultimamente se amenazaban de palabra y de obra cuando se veían. Como tenían jincas vecinas, se corrían de noche las cercas, y las mujeres se insultaban por cualquier cosa.

—Pa mí que los Rojas tenían razón, porque mire sumercé que los Cetinas son muy pinchaos y andan diciendo que los Rojas son unos piojosos y unos limosneros...

—Pa mí que los Cetinas, compadre; porque hay que ver que los Rojas...

—No jaltaba más: los Cetinas...

—Ora sí, cómo dice vusté, compadre, semejante cosa. Se ta olvidando que los Rojas...

Y la discusión llevaba trazas de no terminar nunca, y agriarse peligrosamente, si Antonio Avila que goza de universal prestigio en Tipacoque porque fue el peón de estribo de mi tío Antonio y es además hombre de tierras y multitud de ahijados, no dijese de pronto:

—Pa Dios, y que sumercé me perdone, quenes tienen razón son los Cetinas... Porque los Rojas, como le consta a mi compadre Evangelista aquí presente, y a mano Jesús que no es un lengüilargo..., los Rojas les robaron el agua a los Cetinas.

—Esa es la pura verdá, mi amo, dijo Jesús.

—Mesmamente como mi compadre Antonio Avila lo dice, sentenció Evangelista.

—¡Conque asina jué!, exclamaron los escépticos.

—Les robaron el turno la primera vez, explicó Antonio Avila, y eso quenquera lo hace y lo sufre... Pero endespués se la golvieron a robar, y otra vez, y otra, y otra, hasta que les acabaron la pacencia...

Andábamos en eso, cuando Santos Pérez vino a decirme:

—Acaba de telefonear el alcalde para informar que Avelino Rojas no llegó vivo a Soatá, porque se murió por el camino...

—¿No se lo dije?, exclamó Ignacio el llavero. Eso les pasa a ciertos endividuos por robarse Tagua: que cualquier día, ¡suás!, se mueren de muerte natural.

—¡Si la vaina hubiera sido con los molineros!, dijo don Bauta, escupiendo en el suelo y refregando aquello rabiosamente con el alpargate
Y todos quedamos silenciosos.

OceanofPDF.com

LA QUEBRADA DE LOS MICOS

“Cuando escuchu al arroyito
que pasa por mi labranza, me pregunto qué será:
si es que llora gues que canta...

(Cantas Boyacenses)

OIGA USTED Míster Mac Ausland, lo que mi padre solía decir: “Tipacoque tiene senos y senos, como un fara”. Le advierto que éstos que crecen en los zarzos de la casa son tan grandes como gatos, y de noche Camilo y otros muchachos los suelen cazar con escopeta, a la luz de la luna, cuando andan en la huerta devorando zapotes y mangos.

Se refería mi padre, Míster Mac Ausland, a la naturaleza agria de la región del Chicamocha, que ofrece en rápida sucesión lomas peladas y hondonadas muy fértiles, desde las montañas de Onzaga cubiertas de robles, cedros, morales, nogales y cominos, hasta las vegas del Chicamocha plantadas de palmeras de dátil y naranjos dulces. Decía también mi padre, refiriéndose a las guerrillas que mis tíos y mis abuelos levantaron en estas montañas en el 48, y el 60, y el 85, y el 95 y el 900 del siglo pasado: “Aquí puede mantenerse un ejército sitiado sin padecer fatigas. Sólo faltaría la sal, pues lo demás se encuentra: caña de azúcar para hacer panela, maíz para la mazamorra, trigo para el pan, tabaco para los cigarros, coca para adormecer los dolores; frutas, yerbas y verduras propias de todos los climas; café en las huertas de la casa, potreros de ceiba, sembrados de papa, peñas para las cabras, iguanas en las rocas, madera en la montaña y hasta tres o cuatro ojos de plomo para la fundición de balas. De brazos no hay ni que hablar, pues al

toque de un cuerno se reúnen en el patio de la casa hasta dos mil tipacoques, muy aguerridos, dispuestos a librar cualquier combate”.

Eso era antes, le digo a usted, en tiempos de mi padre y de mi abuela. Vinieron luego las ventas y las parcelaciones, pero a Dios gracias la tierra quedó en manos de los antiguos arrendatarios y a mí sólo me resta un jirón, un retal, un harapo, del cual tiran por igual los bancos y los pleitos porque no hay tierra en Boyacá que no los goce o los padezca.

—¿De veras?, preguntó Mr. Mac Ausland.

—Verá usted: los pleitos nacen con la tierra, por lo cual no hay campesino que se estime que no los tenga. Para ellos no hay mayor placer en el mundo que ganar una instancia, ni angustia tan deliciosa como la de esperar la promulgación de una sentencia o ver que van corriendo unos términos y no aparece prueba contraria.

—¿Por qué no vende lo que le queda en Tipacoque? ¿Por qué no compra cédulas?

—¿Cédulas, dice usted?

—Cédulas bancarias, o acciones de compañías anónimas, o títulos de deuda pública, o pólizas de seguros, o simplemente dólares...

—Porque yo no amo el dinero sino la propiedad, y la propiedad es la tierra. Vender esta orilla que tengo en Tipacoque desde hace siglos sería para mí tan cuesta arriba como venderle mi alma al diablo.

Mr. Mac Ausland, que medía más de dos metros de estatura por lo cual todas las camas y las bestias le quedaban cortas, estiró las piernas a lo ancho del corredor, apuró de un sorbo su trago de whisky y se dispuso a oírme. El gobierno lo había mandado como técnico en aguas para que me oyera.

—Aquí lo que vale dinero no es la tierra, sino el agua. El agua es la gracia santificante de la tierra, la levadura sin la cual la masa del pan no crece ni se esponja, porque sin riego un día de arada vale cinco o diez pesos en los peladeros de Ovachía y Bavatá, donde no llueve nunca, pero regada llegaría a valer dos mil pesos...

—Lo comprendo muy bien.

—Regada con una gota de agua esta tierra produce un corte de caña cada catorce meses, dulce y tierna como la miel de abejas; o si usted lo

prefiere, dos cosechas de tabaco de fragancia tan grata y deliciosa como un sahumerio. ¿Ha visto las mazorcas de maíz, de grano tan grueso y parejo que no lo halla mejor en otra parte? ¿Y el trigo del páramo, y las naranjas de la vega, y el café de la huerta, y el tomate?

—Volvamos al riego...

—El agua es, como le venía diciendo, la bendición de estas tierras. Sin ella, no valen nada. Llamamos aquí fanegada regada la que recibe cada diecisiete días una teja de agua, que es la que escurre por una teja española durante ocho horas continuas...

—¿Cuánta agua deja pasar la teja?

—De dos a tres litros por segundo. Proviene de la quebrada de Tipacoque que baja de la montaña, y en los veranos casi desaparece sorbida por los canales de riego. Hay además dos o tres vertientes que se recogen en estanques y se reparten en acequias, por turnos. Los campesinos la celan y persiguen como si fuera una muchacha.

—¿Y no sería posible aumentarla?

—Para eso lo traje a usted a Tipacoque. Si se horada un túnel en esta montaña que usted ve a su mano derecha, y se tuerce el curso de la quebrada de los Micos que corre del páramo de Tipacoque por la vertiente opuesta a la del río Chicamocha, tendríamos agua de vicio y de sobra. Habría agua entonces para regar esas colinas sedientas de Bavatá, que usted ve a su mano izquierda, y las broncas laderas de la Carrera y el Palmar, que están detrás de nosotros...

—¿Y por qué no se ha hecho ese túnel?

—¡Ah! ¡Si yo le contara a usted mis luchas y mis trabajos! Sepa usted que este proyecto ya fue estudiado por un sabio alemán que estuvo en Colombia hace treinta años y que trajo mi padre a Tipacoque para mostrarle estas montañas. Muchos años después, por recomendación del ministerio de agricultura constituí una cooperativa de riego formada por trescientos cincuenta campesinos, que pagaron cuotas proporcionadas a su tierra para costear los estudios que hicieron un geólogo, un ingeniero hidráulico, un dibujante de planos, un proyectista, un agrónomo y finalmente un técnico como usted, míster Mac Ausland. Llevo tres años en estos trabajos técnicos. He traído a esta casa cinco comisiones oficiales. He hablado con siete

ministros diferentes, que se han sucedido en el mismo cargo. He hecho gestiones en los bancos y ante los senadores, para interesarlos en mi proyecto... Les he dicho que la tierra ya no da más y que las nuevas generaciones de tipacoques no podrán permanecer aquí en su propia tierra, porque ya no hay agua para regarla. Denos usted agua y convertiremos esta región en un emporio agrícola. Sepa usted que no la pedimos de regalo, porque la cooperativa de Tipacoque se compromete a amortizar en veinte años el dinero que se le preste para ejecutar esos trabajos. Yo he llevado este convencimiento a los campesinos de mi cooperativa, y con un abogado que traje para organizarla y constituirla, permanecemos dos meses en este corredor donde ahora estamos, explicando a uno por uno de los campesinos, pacientemente, lo que significa cooperarse y lo que sería esta tierra cuando le llegue el agua... Si usted conoce la mentalidad de estas gentes, para quienes el dinero vale en realidad lo que pesa, se dará cuenta del esfuerzo realizado cuando le diga que ese cerro de papeles que tengo sobre la mesa nos ha costado más de quince mil pesos... Mucha gente le dirá a usted, míster Mac Ausland: yo soy ministro, o senador, o embajador, o alcalde, y se hincha de vanidad. Yo le digo a usted, en cambio, que soy el gerente de la cooperativa de Tipacoque y se me llena la boca de agua... ¿Me comprende usted, ahora, míster Mac Ausland?

—Lo comprendo.

—¿Quiere repetir su whisky?

—Sí quiero.

—¿Con agua?

—Ni el whisky se puede tomar sin ella...

P. S.— Aquella vez Mr. Mac Ausland permaneció varios días en la montaña de Tipacoque, estudiando sobre el terreno mi proyecto de túnel en la quebrada de los Micos, y cuando volvió a la casa acompañado por los Pimientos y quemado el rostro por el viento del páramo, me dijo cosas extraordinarias que luego escribió en inglés para el ministerio de agricultura. Decía que el sistema de riego empleado por los tipacoques es tan perfecto que sólo entre los incas del Perú pudiera verse cosa semejante,

y aun los hijos del sol tendrían que aprender de los ahijados de mi comadre Santos. Pero todo fue en balde. Todavía podía luchar yo cuando cambiaban los ministros y tenía que enterarlos punto por punto de mi proyecto, y ellos enviaban comisiones a que revisaran mis planos y mis papeles; pero cambió el Jefe del Estado y con él la orientación y el personal de las oficinas públicas, y yo me quedé en el aire. Haciendo el último esfuerzo me presenté con uno de los ingenieros y proyectistas que había llevado a Tipacoque, donde el señor Presidente de la República que estaba recién posesionado de su cargo y hablaba mucho de irrigaciones, de ayudar a los campesinos y de agricultura. “No eran sino vérfulas”, me decía más tarde el doctor Mojica. Le hablé al Presidente de mi proyecto, y le enseñé mis planos, le leí el informe de Mr. Mac Ausland, y el Presidente me escuchó como si no me oyera. Cuando terminé de hablar, con la boca seca por la emoción que me embargaba, se limitó a decirme: “Por ahora tenemos otros proyectos de irrigación más importantes...”. Yo no quise decir nada más. Comprendí que todas mis ilusiones se desvanecían de golpe y empecé a pensar en si tendría valor para volver a Tipacoque a enfrentarme con mis amigos de la cooperativa: con los paramunos que habían ofrecido espontáneamente trabajar sin jornal en el túnel; con los palmeranos que vienen clamando por una “sed de agua”; con los carreranos y los bavateños, que cuando miran sus tierras resacas por el verano se les saltan las lágrimas como si las quisieran regar con ellas. El Presidente me dijo aquella vez: “¿Por qué no se va a España, más bien?”.

Comprendí entonces que mi proyecto estaba desahuciado, y sin pensarlo dos veces me fui a España sin volver a Tipacoque porque sentí que las fuerzas me abandonarían cuando Marcos Lizarazo o Siervo Joya, que tiene un “volcán” en Bavatá, me dijeran:

—¿Sumercé trujo el agua?

Porque para ellos yo tenía un poder como si me la pudiera sacar de entre el bolsillo, y no en balde, ante ellos, había empeñado mi palabra.

LA TENTACIÓN DE BAVATÁ

ME GUSTA a veces ir hasta Bavatá en el camión de la mina que acarrea arena y piedras para la alberca. Mientras el maestro Nicanor, y Enrique Acosta que es albañil, y Marcos el peón que bate la mezcla, se ponen a picar terrones y a cernerlos en un harnero, yo me tiro en una laja a fumar y a soñar...

—Vea mi amo, me dice Marcos, que le pueden salir almorranas por sentarse en piedra caliente...

Bavatá es una tierra calva y escarpada, con rinconadas desiertas y grandes desfiladeros que ruedan en pedregosas cascadas sobre el Chicamocha. Es una tierra de nadie, porque ningún tipacoque quiso comprar parcela en ese pizarral que no produce sino cardos. Desde el corredor de la casa se columbra el espinazo de la serranía, entre roja y amarillenta, como los lomos de una bestia de carga. Cuando se pasa por la carreta, entre Tipacoque y el puente sobre el río Chicamocha, se ve primero el rancho de la mamá-señora de Dominguito Rojas, luego la boca de la mina de plomo, después un aprisco de piedras rústicas y finalmente, de bruces sobre el abismo, un tambo de tabaco que recoge la cosecha de Siervo Joya cuando cae agua del cielo, que es muy raras veces.

En aquel callo de los Andes muchos trabajadores de la carretera del Norte rodaron al abismo, cuando colgados de un lazo abrían troneras para colocar tacos de dinamita, y por eso el camino está salpicado de cruces que recuerdan aquellas tragedias anónimas. No hay más alivio para los ojos, cuando se mira hacia lo alto de la carretera, que algún espino verdinegro

que logró crecer entre las grietas de las pizarras y que se adorna a veces con una mecha de lana arrancada a las ovejas que se aventuran por allí. En las piedras los lagartos toman el sol, que es muy bravo, y cuando el silencio no ha sido barrido por el viento, que levanta grandes polvaredas, se puede oír el cascabeleo de alguna serpiente que se desliza por la peña.

Al asomarse al abismo, quien tenga ánimo para hacerlo, se ve en el fondo el río que corre muy encajonado por la vega, entre cañaverales y naranjos silvestres. Luego la vega se ensancha y forma en el puente de la Palmera un golfo de verdura punteado de trapillos, matarratones, cocoteros y palmeras de dátíl. Más lejos, contra las peñas grises del río Servitá, se destaca en altorrelieve la torre blanca de la iglesita de Capitanejo. Todo eso es muy lindo de mirar, y yo jamás me canso de admirarlo.

Ya dije que en Bavatá no vive nadie, porque tanto el rancho de la mamá-señora como el de Siervo Joya (el uno mirando hacia las laderas de Tipacoque y el otro como si hubiera rodado hasta el río, donde lo hubiera atajado una piedra) son dos balsas de náufragos en esas soledades. Sin embargo, en tiempo de lluvias hay tipacoques de mucho coraje que aprovechan las planadas y rinconeras de Bavatá para sembrar tabaco, y es que hasta las piedras florecen con el agua. El día en que los arcaduces del riego puedan llegar hasta aquí para abreviar estas peñas, resucitaría ese Lázaro de pizarra que es Bavatá; pero por ahora, está muerto.

El valle se ensancha a lo lejos bañado por el sol, y se abre a mis ojos en abanico como una tierra prometida que me hiciera guiños con el ojo de la torre de Capitanejo. A mi imaginación afloran estratos antiquísimos de mi conciencia, porque yo estoy convencido de que la imaginación creadora no es sino una memoria universal del hombre que sobreagua a veces en el torrente individual de su sangre. Me sacude la angustia de recuerdos sumergidos en el fondo de las edades, cuando estas peñas, al ser embestidas y calcinadas por un sol más joven, brotaban dioses y quimeras. Saltaría Pan como una cabra por entre estas soledades, y a la sombra de las palmeras, en el remanso que forman las aguas del Guacamayas al desembocar en el Chicamocha, se bañarían las ninfas que hoy los choferes que bajan con papa del Cocuy confunden con lavanderas que golpean la ropa blanca en las piedras del río... Ahora escucho el grito de angustia que lanza un ermitaño

para ahuyentar al demonio que lo tienta con la visión del vallé donde los dátiles son dulces, las mujeres suaves y el agua que baja cantando del nevado de Chita es muy fresca para saciar la sed. Pero el asceta que aguanta con los brazos en cruz la tentación del viento que le agita las barbas y los harapos, al mirarlo una segunda vez, con más fijeza, se me convierte en un pastor de cabras. Una sombra gira despacio, en redondo a la piedra donde estoy sentado...

.....

—¡Le van a salir almorranas a su mercó!, me dice Marcos, que sigue cerniendo arena allá lejos.

.....

Al levantar los ojos, veo en ese lago invertido y profundo que es el cielo de Tipacoque un gallinazo que atalaya el horizonte, como el águila de Zarathustra y a mi lado se desliza una culebra cascabel. Volar y avasallar el valle como el águila que vista con más calma resultó ser un gallinazo, o callar y descender al valle sin hacer ruido, como la serpiente, ¿qué debo hacer? Porque desde hace siglos el hombre duda y vacila entre su soledad y el estruendo de la vida urbana que hierve allá abajo, en las tiendas y los bazares del valle, y tintinea en las ajorcas de las mujeres que bailan a la sombra de las palmeras de dátil...

.....

—A yo no me gustan las mujeres de Capitanejo, me decía Enrique Acosta cuando veníamos en el camión, porque son cotudas.

.....

Desde los tiempos más remotos, pasando por las arenas del desierto que hollaron las plantas de Moisés, los cascos de los centauros y los pies de Cristo, hasta mí, el hombre vacila entre Bavatá y Capitanejo, entre el yermo y el valle, entre la soledad y la compañía del oasis, entre el silencio sólo turbado por la voz recia de la muerte y el dulce canto de la gloria, del poder, del amor, que susurra como la brisa en la fronda de las palmeras. ¡Cómo se parte en dos el corazón entre la soledad y la compañía de los hombres!

¡Cómo se desdobra su espíritu entre el pensamiento de la muerte y la tentación de la vida! Para renacer en sí mismo hay que morir para los demás, y para vivir entre ellos hay que matarse a sí mismo: ese es el dilema del hombre que mira el valle desde la montaña.

.....

El sudor me escurre por las sienes y me tiene empapada la camisa. Me atormenta la sed de esa fresca sombra de las arboledas de la vega y el ansia de esa caricia fría y suave del agua del pozo donde las lavanderas golpean la ropa blanca contra las piedras del río. Pero si de^pronto una nube me ocultara la visión del valle, ¿no sería más feliz en estas peñas, sin nadie, con mis soledades? Ya casi nadie trepa a las montañas, a este Bavatá del silencio donde el hombre se encuentra solo con el espejo de su soledad, y lo ataca el soroche de las alturas, y las sienes le duelen hinchadas por el esfuerzo que hace el corazón para resistir al impulso que lo arrastra a tirarse al abismo. Él sabe que, en el fondo, no hay ángeles que lo recojan. El hombre actual, este hombre cobarde que tiene miedo de estar solo y de ser él mismo, prefiere descender al valle, ondulante y silencioso como la serpiente.

.....

—¿Nos largamos?, sumercé. Ya ta l'arena apilada en el camión y el sol ta picando muy recio...

Como era cierto, me guarecí en una mediagua a la que se acogen los cabreros mientras comienza a declinar la tarde. Encontré allí a un viviente de Bavatá, un hombrecito andrajoso que vigilaba su cabra que triscaba entre las piedras. La gritaba de vez en cuando, no se le fuera a perder de vista, y ella levantaba la barba al viento y permanecía un momento quieta, parada en el aliente de una roca, con una chamiza en el hocico.

—¿No te dan ganas de bajar al valle?, le pregunté al cabrero.

—¿A cuál valle dice sumercé?

—A las vegas..., a la Palmera... a Capitanejo.

—¡Y eso pa qué, mi amo!

—Para no vivir tan solo. Allá abajo hay trabajo en los tabacales y en los trapiches, y la tierra es buena.

—Pero es de otros, sumercé.

—¿Y no te gustaría un trabajo menos duro que el de pastorear cabras?

—No sumercé.

—¿No te da vértigo en estos desfiladeros?

—No mi amo... ¡Como yo no miro nunca p'abajo!

OceanofPDF.com

VISITAS EXTRANJERAS

“Al curita d’este pueblo
lo debemos querer todos porque salva por
parejo a liberales y a godos...”

(Cantas Boyacenses)

AHÍ tan los dotares embajadores, me dijo Marcos Lizarazo cuando subía las escaleras de la entrada cargado de maletas como una hormiga, con el jipa puesto y su mascada de coca abultándole los carrillos.

Ya todo el mundo sabía en Tipacoque, desde la víspera, que llegarían a visitarnos el Embajador de los Estados Unidos, Mr. Wiley, y su señora, quienes tenían el capricho de conocer estos entresijos de Colombia donde ellos sabían que palpita sordamente la sangre de la patria.

—¡No hablan en cristiano!, me advirtió Marcos al oído, en un comentario confidencial del que nadie debía enterarse. Luego me preguntó: ¿Y vienen acaso de muy lejos? ¿Cómo quen dice de Cúcuta?

—De más lejos, Marquitos: ¡de Nueva York!

—¡Hiju’el diablo! ¡Ave María Purísima!

Y entraron los Embajadores seguidos de una escolta de tipacoques que los miraban embelesados, como si se tratara de monstruos que acabasen de caer de la luna. El Embajador se echó de largo a largo en la hamaca del corredor, deslumbrado por el imponente paisaje que desciende en pendiente muy rápida hasta las vegas del Chicamocha y luego trepa, a salto de cabra, hasta la cuchilla nevada del Cocuy. La Embajadora, entregada al placer del

descanso después de tan largo y fatigoso viaje por la carretera central, miraba con curiosidad el ir y venir de Marcos, de Evelio, de Ignacio, de Carmen, de Lolita, con las maletas y los tendidos de las camas.

El corredor no tardó en quedarse en tinieblas, porque como Pedro Roa, el encargado de la planta, había venido también a verles las caras a los Embajadores, algún viviente del Palmar se había robado el agua de la toma dejando en seco los tubos de la Pelton. Todo se remedió cuando llegó Lolita con una lámpara de petróleo, y las polillas, las brujas, los pitos y los escarabajos comenzaron a danzar enloquecidos en el brillante cono de luz que se proyectaba en el suelo. Cuando salió la luna, horas más tarde y después de comer, mi mujer mandó por el tiple de los Pérez y se puso a cantar bambucos con su voz baja y caliente. Docenas de tipacoques rezagados que habían resuelto trasnochar, yacían acurrucados en el suelo, al pie de la hamaca donde el Embajador dormitaba, o se había encaramado a las barandas desde donde miraban embelesados a aquellos extraños visitantes que hablaban una lengua difícil. Marquitos, con cualquier pretexto, se acercó a preguntarme al oído si “era mano de mandar por los Pérez y traer el bombo”.

—¿No le molesta que hablemos delante de toda esa gente?, le pregunté al Embajador, a quien debía fastidiar la silenciosa pero tenaz presencia de los tipacoques.

—No me molesta, me respondió él por pura cortesía.

—Es que, verá usted, aquí ocurre lo mismo que en las cortes europeas: que no existe vida privada y todo se hace a la vista de los tipacoques.

Nada de esto importaba gran cosa ante el deslumbramiento que produjo en nuestros huéspedes la visión del cañón del Chicamocha, que duerme tibio y perezoso en el estuche de las vegas. No importó que, al otro día, bajara del páramo mi comadre Santos con Dionisio su marido, y ambos le tendieran la mano al Embajador pretermitiendo todas las reglas de la cortesía y el protocolo diplomático; ni que Dolores viniera con un gallo debajo del manto para obsequiárselo a la Embajadora, la cual, encantada con aquella figura exótica y hierática, se puso a pintarla en el corredor grande. A nosotros nos pasó definitivamente la preocupación de que las llaves del baño funcionaran al revés, escupiendo de vez en cuando un

chorro de barro cuando se acababa el agua de los tanques, y que el mico, que se había soltado para contribuir al barullo de la fiesta, anduviera por los tejados haciendo guiños y diabluras, con el cepillo de dientes del Embajador. Todo esto, en realidad, era tortas y pan pintado ante lo que había ocurrido la primera noche, cuando al sentarnos a comer descubrió mi mujer que Lolita, con una sonrisa de oreja a oreja, se había olvidado de cambiarse el delantal para servir a la mesa, y lo que era más grave, se empeñaba en pasarme las bandejas a mí primero que al Embajador porque en Boyacá el patrón pasa delante de ñor Raimundo y todo el mundo.

—Dejemos las cosas como están, le dije a mi mujer, y no vamos a cometer el acto de humildad de cambiar de costumbres frente a un Embajador.

Éste, en verdad, todo lo perdonó ante el goce que le producía la visión de las montañas cubiertas de verdura, con su montera de nieve en la sierra del Cocuy. Lo transportaba a otras regiones aquel aire tibio y transparente que asciende de las vegas y vibra al sol como el ala de una mosca. Además el ambiente rústico y primitivo en que vivimos, rodeados de gentes que carecen de meandros y complicaciones psicológicas, lo tenía encantado. El discurrir pausado de las horas y de los días; el macilento voltear de las yuntas uncidas a la lanza del trapiche; el olor pegajoso de la miel en los fondos, la melcocha en las gaberías y la panela en las petacas; el rumor del viento en los caneyes, que repican como campanas cuando pasa jugando entre las sargas del tabaco; el sol, que se coagula en el follaje de los naranjos de la huerta; la enrevesada conversación de los tipacoques que ya le trataban familiarmente, como si fuera otro compadre: todo eso, tan extraño para él, ¿cómo no habría de gustarle? Además, por las noches venían los Pérez con el tiple, cantaba Agapito, bailaban Soledad y don Bauta, y Manuel Ramírez se emborrachaba con “verde” de las rentas e improvisaba coplas cojitrancas en honor del “dotor embajador”. Había durante el día paseos a los trapiches, o al puente de la Palmera y al río Servitá; y se mató cabrito, iguana y tinajo en la cocina, sin contar un pavo y otros volátiles, “mesmamente como pa visita de obispo”, como dijo mi comadre Santos que había bajado del páramo para echar una mano a la “cocinanza” en honor de los Embajadores.

Aquella época fue memorable en Tipacoque, y todavía cuando alguien quiere precisar la fecha en que le comenzaron los cólicos a Marcos Lizarazo, o se trasladó la escuela vocacional a Soatá, el tal se rasca la cabeza por debajo del jipa, reflexiona y dice: “Eso jué, mi amo, por la visita de los doctores embajadores...”.

Por ese tiempo, pues; quiero decir que se presentaron una mañana al corredor dos ciudadanos norteamericanos, flacos, puntiagudos, tiesos, desteñidos, miopes, a preguntar por mí...

Me olvidaba contar, ¡qué cabeza la mía!, que hacía unos días había venido el padre Amayita a decir la misa y se había mostrado muy alarmado por la presencia de una misión protestante que estaba operando en Soatá, Málaga, Capitanejo y Enciso, desde hacía varios meses. En Soatá tomó la misión en arriendo la casa de don Tanior Férez, el turco, que es la mejor del pueblo pues alguna vez se daba allí hospedaje con potrero, éste para las bestias.

Los domingos los gringos de la misión solían cantar oficios acompañados de un armonio portátil, y lo hacían tan recio y seguido que se podía escucharles desde el hospital, donde las hermanitas de la caridad ya no hallaban qué hacer para librarse de esa pestilencia. Habían abierto los pastores una escuela para los niños de las veredas y les daban merienda muy sustantiva para atraerse la simpatía de los padres. A éstos les tocaban música en un gramófono de corneta y les exhibían películas en una pantalla portátil. Además les suministraban ayuda económica cada vez que la solicitaban, que era con frecuencia, porque aquella gente tiene más pechuga —decía Amayita— que gallina de convaleciente.

—Todo eso es caridad, padre Amayita, le decía yo.

—Ya lo sé, ya lo sé, y no es eso lo que me preocupa. No todos tenemos la misma manera de servir a Dios y de matar pulgas; pero ocurre que algunos dirigentes liberales, copartidarios suyos, por darlas de librepensadores y hacer rabiarse de paso a Su Señoría, se han matriculado de protestantes y andan por las calles del pueblo de brazo de esa gente, escandalizando aun a los tipacoques.

—Eso no me parece malo, sino ingenuo.

—A mí me parece muy peligroso, porque si damos en convertir a Soatá en una Nueva Inglaterra, y partimos el pueblo entre criollos y extranjeros, católicos y protestantes, teniendo ya bastante con verlo dividido entre rojos y azules...

—Por ahí es, como diría el doctor Puno Mojica. Yo creo que la libertad consiste no sólo en ser como queremos, sino en que los otros respeten nuestra voluntad de seguir siendo como fuimos. “Por la libertad luchó Bolívar”, dicen por aquí.

—Eso mismo les dije ayer en la tienda de don Tanior, que siendo turco y musulmán jamás se ha metido a descristianizar a las gentes puesto que, como él mismo dice, viva la gallina con su pepita.

—Sólo que hay una cosa, padre Amayita, en la que yo no convengo. Voy a explicarle. Yo protesto de que alguien quiera descristianizar a los tipacoques, como me levantaría indignado también de que les quitasen su sabroso y castizo español y los pusieran a cantar himnos en inglés, o los sacaran por fuerza de este paraíso del Chicamocha y los llevaran a apretar tornillos en una fábrica de Chicago. Para mí la patria son cuatro cosas, los cuatro varales que sostienen el rancho, al menos aquí en Colombia porque yo no trato de enunciar teorías: la religión, la lengua, la tierra y la libertad. La Virgen de Chiquinquirá que concede una buena muerte a los tipacoques, la lengua rancia en que ellos maldicen el verano e imploran la protección de Santa Rita para sus cosechas, estos terrenales y estas vegas donde nacieron y han de morir, y finalmente la libertad porque sin ella la vida no vale nada. Sin libertad la vida es changua sin sal y mazamorra sin habas.

De ahí que yo lucharía con el mismo fervor contra protestantes y comunistas, contra gringos y rusos, contra el mundo entero si fuera el caso, por conservar esas cuatro cosas, esos cuatro palos que sostienen el rancho de Colombia. Me rebelo contra un criterio absurdo que gravita sobre nuestros campos y nuestras aldeas y distribuye abusivamente la gracia del Señor, y a los molineros de Soatá por ser conservadores los considera elegidos desde este mundo, y a los tipacoques por ser liberales les reprueba y condena hasta en el otro. Que Dios brille sobre todos, como dice Santos, lo que por otra parte ya lo había dicho Cristo en su Evangelio. Que ustedes

no le antepongan un paraguas para que deje a los unos en la sombra y a los otros los favorezca, porque eso nunca lo quiso Cristo. Si las cosas fueran como yo digo, si hubiera más caridad entre los hombres y una caridad más fecunda y activa en las parroquias, yo creo que los pastores protestantes nada tendrían que hacer en Soatá, ni don Puno, don Carlos, don Siemovich, don Lucas y don Genovés, andarían por las calles del pueblo presumiendo de librepensadores.

—Ese es el Evangelio, me dijo Amayita. Y yo le respondí:

—Ese era.

Decía, pues, que una mañana se presentaron a preguntar por mí, en el corredor grande, dos gringos altos, puntiagudos, desteñidos y miopes. Hablé con ellos y me pidieron que los autorizara para reunir la gente en el patio, frente a la capilla, con el fin de predicarles un sermón y distribuir unas biblias entre los que supiesen leer.

—¡No puedo autorizarlos!

—Entonces predicaremos en la carretera, que según tenemos entendido no es propiedad suya sino del gobierno.

—Como ustedes quieran, sólo que les prevengo que si algún tipacoque desea medirles las costillas, porque ustedes deben saber que son gente brava y de malas pulgas, no moveré un dedo para salvarlos. Me permitiría recordarles la historia de los hugonotes y la noche de San Bartolomé. En Tipacoque no queremos a los hugonotes...

Ellos se fueron por la carretera adelante, rezongando en inglés. Yo le conté al Embajador este incidente, y él me dijo:

—Usted tiene razón.

—Si permitimos que a los campesinos les arrebaten por la fuerza su religión, les corrompan subrepticamente su lengua, les despojen abusivamente de su tierra y les coarten la libertad de ser como quieren, ¿qué quedará de ellos entonces?

—Nada, dijo el Embajador. Y le ruego que no hablemos una palabra más de este asunto.

Aquella noche tuvimos fiesta en el corredor, y música de los Pérez, y coplas de Manuel Ramírez, y baile de Soledad con la botella en la cabeza, porque al otro día muy de mañana los Embajadores cogerían camino para la ciudad a presentar sus credenciales al gobierno.

OceanofPDF.com

NOTA SOBRE LOS RITMOS NATURALES

EL CAMPO me enseña el valor de la paciencia y el precio de la lentitud. ¿Para qué afanarme si nada llega antes de tiempo y todo acaba por llegar? No por mucho madrugar ha de amanecer más temprano, dicen los campesinos viejos; ni por trabajar más de la cuenta se logra que los almácigos del tabaco se desarrollen más aprisa, las plantaciones maduren en agraz, las lluvias de marzo amaguen en diciembre, la fruta caiga cuando aún hay flores en el árbol y las cabras y las ovejas conciban sin estar en celo.

El campo me enseña también el recóndito ritmo de la vida, la oculta palpitación de la naturaleza, el pausado vaivén de la noche y el día, las menguantes y las crecientes, los veranos y los inviernos, los años buenos y los años malos, porque la tierra también trabaja y descansa alternativamente. La vida es pausada y rítmica como el voltear de las constelaciones en las noches tranquilas; como el pulso del agua que se percibe en las sequías y las inundaciones e hincha y enflaquece las venas de los ríos; como el trabajo de la tierra, que se acuesta a dormir en los barbechos y luego abre los ojos en las plantaciones y revienta de gozo en las espigas que se mecen al viento. El cual, como todo en el campo, llega con la Virgen del Carmen y se va con la Asunción de la Virgen. Los deshielos del nevado en el mes de enero, las elecciones de marzo, los lirios, de mayo, las moliendas de julio, el viento de agosto, las fiestas religiosas de diciembre, todo muere y renace alternativamente.

A ese ritmo pausado y circular de la tierra se acomodan mi espíritu y mi corazón, quiero decir, mis pensamientos y el correr de la sangre en mis arterias. De mañana, cuando el sol estalla en el follaje de los naranjos del huerto, aquellos son gozosos y vibrantes, y a la hora del Ángelus, cuando la

campana de la capilla toca para que duerman las gallinas y se esconda el sol, mis pensamientos, despaciosos y vagos, se tiñen de una imperceptible tristeza que es el presentimiento de la noche ya próxima y de la muerte inevitable.

*“Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más,
fugaz momento palpitante
de una amorosa intensidad...”*

decía el poeta. En la ciudad el hombre no vive según su propio ritmo. El día desborda sobre la noche y nuestro espíritu espoleado por la rápida sucesión de las preocupaciones y los afanes cotidianos, no encuentra en sí mismo su descanso. Sujetamos nuestro corazón y nuestra vida no sólo a una carrera loca y vertiginosa sino desprovista de vaivén y de ritmo, sin holguras ni pausas, en un vano intento de imitar a las máquinas; y al cabo, desjarretados, caemos de bruces en el camino para que los que nos vienen pisando los talones pasen sobre nosotros, porque morimos sin darnos cuenta de que hemos agotado la vida, sin saber propiamente que morimos.

Si el campo nos enseña que la vida es un ritmo lento y acompasado (como la noche y el día, el verano y el invierno, las lluvias y las sequías) también nos enseña a morir. Todo nace, crece, vibra un momento al sol en las espigas para dispersar su semilla; se detiene un instante al borde del nido, en la rama del árbol, para exhalar su canto; se arremolina y ensombrece en el cielo, como las nubes en invierno, para derramar su lluvia; y luego se pudre, envejece, se seca, muere. Y la muerte es muy dulce entonces porque participa de ese ritmo recóndito y poderoso del campo, que hermana a la espiga con el sol que nace y muere sin perder el paso; al pájaro con las estrellas que giran silenciosamente en la noche sin detenerse nunca; y a las lluvias y los deshielos con las mutaciones de la luna, que nunca fallan. Todo en el campo se da, se vuelca, se derrama, se dispersa en un grano de polen, en un trino, en una gota de agua, y exhausto y vacío de sí mismo muere porque ha vivido.

—Yo también he de morir algún día, les digo a mis hijos, que todavía no entienden el sentido de esas palabras misteriosas porque se creen inmortales. Estoy en la madurez de mis tiempos, en la época en que el barbecho se transforma en plantío, la semilla en fruto, el huevo en trino y la nube en lluvia bienhechora. Hoy sé que lo importante es dar, que es lo mismo que darse; crear que es recrearse; hacer que es simplemente ser. ¡Ay de la espiga huera que no dispersa su semilla, y del pájaro que no canta en la rama, y de la nube que no cuaja en lluvia! Los campesinos detestan todo lo que quebranta el ritmo lento de la vida: la mujer yerma, la vaca horra, la mula estéril, el macho que no gesta y el rastrojo infecundo.

En la ciudad va el hombre adelante de su propia vida y por eso la muerte lo sorprende a destiempo; mientras que aquí se vive tan a compás del cielo, de la tierra y del árbol, que debe ser una dicha morir...

OceanofPDF.com

LA NOCHEBUENA SE VIENE...

“La Virgen está lavando
y tendiendo en el romero;
los ángeles tan cantando
y el romero floreciendo”.

(Cantas Boyacenses)

EL AÑO pasado, por tiempo de Adviento, llegó a Tipacoque a rezar la novena de Aguinaldo y decir la Misa del Gallo un sacerdote antioqueño que acababa de ordenarse en el Seminario Conciliar de Bogotá, y luego habría de pasar a familiar del señor arzobispo de Medellín. Se llamaba Javier, pero no tardé mucho en decirle Javierito. Era un hombre joven, lleno de unción religiosa, inteligente, cauto, de lecturas variadas, por lo cual hicimos muy buenas migas. Permanecía más de seis horas diarias al pie del cañón, en el confesonario de la capilla, oyendo sin darse respiro aquella sarta de barbaridades y pecados que contaban mis compadres de Tipacoque.



—Figúrese sumercé que taba una nohecita en el camino rial con mi compadre Justo Mancera, que es de los carreranos, porque no vaya sumercé a conjundirlo o a rejundirlo ¡ave María Purísima! con el Urípides Mancera que no es de la misma gente, sino cuñado por parte de hermana del Avelino Mancipe de Vega de León...

—¡Sí, sí!..., diría Javierito sudando más de angustia que de calor, aunque por estar cerradas las puertas de la capilla y arder más de cien

luminarias de colores en el pesebre, la atmósfera sería densa y caliginosa.

—¿Luego sumercé lo conoce?

—No hija, no, pero sigue, sigue...

—Pus el indio ese... etc.

Solían presentar mis comadres, tan simples cuando se las ve arrebujaadas en su mantilla e incapaces de matar una mosca, los más serios problemas de hermenéutica, teología y derecho canónico: casos muchas veces reservados al obispo de Tunja, cuando no a la misma Silla de Roma. Se dirá que son mentiras mías y meras exageraciones, pero hay que considerar que un hombre tan respetable como Samuel Acosta —que padece, fuera de tres suegras que todas están vivas, de unas piedras que cría en la vejiga— mantiene simultáneamente tres mujeres con sus respectivas “jamílias”, una en la vega, otra en Bavatá y otra en el páramo.

—Pero eso es poligamia!, exclamó Javierito llevándose las manos a la cabeza cuando le expliqué este caso en presencia de Samuel Acosta. El cual dijo:

—No sumercé: yo creo que esas correderas que me dan en los riñones no son poligamias sino romatís.

Y este caso de Samuel era una novela rosa para muchachas de colegio comparado con la historia del bobito de misiá Pureza Corredor, o con el percance de los Cetinas y los Rojas, que ya conté en otra parte. En concepto de Javierito había problemas en Tipacoque no sólo para el ordinario, el arzobispo y la Silla de Roma, sino para un concilio ecuménico.

Volvía de la capilla cabizbajo, derrengado, macilento, preocupado por casos de hermenéutica teológica y de interpretación idiomática, y se encerraba en su cuarto a rezar y a pedirle luces al Espíritu Santo, porque en la capilla no lo dejaban tranquilo. Era tan manso y humilde de corazón que el día en que se fue de Tipacoque para su diócesis de Antioquia, había pescado en su red un centenar de matrimonios, más de mil confesiones generales, cincuenta y dos bautizos, dos entierros y la amistad fervorosa y unánime de los tipacoques.

—¡Si todos fueran como él, quién diría nada!, exclamó don Puno Mojica cuando lo vio partir, seguido de Jesús Monsalve y Marcos Lizarazo, que aunque ya no podían ni con su alma, por ser él le cargaron las maletas hasta la carretera. Había fraternizado con todos y les comprendía el alma, que es simple y clara como el agua de un pozo entre las rocas, aunque en su fondo vivan sapos y culebras. Había jugado Javierito con ellos a la pelota con candela, había echado requintos y voladores en el novenario, había tocado un día por divertirlos el bombo de Marcos Lizarazo y se había arremangado la sotana para azotar a los muchachos con la vejiga de los “polillas”. Sus pláticas fueron excelentes, por lo llanas, edificantes y comprensivas, no como las de otros que he oído yo en Soatá, que por presumir de cultos con los patrones se dejan ir con una carretada de latines y padres de la Iglesia que dejan a los tipacoques en Babia.

Para que se aprecien más claramente sus virtudes cristianas, me bastaría recordar que cuando terminaron el Aguinaldo y los Hoyes, hubo necesidad de meter las ovejas a la capilla para que se llevaran las pulgas. ¿Qué torturas no padecería Javierito en el confesonario? Por otras más llevaderas se venera gente en los altares; y Javierito nunca nos dijo nada.

Este año vino para las fiestas mi viejo amigo el Padre Cándido, confesor que fue de mi abuela y gran amigo de mis padres. Es un chapetón calvo, de rostro fino y temperamento muy suave, a quien yo le tengo prometida una mitra para cuando mi generación coja la sartén por el mango. Rezó él la misa el día de mi matrimonio y ya comienza a mirar a mis hijos con la ternura de un bisabuelo espiritual.

Pasada la siesta y antes de que empezara el Rosario, para el cual es muy expedito y lo reza más de prisa que nadie, se acompañaba él mismo en el armonio viejas canciones españolas que arrullaron mi infancia en el barrio de la Candelaria: la de la valencianita, la del gato negro, la de “Napoleón se hundió, en las aguas del Rhin...”. Luego hacía una plática a los tipacoques, que llenaban de bote en bote la capilla y desbordaban sobre el patio. Yo oía de pronto, desde el corredor, la voz colérica de Cándido:

“Por última vez advierto a las madres que estas pláticas no son para las criaturas de pecho. Ale, ale... ¡A sacarlos a que mamen y griten en el

patio!... Os decía que una vez estando Nuestro Señor Jesucristo con los Apóstoles a la orilla del Mar de Galilea...”.

Para la Novena del Niño yo compuse unos gozos que recitaba Cándido con mucho énfasis y complacencia de los tipacoques, y además unos villancicos que cantaban mi mujer y los niños de la escuela a voz en cuello, con acompañamiento de pitos, panderetas y chuchos, cuyo estruendo podía oírse hasta en Capitanejo. Era poca gracia la que hacía mi mujer si se considera que en la Bendición con Nuestro Amo se aventuraba con el Tantum Ergo y el Pange Lingua, ella sola, sin más compañía que un tiple de los Pérez al que se le había saltado una cuerda.

Los villancicos tuvieron tanto éxito entre los tipacoques que cada día era necesario agregar otros nuevos, pues como en ellos se consagraba un recuerdo a mi compadre Jesús Monsalve que a la sazón andaba por Chiquinquirá, y se hablaba de mi comadre Santos, y del difunto Juan López, y del ceremonioso Juan de la Cruz Hernández, y de la vejez de los Pimientos, y de la simplicidad de Siervo Joya, y del bombo de Marcos Lizarazo, hubiera sido injusto no mentar a los otros. No podía pasar por alto al maestro Nicanor y a su cuñado Benedo Prieto, que está perdiendo las “vistas”. Al maestro Enrique que me había ayudado a cargar piedra para la alberca; a Roso, que no perdía Rosario; a Angelito Duarte que había dejado de zurrar a su mujer por ser tiempo de fiestas; a Agapito Pérez, padre del cantor; a Germán Rubiano, que había costeadado las velas de una noche; a Manuel Ramírez por ser poeta, y a cien más que no nombro no porque se me hayan olvidado sino porque este párrafo me va quedando demasiado largo y se me está acabando el resuello. Para colgarle a cada tipacoque el sambenito de su gozo, o su villancico, hube de convertirme en Lope de Vega, aunque yo nunca hago versos. Los de aquella ocasión se me olvidaron. Sólo recuerdo alguno que decía:

“Don Juan de la Cruz
te viene a adorar,
porque no eres godo
sino liberal”.

El aludido miraba a la concurrencia por encima de la ruana, que la llevaba terciada al hombro. Otro villancico decía:

“Vienen los tiplistas
tras Manuel Ramírez;
si alguno se ‘pela’
Niño no te admires”.

Y Manuel, muy orgulloso, escupía no por el colmillo pues ya no tiene ninguno, sino por el boquete que le abrió el doctor Rodríguez, dentista de Soatá, alguna vez que le estuvo trasegando en la boca. Otro villancico decía:

“Don Jesús Monsalve
por aquí no está;
a cumplir cien años
fue a Chiquinquirá”.

—¡Ayjuna!, compasión del agüelito, decía alguien, y todos lo hacían callar con un siseo formidable.

Cándido repetía el gozo, ahogado por el clamor de la muchedumbre, y apenas quedaba flotando en el aire, entre toses y carrasperas, este sonsonete:

“Y *misía Pureza reza que te reza...*”

La cual, en lugar de eso, más bien estaba atenta a que el bobito, sentado en el ruedo de la falda, no fuera a chamuscarse los dedos por hurgar los faroles del pesebre, que le quedaban cerca. Mareada por la espesa fragancia que ascendía perezosa de aquel mar de enaguas de frisa amarradas con cabuya a la cintura, y de jipas y corroscas descopados de puro viejos, y de ruanas inconsútiles que van creciendo par a par con los tipacoques, María del Carmen, mi hija, le dijo a mi mujer:

—Mamá, la capilla está oliendo a trapiche...

Luego, en el patio frontero a la casa y en el altozano donde se salan los muleros, venían las luces, los requintos, los totes, los buscaniguas, sin que nunca ocurriera nada que lamentar fueia de una tarde en que Lolita se presentó al comedor, a servir la cena, con el chusque de un volador atravesado en el cuello. Se le extrajo, se le puso una venda de sulfas, y siguió tan contenta; porque si esto no ocurre en Tipacoque sino en otra parte, el volador la mata.

Se agotaron en aquella ocasión las polvorerías de Soatá, Capitanejo y Enciso, que fabrican pólvora gruesa. Se acabó la existencia de volcanes, bengalas y rodachinas, que habíamos traído de la ciudad. Se quemaron centenares de farolitos de papel que iluminaban los corredores de la casa, colgados de un alambre. Los Pérez y la banda de los “polillas” corrían con la música y el canto, relevados a ratos por mi mujer, para darles tiempo a que se bebieran una botella de cerveza. Porque en el corredor había baile de mi comadre Santos con mano Antonio Avila, y de Soledad con don Bauta y freses y otras danzas en las que intervenían Manuel Ramírez y las hijas del difunto Juan López, a quienes se les pasó el tiempo y se habían quedado para vestir santos.

En mitad del patio habían armado una maroma que consistía en un palo vertical con un atravesano movible en el tope. De un cabo de éste colgaba una cesta de alambre y del otro cabo un rejo del que tiraban dos jayanes haciendo que subiera y bajara alternativamente el tipacoque que se sentara en el cesto. Fue una invención muy peregrina que no se les ocurrió a los malandrines que encantaron a Sancho en la venta, cuando Don Quijote por encima de las bardas lo veía subir y descender con tanta gracia, que si no fuera por la indignación que le causó aquella burla le diera risa. Y era lo mejor en este juego que al pie del mástil se había encendido una hoguera, de manera que quien se metía en el cesto se chamuscaba y resfriaba alternativamente los fondillos y las posaderas, con gran alboroto de los concurrentes. Y a esto hay que agregar la vacaloca de cuernos llameantes, que embestía de preferencia a las mozas para hacerlas huir en medio de aspavientos; y unas fogatas que desde las cuatro esquinas de aquel patio o corral alumbraban la escena con resplandores rojos y amarillos. Y finalmente había unas pelotas de trapo, muy apretadas y liadas con alambre,

a las que bien empapadas en petróleo se les pegaba fuego para que con ellas jugasen los mozos, que no tenían inconveniente en patearlas descalzos, por lo cual a mi de sólo verlos, los pies me ardían como brasas.

Yo suelo decir, por esto, que no hay mejores fiestas en el mundo que un Jubileo en Roma, un 14 de julio en París y la Nochebuena en Tipacoque; sólo que yo me quedo con la última por lo que ocurre en Tipacoque. Y es que todavía no he contado, porque todo se me atropella en la memoria, la intervención artística de Luis Gómez, tan desapacible con su sonrisa agridulce de perro envenenado, cuajada entre dos colmillos mondos y lirondos que le escurren por debajo del labio. Con todo y aquella cara, Luis Gómez es un artista que se disputan los pueblos del contorno, porque junto con una tradición muy antigua guarda en una gran caja de palo barnizado las cintas para la danza de la trenza, las alas para el baile del ángel y las máscaras de los “polillas”. Lo que es capaz de organizar Luis Gómez fue descrito puntualmente por Su Señoría el canónigo Peñuela en un relato que voy a copiar de su libro, en el capítulo donde reseña unas fiestas que se hicieron en Soatá en 1860 y para las cuales compuso unas coplas mi tío abuelo Tejada. Me parece estar viendo a Luis Gómez cuando dirige sus danzas. Valga, pues, por la copia:

“Lo que, dice el canónigo, fuera de las funciones religiosas atraía más a la gente, eran las danzas, que con sus vestidos y bailes eran el embeleso no sólo del elemento popular sino de los concurrentes del contorno. El primer día salían los “jiraras” con traje y voces de aquellos indios, tejiendo y destejiendo en una asta que formaba el centro, a manera de trenza, y por eso se llamaba también la “danza de la trenza”.

(Yo vi en España algo muy parecido a esta danza que se baila en Tipacoque, y según pude averiguar se trata de una sardana popular de Cataluña).

“El segundo día salía la llamada danza blanca o de arcos, constante de veinticuatro disfrazados de galanes y de damas en número igual, muy vistosamente aderezados y cada cual con un arco muy adornado, con el cual ejecutaban figuras y movimientos atractivos y elegantes. Todos llevaban máscaras de hombre o de mujer, según el sexo, de facciones bien hermosas,

y el baile se ejecutaba al compás de una fanfarria popular. Salía otro día la danza de caballitos, en número de dieciséis, formada por mocetones que iban cada uno entre una armazón que desde la cintura para abajo llevaba pintado un caballo con su montura y arreos, comenzando por las piernas del danzante. Las marchas y figuras que ejecutaban eran muy elegantes y atractivas, no menos que la continua intervención de la burra, que era el elemento cómico de la comparsa. Cada una de las danzas llevaba como guardia de policía una partida de diez o quince matachines con máscaras monstruosas y vestidos que los asimilaban a fieras y que eran a todas horas y dondequiera la pesadilla de los muchachos, con quienes en muchas ocasiones entablaron formales campañas que llegaron a ser motivo de risotadas estruendosas y divertidísimas, por los episodios que originaban”.

Hasta aquí el canónigo, pues lo demás y tal como él lo relata lo hicieron los tipacoques encabezados por Luis Gómez.

El día de Pascua repartió mi mujer juguetes, golosinas y prendas de vestir, entre más de trescientos niños y quedaron faltando bastimentos para otros tantos a los que hubo que socorrer con cualquier pobre recuerdo. Y era una gloria verlos jugar al trompo, lucir las camisetas de colores y llenarse la boca de caramelos: que tan grande era la dicha de los padres, que muchos de ellos debajo de la ruana lloraban a escondidas.

Se agotaron la verveza, el pichón de Málaga y el verde de las rentas de Boyacá, en las tiendas de Germán Rubiano, Ignacio Parra y Luis Otálora, quien acababa de abrir una muy bien surtida en una casa de tejas que construyó a la orilla de la carretera. Sin embargo, no hubo una sola riña en Tipacoque. Germán Rubiano, el regidor, no tuvo que intervenir en otra cosa que en autorizar la contribución forzada que los “polillas” o matachines sacan a todo el mundo para poder sostenerse quince días, desde Nochebuena hasta los Reyes, brincando y cantando por los campos y zurrando a los chicos con una vejiga inflada...

La noche del 24 de diciembre, en medio del asombro de los tipacoques que no habían visto nunca tal artimaña, en una cuna de mimbre que había sido de las muñecas de María del Carmen, bajó por un alambre el Niño Dios. Fue a ocupar su puesto vacío en el pesebre, entre San José y la Virgen que eran más pequeños que el recién nacido. La capilla resplandecía de velas y colgaduras de papel, y sobre el pesebre brillaba una estrella de cinco puntas. Cuando Cándido esperaba al pie del altar con la estola puesta y los brazos en alto, que descendiera el Niño Dios por el alambre tendido entre el pesebre y la pared trasera de la capilla, la cuna se atascó en un nudo que hubo de romper a machete, con el de Juan de la Cruz, porque la impaciencia del público no daba espera.

Después de la cena de papas, yucas, carne y aguamiel, con que festejamos a los tipacoques, muchos de ellos cansados de tanta bulla y jolgorio, se fueron a la capilla a descabezar un sueño mientras amanecía sobre los cerros de Güicán para la misa del alba; y yo en la hamaca me quedé dormido.

Pocas veces en mi vida he gozado tanto como en aquellas Nochebuenas, mirando bailar, reír, comer y beber a los tipacoques, por lo cual al reseñar rápidamente los principales incidentes de estas fiestas se me ocurre como conclusión que hay una octava obra de misericordia espiritual que el Niño Dios bendice desde su cuna de mimbre, entre las cintas, papeles plateados, bombas, globos, faroles y velas de colores que adornan el pesebre:

“Alegrar a los humildes y reír con ellos, porque quien reparte su dicha con los pobres recibe en este mundo en premio su propia felicidad”.

MUERTE DE JESÚS MONSALVE

“Mañana vendrá la muerte,
mañana me moriré;
se acabarán las envidias
y a nadie l’estorbaré”.

(Cantas Boyacenses)

¡CÓMO es verdad aquello de que no hay que decir palabras A ociosas porque Dios nos puede tomar cuenta de ellas cuando menos lo pensemos, que fue lo que me pasó por escribir el otro día (fue la naturaleza que se había llevado a Bolívar tan joven se había olvidado de Jesusito Monsalve!

Entre los nogales gigantescos y centenarios que crecen en la cuadra y dan sombra al callejón de la pesebrera, hay uno ya seco, cuyo tronco carcomido levanta unos leños torcidos, unas estacas desnudas que a veces brotan unas yemitas verdes y amarillas que se desprenden solas. Yo no he querido que lo tumben. Echaría menos ese esqueleto retorcido parado como un fantasma vegetal a la orilla del callejón. Si él llegara a faltar, no tendría esa percha de sus ramas para colocar mis pensamientos tristes cuando veo que el sol logra desenredarse del ovillo del follaje de los nogales vivos y se destaca más solo y más fúnebre el nogal muerto. Y Jesusito Monsalve era el tronco seco en la fronda de los tipacoques.

A raíz de la muerte de María Cepeda, su mujer, que fue una cocinera insuperable, Jesús Monsalve comenzó a decaer física y moralmente. María le había dado varios hijos que se desperdigaron por el mundo. Un mundo

que, para los tipacoques, por el norte termina en la frontera del Táchira, por el sur en los barrancos de Tunja, por el levante en la Sierra nevada de Güicán y los llanos de Casanare, y por el poniente en los páramos de Onzaga. Con todo, es un mundo muy ancho para quien lo transita a pie por caminos de cabras que no conocen los viajeros de nuestro tiempo. Mundo ancho y trabajoso de caminar, como lo sabía Jesusito Monsalve que fue correísta en tiempos de mi abuelo, y que el año pasado completó siete coros de romerías a Chiquinquirá, siete veces siete años de visitar a la Virgen por el camino real que de Tunja tuerce en Arcabuco y la Villa de Leiva hacia la ciudad de la Virgen. Los siete coros, los cuarenta y nueve años de romerías, componen casi esa infinidad que Cristo condensaba en las setenta veces siete de que nos habla el Evangelio.

Me atasqué en esta introducción siendo lo peor del caso que dejé un cabo suelto muy importante: la cocinanza de María Cepeda, famosa en Tipacoque porque nadie como ella supo amasar arepas, pilar el maíz de la mazamorra, salar una changua con cuatro golpes maestros del pulgar y el índice y cocer un cabrito en su propia salsa. Pero dejemos esto. La pobre murió de vieja, y tenía hace unos meses cuando la sangró mi cuñado el médico con una cuchilla Gillete para aligerarle la sangre, unas venas más duras que rejos de enlazar.

Decía que Jesusito, después de muerta María, comenzó a dar inequívocos signos de decadencia física y moral. Ya no tuvo alientos aquel año para marchar a Chiquinquirá y completar medio siglo de visitar a la Virgen. Pero si esto no fuera muy sintomático, como dicen los periódicos que Jesusito nunca leyó, sí era caso muy de pensar, como decía esta vez Juan de la Cruz Hernández rascándose la cabeza por debajo del jipa: “Cosa muy de pensar que mi compadre Jesús hubiera dado últimamente en enamorar a las muchachas...

—¡Imposible, Juan de la Cruz!

—Como lo oye mi doctor. Si el agüelito tuvo en tratos pa casarse con mi ahijada Rita, sí señor, la madre de los Ramírez de la Vega y los Hernández del palmar, que son mis vecinos por más señas; y los Rojas de Potrero Colorado...

—Entonces Rita no se cuece propiamente en dos aguas...

—Es sesentona, ya de mucha experiencia en cuestión de familias y casorios, pero como mi compadre Jesús iba por el alto de los noventa puede decifse que el que taban planeando era una temeridá.

Hubo otro síntoma más grave y fue que en la última Nochebuena, a pesar de sus achaques, el viejo no quiso abdicar su cargo de sacristán de la capilla, que venía desempeñando desde hacía setenta años, cuando mi abuela le enseñó a ayudar a misa. Si alguna vez lo supo, que yo no acabo de creerlo, se le olvidó del todo el latín de la sacristanía, y cuando el padre Cándido atacó el Confíteor, Jesús comenzó a responder en forma tan enrevesada y confusa que a mi mujer le entró mala espina. Puso más atención al ayudante, y aunque éste decía sus respuestas en el tiempo y el orden, y con la extensión requeridos, acabó mi mujer por descubrir (a la altura de los Kyries) que lo que el viejo decía era “lero, lero, lero, amén...”.

Por si todos estos síntomas no fuesen mortales, como lo parecían, Jesusito dejó de golpe de ejecutar su oficio en la casa, que consistía desde cuando yo lo recuerdo en sentarse en el corredor de lajas, sobre un bulto de tabaco, a torcer un lazo contra la pantorrilla. Se escupía las manos de vez en cuando, cambiaba dos o tres palabras con los peones que salían para la trilla, silbaba a los perros que perseguían a las gallinas, y volvía a sobar la cabuya. A lo largo de su vida, descontando sus viajes a Cúcuta y a Bogotá cuando fue correísta y cargaba la silla de manos en que mi abuela venía a Tipacoque: fuera de esto, Jesusito no hizo otra cosa en este mundo que torcer cabuya... Hasta que un día se le acabó la pita y se dejó morir, cansado de una vida que sin María Cepeda, sin arepas y sin su buena changua para templar el estómago en ayunas, ya no tenía sentido.

—Se lo llevó Nuestra Señora de Chiquinquirá, mi doctor.

—Pues ha de saber, mi querido Juan de la Cruz, que cuando yo muera quiero que me entierren aquí, en el suelo de la capilla, y que a la diestra me pongan los restos de mi comadre Santos (a quien Dios guarde todavía

muchos años) y a la siniestra los de mi compadre Jesús Monsalve, que acaba de morir.

—Y eso pa qué, mi dotor...

—Para llegar más pronto al Cielo, cargado por el par de ancianos.

—Ellos conocen el camino, cómo no, mi dotor...

—¡Ajá! Y ya caminaron en este mundo, a la pata la llana, el trecho más difícil...

—Así será, mi dotor, así será... Y cuando sumercé se jarte y le dé por morirse, véngase p'acá, que lo enterraremos onde sumercé dice... ¡No jaltaría más!

OceanofPDF.com

Y DE MARCOS LIZARAZO

“Dentro di un poco me muero;
vengan, me verán morir;
se quitar el dedo malo
ya no los haré sufrir...

(Cantas Boyacenses)

A mí no me da el naipe para hacer necrologías, pero sucede que si yo no me ocupo en despedir a los tipacoques cuando se mueren, nadie lo haría por mí. Aunque ¡maldita la falta que a ellos les hará esta costumbre ciudadana! Diariamente se muere tanta gente opaca en el mundo, y a todos les colocan su par de calzones de prosa altisonante en los periódicos, que Marcos bien merece estas líneas. Para mí y para los tipacoques fue un personaje más importante que toda aquella carroña. Cuando yo era periodista y condenado a galeras, muchas veces tuve por fuerza que devanarme los sesos para escribir notas necrológicas sobre los seres más pesados o anodinos del mundo: poetas que hicieron malos versos, políticos que robaron lo que pudieron, personajes fraguados en el plomo de los linotipos, a quienes no conocí sino de oídas y les guardo un rencor imperecedero porque tuve que llamarlos eminentes, patriotas, talentosos, desinteresados, buenos y dignos, y otra porción de mentiras que acumulaba como enjalma sobre enjalma para que la acémila del difunto quedara redonda y bonita. Ahora que no soy periodista y escribo lo que me viene en gana, ¿por qué no recordar a Marcos

JLizarazo, que murió hace un mes y fue tan importante en Tipacoque aunque jamás lo mentaran los periódicos?

—Tan malo estaba últimamente, tan vencido, tan achajuanado, que ni siquiera quiso votar en las últimas elecciones..., me contaron en Tipacoque.

Creo haber dicho en otra parte que Marcos Lizarazo era hombre de letras, pues sabía leer con un solo ojo el número atrasado de una gaceta del tiempo del general Reyes, a la luz de una vela de sebo, mientras con el otro vigilaba la molienda en el Trapiche Viejo. Además era músico, y tocaba el bombo en las fiestas de Nochebuena y de Nuestra Señora. De remate era latinista, pues alternaba con Jesús Monsalve en el oficio de sacristán y ayudaba a misa sin perder letra del Confíteor. Ya de viejo le había dado por ser arquitecto, y levantó con sus propias manos la casa del doctor Puno Mojica en la finca que éste compró a los comuneros del Trapiche Viejo, en un rodadero cerca a la quebrada. Y aunque la casa quedó como un harnero de goteras, y además lisiada de varios desplomes, todo ser remendó a la larga con buena voluntad y con mezcla, para suplir las faltas. “Sólo que la casa acabó por sentarse”, me dijo Marcos: es decir, acabó por venirse al suelo.

Sobre todo Marcos era un gran liberal, y había expuesto la vida en cien combates electorales y en las guerras civiles, sin que jamás se le ocurriera pedir nada a los mequetrefes que su voto sacó de diputados o de representantes al Congreso. Yo mismo fui diputado en Tunja con el voto de Marcos. Había peleado él en la Guerra de los Mil Días y en la del 85 fue ayudante de mi tío Antonio María, cuando se alzó en armas con una guerrilla de tipacoques.

La última vez que vi a Marcos Lizarazo sentí una inmensa tristeza. Le pregunté por el bombo, que era como las niñas de sus ojos, pero ya no hablaba de música. Le pedí las llaves de la capilla para infundirle otra vez la conciencia de su importancia como sacristán, pero se las habían quitado hacía mucho tiempo porque las dejaba tiradas en cualquier parte. Se quedó mirándome con sus ojos secos y pequeñitos, que miraban como si no me vieran. Ya no movía los labios, tan delgaditos, sino para contar que viniendo de Soatá hacía unos meses con una carga de panela a las costillas, le asaltó

por el camino real un “cólico por punta y punta, tan jiero, que apenas pude llegar a rastras a la casa”. Ahí empezó a morirse.

Y sentí que algo se me revolvía en el corazón cuando lo vi aquella última vez alejarse por el corredor arrastrando las pesadas botas que le regaló el doctor Puno Mojica, encorvado como un tres, con los brazos colgantes, solo, triste, como si cargara este fardo cada vez más pesado y voluminoso de mis propios recuerdos...

OceanofPDF.com

VIVIR QUIERO CONMIGO

“Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al Cielo,
a solas, sin testigo, libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo”.

(Fray Luis de León)

Dejaría voluntariamente mi ansia de correr mundo y de contar historias, y se aplacaría de golpe esta comezón, esta angustia que a veces me atormenta con tanta fatiga, si pudiera sentar definitivamente la planta en Tipacoque.

El destino quiso sacarme de estas montañas las dos veces que intenté poner en ejecución este proyecto de soledad compartida y me arrastró muy lejos de la patria, quizá porque no ha llegado mi séptimo día que es el que el Señor consagra al descanso. Fuera de aquí, por donde he ido, la patria se profundiza en mi memoria y se reduce en el espacio a este imponente anillo de montañas que rodea mi casa. Ella es el nervio que me duele cuando estoy lejos, y es la imagen que vibra en mi recuerdo, y es la lágrima que lo empaña. Pero me expreso mal, porque si algo considero yo ajeno a mí en este mundo, como prenda que se me hubiese dado en préstamo y algún día habrá de cobrárseme con réditos, son estos abismos del Chicamocha, estas vegas sembradas de tabaco y de caña, estos trapiches que cantan en las broncas laderas, estos nogales centenarios que se mecen al viento y le dan sombra a mi casa. Todo esto, tan dilatado en el tiempo y tan reducido en el espacio, perteneció transitoriamente a mis padres y a mis abuelos y será

mañana de mis hijos, si Dios permite que los enemigos no me derroten en la porfía por conservarlo. Yo no soy otra cosa que un “viviente” que sostuvo un momento este paisaje entre sus manos para acariciarlo. Mi propiedad sobre esta casa es transitoria: la tierra queda y yo paso, aunque al hundir mis manos en el torrente de mis recuerdos me parece que éstos y la tierra pasan de mis abuelos a mis hijos al través de mí, y yo me quedo como una piedra en el fondo del agua.

No aspiro a más en la vida sino a morir en Tipacoque, entre los míos, tirado en la hamaca del corredor, frente a la puerta de la capilla que hizo abrir en el costado del poniente mi tío Antonio María con el fin de ver la misa sin necesidad de moverse. Desde allí podré mirar por última vez cómo el sol dora el revoque de la capilla, y en la espadaña un gallinazo sacude un momento las alas y luego se echa a volar sobre el abismo.

Monseñor Maldonado y Calvo, obispo de Tunja, la última vez que estuvo en Tipacoque en visita episcopal, tirado en esta hamaca que le placía mucho, se acariciaba las barbas ya mustias y decía: “Me gustaría morir arrullado por el canto de las cúchicas que pasan volando por este corredor en persecución de las hormigas y de las avispas... ¡Muchacho buchón, muchacho buchón!”. Decía esto el viejo y se quedaba dormido.

¿Para qué quiero yo más en el mundo, si estoy hartado? ¿Dónde, sino aquí cuando escucho embelesado el rumor del viento entre los euros y los zapotes de la huerta; cuando me arrulla el murmullo que producen los cascotes de las cabras al entrar en tropel por la puerta de las pesebreras; cuando me despierta el grito en falsete de un gañán que arrea sus bueyes en el monte: cuando oigo este canto dulce y familiar de las campanas que llaman a los peones del trapiche para el almuerzo: dónde, sino aquí, podría sentir más cerca de mi espíritu el pulso lento y acompasado de la naturaleza? ¿Qué amigos encontraría mejores, ni más fieles, ni más honrados, ni más dignos, que Siervo Joya para quien soy general, Juan de la Cruz Hernández para quien soy “dotor”, y Santos de quien soy compadre? ¿En qué lugar de la tierra me dirán sumercé, Dios se lo pague, como en estas montañas? ¿En qué ciudad de las que he vivido en el mundo, sino en esta vereda perdida en el interior de Colombia; en qué playa del mar, sino en esta vega del Chicamocha dormida en los riñones de los Andes, podría

percibir yo con tanta claridad, tan distintamente, el mensaje callado de mi tierra y la voz silenciosa de mi sangre? ¿Y dónde sabe mejor, más a trigo el pan, que en esta casa?

Y no podría ser de otra manera. Resuro Pimiento riega la semilla en los barbechos del páramo, como bendiciendo la tierra. Dionisio siega las espigas con su cuadrilla de ahijados y empina de tiempo en tiempo, a hurtadillas de la comadre, el calabozo de aguamiel. Roso apila las gavillas y avienta el grano con los peones que están de turno en la trilla. Después, en el homo que es un lobanillo de adobe que le salió al patio de los naranjos, mi comadre Santos cuece el pan que amasaron sus manos morenas y diligentes. ¿Cómo podría haber en el mundo pan más bueno y sabroso que éste? ¿Y dónde, sino en la mana del Palmar, se encuentra agua más delgada y fría que esa que se deja beber en la copa de un jipa o en el cuenco de la mano?

¿Para qué el resto, si aquí lo tengo todo? Si le pidiera algo más a la vida, ¿no pecaría de vano y temerario? Cuando estoy lejos de Tipacoque, ¿no es esto lo que me falta? Cuando aquí me encuentro, ¿no siento que todo lo demás me sobra?

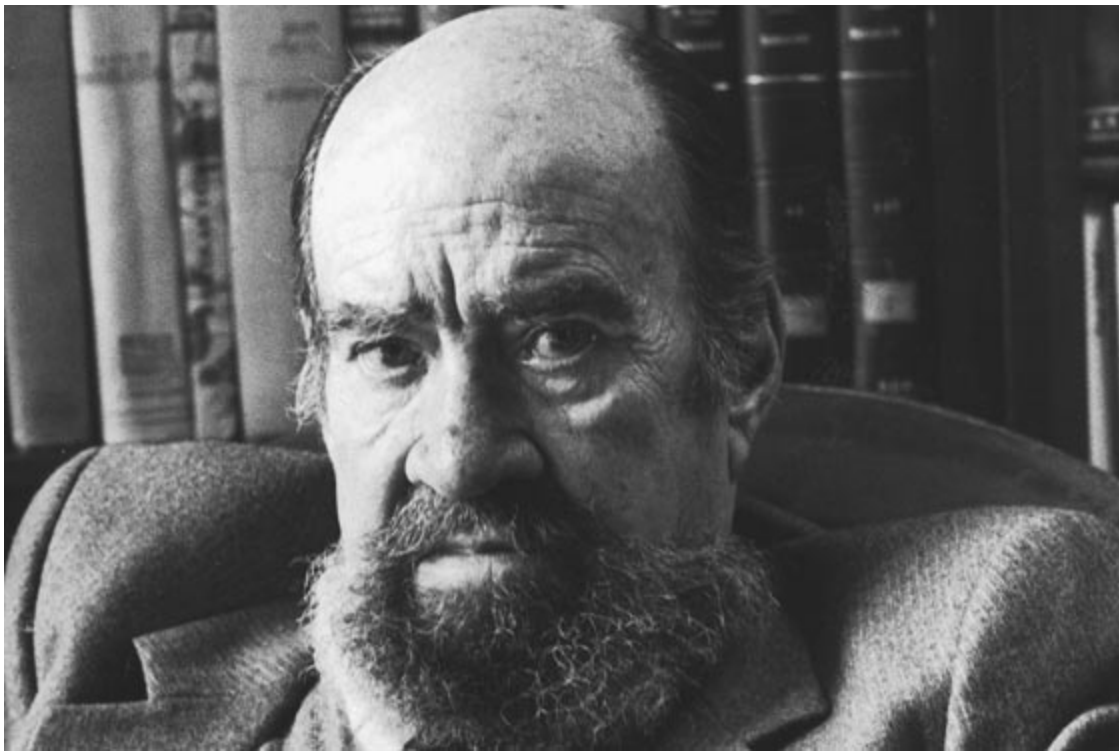
Cuando salí esta madrugada de la casa, la niebla del Chicamocha se recogía en cendales y girones del lado del Cocuy, donde las nieves de la sierra de Güicán, presintiendo el sol, se estaban poniendo coloradas. Había una doble fila de tipacoques silenciosos que me iban estirando por turno la mano torpe, áspera, tiesa, que no estruja para no presumir de falsos sentimientos. Siervo Joya tuvo todavía tiempo de entregarme un pañuelo solferino con cuatro huevos, por si acaso me asaltaba tiritadera en el páramo; Ignacio y Evelio cargaron mis maletas en el automóvil; Coronado me recomendó que le consiguiera un puesto en la ciudad; Baronio me trajo un panal de miel; Vicente Rojas, que traía al mayorcito de los nietos de la mano, me pidió que le consiguiera una beca; y mi comadre Santos, ya cobijada porque en saliendo yo cogería camino para el monte, me dijo:

—¡Que sumercé no nos eche la bendición y que güelva!

Por el camino vine rumiando estas impresiones, pero mi pensamiento, uncido al yugo de mi melancolía como los bueyes a la lanza del trapiche, daba vueltas sobre sí mismo. En saliendo de Tipacoque me siento vacío, como una iguana que cuelgan de la cola y según decía Marcos Lizarazo (que lo había presenciado alguna vez) no amanece entre el cuerpo porque se escapa por las fauces. Esta comparación no pega, porque me hallo muy lejos de Tipacoque y en vísperas de poner el pie en el estribo del avión que ha de llevarme a España. Digo, pues, que en saliendo de Tipacoque me sucede lo que al gigante Anteo a quien se le marchitaban las fuerzas cuando alguien lo levantaba en vilo y le hacía perder contacto con la tierra, que era su madre: porque yo no aspiro a más que a vivir y morir en la mía. Fuera de ella me siento angustiado, inquieto, triste, sin alientos, vacío...

“Y no quero cantar más,
mi apreta melancolía;
que de tanto abrir la boca
ya tengo la lengua fría...

(Cantas Boyacenses)



EDUARDO CABALLERO CALDERÓN (Tipacoque, 16 de marzo de 1910 - 3 de abril de 1993) fue un escritor, diplomático y periodista colombiano.

Obras: (Novela) *El arte de vivir sin soñar* (1943) *El Cristo de espaldas* (1950) *Siervo sin tierra* (1954) *La penúltima hora* (1960) *Manuel Pacho* (1962) *El buen salvaje* (1966) Premio Nadal, 1965-1968 *Caín* (1968) *Azote de sapo* (1975) *Historia de dos hermanos* (1977).

OceanofPDF.com